

**Diccionario Filosófico en Diez
Volúmenes**

Vol. IX: Misa — Religión

Por

Voltaire

Freeditorial 

MISA. La santa misa, hablando en lenguaje ordinario, es la mayor y más augusta de las ceremonias de la Iglesia. La designan con diferentes calificativos según los ritos que practican en las diversas regiones; hay, pues, misa mozárabe o gótica, griega y latina. Durangus y Eckius llaman seca a la misa que no efectúan la consagración, como la que dicen los aspirantes al sacerdocio, y el cardenal Bona refiere, copiándolo de Guillermo de Nangis, que san Luis, durante el viaje que hizo a ultramar, siempre mandaba que celebraran una misa de esta clase para evitar que el balanceo de la nave derramara el vino consagrado. Hasta finales del siglo IV, la palabra misa no empezó a significar la celebración de la eucaristía. El sabio Beatus Rhenanus, en la notas que puso a Tertuliano, observa que san Ambrosio consagró este término popular, que tiene su origen en que hacían salir fuera (*mittere*) a los catecúmenos después de oír la lectura del Evangelio. En las Constituciones apostólicas consta una liturgia que da a entender que en vez de invocar a los santos en el canon de la misa, la primitiva Iglesia les rezaba. «Os ofrecemos, Señor —decía el celebrante—, este pan y este cáliz para todos los santos que merecieron vuestra estimación desde el principio de los siglos, para los patriarcas, los profetas, los justos, los apóstoles, los mártires, los confesores, los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los subdiáconos, los lectores, los chantres, las vírgenes, las viudas, los laicos y para todos los que os sean conocidos.» San Cirilo de Jerusalén, que vivió en el siglo IV, añade: «Después de esta invocación conmemorábamos a los que murieron antes que nosotros, poniendo en primer lugar a los patriarcas, a los apóstoles y a los mártires, para que Dios atienda nuestras preces por su intercesión». Esto prueba, como explicaremos en el artículo Reliquias, que el culto de los santos empezaba entonces a introducirse en la Iglesia. Noel Alexandre, en los Hechos de san Andrés, pone en boca de este apóstol: «Todos los días inmolo en el altar del único Dios verdadero, no carne de toro, ni carne de macho cabrío, sino el cordero inmaculado que queda siempre entero y vivo después del sacrificio, y cuya carne puede comer todo el pueblo fiel», pero el sabio dominico Noel Alexandre confiesa que dicho escrito no se conoció hasta el siglo VIII. El primero que lo cita es Etherius, obispo de Osma, que escribió contra Elipando en el año 788.

Abdías nos dice que san Juan, advertido por el Señor de que iba a morir, se preparó para la muerte y encomendó su iglesia a Dios. Tras lo cual se hizo traer pan, elevó la mirada al cielo, bendijo el pan, lo cortó y lo distribuyó entre los que estaban presentes, diciéndoles: «Quiero que mi parte sea como la vuestra, y la vuestra como la mía». Esta manera de celebrar la eucaristía, que significa acción de gracias, se ajusta más a la institución de dicha ceremonia. En efecto, san Lucas nos dice que Jesús, después de distribuir el pan y el vino entre los apóstoles que cenaban con él, les dijo: «Haced esto en mi memoria» (Cap. 22, 19). San Mateo y san Marcos dicen, además, que Jesucristo cantó un

himno. San Juan, que no habla en su evangelio de la distribución del pan y del vino, ni del himno, se extiende sobre esto en el último capítulo de sus Hechos, cuyo texto cita el segundo Concilio de Nicea: «Antes que el Señor fuera apresado por los judíos —dice el apóstol amado de Jesús—, nos reunió a todos y dijo: "Cantemos un himno en honor del Padre y después cumpliremos el designio tal como nos hemos propuesto". Nos mandó que formáramos círculo y nos cogiéramos de las manos, y colocándose en medio del círculo nos dijo: "Amén, seguidme". Entonces empezó el himno y dijo: "Gloria al Padre"; todos respondieron: "Amén". Jesús continuó cantando: "Gloria al Verbo, gloria al Espíritu Santo", y los apóstoles respondían siempre "Amén". Más adelante Jesús dijo: "Quiero salvarme y quiero salvar"; Amén. "Quiero ser desatado y quiero desatar"; Amén. "Quiero comer y quiero ser consumido"; Amén. "Quiero que me oigan y quiero oír"; Amén. "Quiero que me comprenda el espíritu, siendo como soy todo espíritu y toda inteligencia"; Amén. "Quiero lavar y quiero que me laven", Amén. "La gracia reclama la danza, voy a tocar la flauta; danzad todos"; Amén. "Voy a cantar aires lúgubres, lamentaos todos", Amén». San Agustín, que comenta parte de este himno en su epístola 27, dirigida a Ceretius, añade además lo siguiente: "Quiero adorar y ser adorado"; "Soy una lámpara para los que me ven y me conocen"; "Soy la puerta para todos los que quieran llamar"; "Vosotros, los que visteis lo que he hecho, guardaos bien de comunicarlo a nadie". La danza de Jesús y los apóstoles es indudablemente una copia de la de los terapeutas de Egipto, que luego de cenar danzaban en sus asambleas, primero separados en dos coros y luego hombres y mujeres juntos, después de beber vino celeste en abundancia durante la fiesta de Baco, como nos cuenta Filón.

Por otra parte, el Antiguo Testamento nos dice que después que los judíos salieron de Egipto y pasaron el mar Rojo, Moisés y su hermana reunieron dos coros de música, uno de hombres y otro de mujeres, que entonaron un himno de acción de gracias. Los instrumentos que arbitraron con facilidad, los coros que se reunieron con prontitud y la destreza con que ejecutaron los cantos y la danza, hacen suponer que poseían práctica en esos ejercicios desde tiempos remotos. Esa práctica se perpetuó en el pueblo israelí. Las hijas de Silo danzaban, siguiendo la costumbre, en la fiesta solemne del Señor, cuando los jóvenes de la tribu de Benjamín, a quienes se las negaron por esposas, las raptaron por consejo de los ancianos de Israel. Todavía hoy, en Palestina, se reúnen las mozuelas cerca de las tumbas de sus padres y danzan de modo lúgubre lanzando gritos lastimeros. También sabemos que los primitivos cristianos se congregaban para celebrar sus ágapes, o sea comidas de hermandad, como recuerdo de la última cena de Jesús y sus apóstoles. Los paganos tomaron dichos ágapes como pretexto para dirigirles las calumnias más odiosas; entonces, para evitar todo asomo de abuso licencioso, los pastores prohibieron que el ósculo de paz con que terminaba dicha ceremonia

se lo dieran personas de distinto sexo.

Otros abusos, de los que se quejaba san Pablo y que el Concilio de Ganges, en 324, se propuso inútilmente reformar, fueron abolidos, junto con los ágapes, por el tercer Concilio de Cartago en 397, cuyo canon 41 manda que se celebren los santos misterios en ayunas. Parece indudable que la danza acompañaba a dichos ágapes si nos fijamos en que Escalígero dice que los obispos se llamaron praesules en la Iglesia latina, por ser los que abrían el baile. Helyot, en su Historia de las órdenes monásticas, afirma que durante las persecuciones que sufrieron los antiguos cristianos se formaron congregaciones de hombres y mujeres que, imitando a los terapeutas, se retiraron a los desiertos, donde se reunían en chozas los domingos y días de fiesta para bailar y cantar devotamente los rezos de la Iglesia. En Portugal, España y el Rosellón todavía bailan danzas solemnes en honor de los misterios del cristianismo. Con las vísperas de la fiesta de la Virgen, las jóvenes se reúnen en la puerta de las iglesias dedicadas al culto de María y pasan la noche bailando en corro y cantando himnos en su honor. El cardenal Jiménez restableció en la catedral de Toledo la antigua práctica de las misas mozárabes, durante las cuales bailaban en el coro y en la nave de la iglesia con tanto recato como devoción. En Francia, a mediados del siglo XVII, todavía los sacerdotes y el pueblo de Limoges bailaban formando corro en la colegiata, mientras cantaban: «San Marcial, reza por nosotros y nosotros bailaremos por ti». El jesuita Menestrier, en el prefacio de su Tratado de bailes, que publicó en 1682, dice haber presenciado el día de Pascua, cómo los canónigos de algunas iglesias, cogidos de la mano con los acólitos, bailaban en el coro y cantaban alegres himnos.

MOISÉS. La filosofía, que a veces se extralimita, los estudios sobre la Antigüedad y el espíritu de polémica y de crítica se han llevado a tal extremo que muchos sabios han llegado a dudar de la existencia de Moisés, suponiendo que ese hombre sólo fue un ser mítico, como probablemente lo son Perseo, Baco, Atlas, Vesta, Rea, Isis, Odín, Merlín, Roberto el Diablo y otros muchos héroes de novela cuyas vidas y milagros se han escrito. No es verosímil, dicen los incrédulos, que haya existido un hombre cuya vida es un prodigio continuo. No puede aceptarse que hiciera infinidad de milagros en Egipto, Arabia y Siria, sin que trascendieran a todo el mundo, ni es siquiera probable que ningún autor egipcio o griego dejara de transmitir esos milagros a la posteridad. No obstante, lo mencionan los judíos, y cualquiera que fuera el tiempo en que escribieron su historia ninguna nación la conoció hasta el siglo II. El primer autor que cita los libros de Moisés es Longino, ministro de la reina Zenobia, en la época del emperador Aureliano. Hemos de advertir que el autor de Mercurio Trimegista, que era egipcio, no menciona a Moisés. Si un autor egipcio hubiera dejado constancia de alguno de esos milagros Eusebio lo habría referido en su Historia, o en su Preparación evangélica. Es cierto que

reconoce que hay autores que citan el nombre de Moisés, pero ninguno dice una palabra acerca de sus prodigios. Antes que Eusebio, los historiadores Josefo y Filón, que tanto elogiaron a su pueblo, repasaron todos los escritores que citan a Moisés y ninguno menciona los sucesos maravillosos que se le atribuyen. Ante el silencio general del mundo entero, he aquí cómo argumentan los incrédulos con temeridad que se contradice a sí misma.

Los judíos son los únicos que poseían el Pentateuco, que atribuyen a Moisés. Los mismos libros dicen que el Pentateuco no lo conocieron hasta la época del rey Josías, o sea treinta y seis años antes de la primera destrucción de Jerusalén y la cautividad, y sólo se encontró un ejemplar en casa del pontífice Helfias, que lo descubrió en el fondo de un arca cuando estaba contando el dinero. El pontífice lo envió al rey por medio de su escriba Safán. Este hecho, dicen los incrédulos, puede poner en duda la autenticidad del Pentateuco, porque si los judíos lo hubieran conocido el sabio Salomón, inspirado por Dios, al edificar el templo por mandato de Yavéh, ¿lo hubiera adornado con multitud de figuras desobedeciendo así la ley de Moisés? Los profetas judíos que profetizaron en nombre del Señor desde Moisés hasta el rey Josías, ¿no hubieran apoyado todas sus predicciones en las leyes de Moisés? ¿No citarían las palabras de éste y las hubieran comentado? Ningún profeta, sin embargo, cita a Moisés ni transcribe frases suyas; por el contrario, las contradicen en algunas partes. Los estudiosos incrédulos opinan que los libros que se atribuyen a Moisés los escribió Esdras en Babilonia durante la cautividad de los judíos, o poco después de dicha época. En efecto, los escritos judíos están plagados de terminaciones persas y caldeas; por ejemplo Babel, puerta de Dios; Phegorbeel o Beelphegor, dios del principio; Beel-cebuth, dios de los insectos; Bethel, casa de Dios; Daniel, juicio de Dios; Gabriel hombre de Dios; Jahel, afligido de Dios; Jaiel, vida de Dios; Israel, viendo a Dios; Oziel, fuerza de Dios y Uriel el fuego de Dios. De modo que todo es foráneo en la nación judía, como extranjera fue ella en Palestina, pues ni siquiera provenían de dicha nación la circuncisión, las ceremonias, los sacrificios el Arca, el querubín, el chivo Hazazel, el bautismo de justicia, el bautismo sencillo, la adivinación, la interpretación de los sueños, ni el encantamiento de las serpientes. El pueblo judío no inventó nada.

El célebre lord Bolingbroke no cree que Moisés haya existido: en el Pentateuco encuentra infinidad de contradicciones y errores de cronología y geografía que le dejan estupefacto, nombres de muchas localidades que no se habían edificado todavía, y preceptos transmitidos a los reyes en épocas en que, no sólo se desconocía la autoridad real, sino que era presumible que nunca la hubieran conocido porque vivían en desiertos albergándose en tiendas como los árabes beduinos. Sobre todo, la contradicción más palmaria es la donación a los levitas de cuarenta y ocho ciudades, con todos sus pueblos, en un territorio donde no se encontraba una sola aldea, y rebate con desprecio y

duresa al sacerdote Abbadía, que sostiene todo lo que él contradice. Me tomaré la libertad de decir al vizconde Bolingbroke, y a cuantos opinan igual que él, que no sólo la nación judía creyó siempre en la existencia de Moisés y en sus libros, sino que Jesucristo da testimonio de ello. Los cuatro evangelistas y los Hechos de los apóstoles los reconocen, san Mateo dice terminantemente que Moisés y Elías vieron a Jesucristo en la cumbre de la montaña, durante la noche de la transfiguración, y san Lucas asegura lo mismo. Jesucristo declara por boca de san Mateo que no vino al mundo para abolir dicha ley, sino para cumplirla, y el Nuevo Testamento alude continuamente a la ley de Moisés y a los profetas. La Iglesia cree que Moisés escribió el Pentateuco, y más de quinientas comunidades que se establecieron en el cristianismo han creído siempre en la existencia de ese gran profeta: debemos, pues, someternos a decisión tan unánime. Sé que no convenceré al vizconde y a quienes opinan como él, porque están seguros de que los libros judíos se escribieron durante la cautividad de las dos tribus que restaban. Pero me queda el consuelo de comulgar con la opinión de nuestra Iglesia.

Los sabios que opinan que Moisés no escribió el Pentateuco se apoyan en la misma Sagrada Escritura, en la que consta que el primer ejemplar fue descubierto en la época del rey Josías —como hemos dicho— que lo recibió de su escriba Safán, y entre la existencia de éste y la de Moisés median mil ciento sesenta y siete años, según el cómputo hebreo. Dios se apareció a Moisés en la zarza en llamas el año 2213 del mundo, y el escriba Safán entregó el libro de la ley el año 3380 del mundo. El ejemplar en cuestión fue desconocido hasta que los judíos regresaron de su cautividad en Babilonia, y asegúrase que Esdras, inspirado por Dios, publicó las Sagradas Escrituras. Es del todo indiferente que sea Esdras o cualquier otro el que redactara dicho libro, toda vez que se admite que está inspirado. No consta en el Pentateuco que Moisés sea su autor; luego sería lícito atribuirlo a cualquier hombre a quien el espíritu divino lo hubiera dictado, si la Iglesia no hubiera decidido que ese libro es de Moisés. Algunos contradictores añaden que ningún profeta cita los libros del Pentateuco, que de ellos no hablan los Salmos, ni los libros que se atribuyen a Salomón, ni Jeremías, ni Isaías, ni ningún libro canónico de los judíos. Es más, las palabras Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio no se hallan en ninguno de los escritos que ellos tienen por auténticos. Otros estudiosos más audaces encuentran las siguientes dificultades para creer que el gran profeta redactó el referido libro:

1. ¿En qué lengua lo compuso Moisés en un desierto salvaje? Sólo podía hacerlo en lengua egipcia, por cuanto en dicho libro consta que Moisés y su pueblo nacieron en Egipto, siendo probable que no hablaran otra lengua. Los egipcios no conocían aún el uso del papiro para escribir y grababan jeroglíficos en piedra o madera. Dícese también que las tablas de la ley se grabaron en piedra pulida. Hubiera sido preciso, pues, grabar los cinco libros

en piedras pulidas, lo que exigiría un ingente trabajo y el transcurso de gran número de años.

2. ¿Es verosímil que en el desierto, donde el pueblo judío carecía de zapateros y sastres, y donde el Dios del universo necesitaba hacer un milagro continuo para conservar las ropas y el calzado de los judíos, se encontraran hombres con suficiente capacidad para grabar los cinco libros del Pentateuco en madera o piedra? No se nos objete que encontraron operarios que hicieron un becerro de oro en una noche y que transformaron en seguida el oro en polvo, porque eso es una operación imposible para la química ordinaria, que no se había inventado todavía; ni se nos diga que forjaron el tabernáculo, lo adornaron con treinta y cuatro columnas de bronce cuyos capiteles eran de plata, y que tejieron y bordaron velos de lino, púrpura y escarlata, porque todo esto confirma la opinión de los contradictores.

3. Si Moisés hubiera escrito el primer capítulo del Génesis ¿hubieran prohibido a los jóvenes que lo leyeran? ¿hubieran faltado el respeto al legislador divino? Si Moisés hubiera dicho que Dios castiga la iniquidad de los padres hasta la cuarta generación, ¿se hubiera atrevido Ezequiel a contradecirle?

4. Si Moisés hubiera escrito el Levítico, ¿se habría contradecido en el Deuteronomio? El Levítico prohíbe casarse con la mujer de nuestro hermano, y el Deuteronomio ordena tal casamiento.

5. ¿Hubiera Moisés hablado de ciudades que no existían en su época? ¿Hubiera dicho que estaban a oriente del Jordán algunas localidades que se hallan a occidente?

6. ¿Hubiera donado cuarenta y ocho ciudades a los levitas en un territorio que nunca se encontraron diez, y en la inmensidad de un desierto en que iban errantes sin encontrar una casa?

7. ¿Hubiera prescrito reglas de conducta a los reyes judíos, siendo así que ese pueblo no los conoció hasta cerca de quinientos años después de su época, y no las habría dictado para los jueces y pontífices que le sucedieron? Esta reflexión induce a creer que el Pentateuco se escribió en la época de los reyes y que las ceremonias que instituyó Moisés se practicaban por tradición.

8. ¿Se puede creer que dijera a los judíos: «Conseguí que salierais de Egipto seiscientos mil combatientes, protegidos por vuestro Dios»? Los judíos le habrían contestado: Debéis ser muy cobarde, porque no os habéis atrevido a combatir contra el faraón, que sólo puede presentar contra nosotros un ejército de doscientos mil hombres; le habríamos vencido fácilmente y nos hubiéramos apoderado de su reino. Dios, que os habla, para complaceros degolló a todos los primogénitos de Egipto, y si en ese país hay trescientas mil familias

mataría trescientos mil hombres en una noche por vengarse, y vos os negáis a secundar los planes de vuestro Dios al no entregarnos ese fértil país que no podía defenderse de nosotros. Nos habéis hecho salir de Egipto como cobardes y ladrones para hacernos morir en los desiertos, entre precipicios y montañas. Podíais habernos conducido por el camino recto a la tierra de Canaán, que nos habéis prometido, y cuya tierra no hemos podido pisar todavía. Era natural y aún fácil que desde Gessen nos dirigiéramos hasta Tiro y Sidonia, a lo largo del Mediterráneo, pero nos hicisteis pasar el istmo de Suez casi entero, volver a entrar en Egipto, remontarnos más allá de Menfis y nos encontramos en Beelsefon, a orillas del mar Rojo, dando la espalda al territorio de Canaán, después de andar veinticuatro leguas por Egipto, del que queríamos huir, y henos aquí ahora a punto de perecer entre el mar y el ejército del faraón. Si hubierais querido entregarnos a nuestros enemigos no os habríais portado de otra manera. Decís que Dios nos ha salvado por milagro y que el mar se retiró para dejarnos pasar, pero después de habernos hecho tan señalado favor, ¿era preciso condenarnos a morir de hambre y fatiga en los horribles desiertos de Etham, de Cades-Barné, de Mara, de Elim, de Horeb y de Sinaí? Nuestros padres murieron en esas soledades inhóspitas, y al cabo de cuarenta años venís a decirnos que Dios veló por nuestros padres.

He aquí lo que los judíos murmuradores, hijos desnaturalizados de los judíos errantes que murieron en los desiertos, hubieran podido contestar a Moisés si les hubiera leído el Éxodo y el Génesis. Estas son, poco más o menos, las principales objeciones que los sabios echan en cara a los que creen que Moisés es el autor del Pentateuco. Mas no puede ponerse en duda la existencia de Moisés, legislador del pueblo judío. Analizaremos su historia sujetándola a las leyes de la crítica, pero no someteremos a examen la parte divina que encierra. Nos concretaremos a lo probable, porque los hombres no pueden juzgar de otra manera. Ante todo, es natural y hasta probable que una nación árabe habitara en los confines de Egipto, por la parte de la Arabia desierta, fuera tributaria o vasalla de los reyes de Egipto y luego tratara de afincarse en otros lugares. Pero lo que excede a la razón humana es que dicha nación compuesta de unos setenta individuos en la época de José, en doscientos quince años, desde José hasta Moisés, aumentara la población hasta reunir seiscientos mil combatientes, como consta en el Exodo. Porque seiscientos mil hombres en estado de tomar las armas suponen una población de dos millones de habitantes, ancianos, mujeres y niños incluidos. No responde a las leyes de la naturaleza el que un grupo de setenta personas, varones y hembras, llegue a contar en dos siglos dos millones de almas. Los cálculos de esa progresión los desmiente la experiencia de todas las naciones y en todos los tiempos. Por otra parte, es poco probable que seiscientos mil combatientes, protegidos por el Señor con multitud de milagros, se hubieran resignado a vagar errantes por los desiertos y no se hubieran apoderado del

fértil Egipto.

Asentadas estas primeras reglas de crítica humana y razonable, debemos convenir que Moisés sólo sacó de Egipto un número insignificante de hombres. Los egipcios conservan una antigua tradición, que refiere Plutarco en el tratado de Isis y Osiris, que supone que Tifón, padre de Jerosalain y de Indecus, huyó de Egipto montado en un asno. Este pasaje induce a creer que los antepasados de los judíos que habitaban en Jerusalén salieron fugitivos de Egipto. Otra tradición tan antigua como la anterior, pero más conocida, supone que los judíos fueron expulsados de Egipto, bien por ser bandidos incontrolados, bien por haber contraído la lepra. Esta doble acusación es verosímil aplicada al territorio de Gessen, que habían habitado: era contiguo al de los árabes nómadas y la lepra era común. El Antiguo Testamento da a entender que dicho pueblo salió de Egipto contra su voluntad. El capítulo XVII del Deuteronomio prohíbe a los reyes que piensen en reunir los judíos en Egipto. La concordancia de muchas costumbres egipcias y judías robustece también la opinión de que ese pueblo era una colonia egipcia, y otro grado de probabilidad es la fiesta de la Pascua, o sea de la fuga, instituida en memoria de su evasión. Por sí sola esta fiesta no constituiría una prueba, por cuanto todos los pueblos establecieron conmemoraciones para celebrar sucesos fabulosos e increíbles, como acontecían con la mayoría de las fiestas de los griegos y los romanos, pero la huída de un país a otro es un acontecimiento común y fácil de creer. La prueba de la fiesta de la Pascua la abona la de los Tabernáculos, que celebraban en la época en que los judíos vivían en el desierto cuando salieron de Egipto. Estas probabilidades, sumadas a otras, demuestran que una colonia que salió de Egipto se afincó durante algún tiempo en Palestina. Casi todo lo que acaeció al pueblo judío es tan maravilloso que escapa a la comprensión humana; lo único que cabe inquirir es cuándo ocurrió dicha fuga, o lo que es lo mismo, en qué época se escribió el Exodo y examinar las opiniones que prevalecían entonces. De este modo encontraremos la prueba de ella en ese libro mismo, comparándolo con los antiguos usos de las naciones.

En cuanto a los libros atribuidos a Moisés debemos decir que las reglas más sencillas de la crítica nos impiden creer que los haya escrito él. Y ello porque:

1. No es posible que haya aplicado, a los lugares de que nos habla, nombres que les pusieron mucho tiempo después. En su libro menciona la localidad de Jair, y todos convienen en que esta denominación se adoptó mucho tiempo después de la muerte de Moisés. El libro se ocupa también del territorio de Dan y de su tribu, que no tuvo ese apelativo hasta más tarde, porque entonces no era dueña de aquel territorio.

2. ¿Cómo podía, pues, citar el libro de las guerras del Señor cuando esas

guerras y ese libro son posteriores a Moisés?

3. ¿Cómo pudo hablar de la derrota del gigante Ogrey de Basán, que fue vencido en el desierto el último año que gobernó? ¿Cómo pudo añadir que se conservaba todavía en Rabbat la cama de dicho gigante, que era de hierro y tenía nueve codos de altura? La ciudad de Rabbat era la capital de los ammopitas, y los hebreos no habían penetrado aún en su territorio. Este pasaje presenta todas las apariencias de ser obra de un autor posterior, que para probar la derrota de dicho gigante presenta como testimonio la cama que se conservaba en Rabbat, pero se olvida de que está haciendo hablar a Moisés.

4. ¿Cómo pudo decir que estaban en la parte de allá del Jordán las localidades que, en la situación que él ocupaba, estaban en la parte de acá? ¿No es prueba irrefutable de que el libro que se le atribuye se escribió mucho tiempo después que los israelitas pasaron el Jordán, que nunca lo pasaron guiados por el gran profeta?

5. ¿Es acaso creíble que Moisés dijera a su pueblo que se había apoderado, en Argob, pequeño territorio estéril y horrible de la Arabia Pétreá, de sesenta grandes ciudades rodeadas de murallas y fortificadas, sin contar con otras ciudades abiertas? ¿No es más verosímil que, andando el tiempo, escribiera esas exageraciones un autor que trataba de halagar a una tosca nación?

6. Aún es menos verosímil que Moisés refiriera los milagros que llenan su historia. Se convence fácilmente a un pueblo feliz y victorioso de que Dios pelea por él, pero es incomprensible para la naturaleza humana que un pueblo crea que se hacen milagros en beneficio suyo cuando todo le lleva a perecer en un desierto. Díganlo, si no, algunos milagros que refiere el Exodo.

7. Diríase contradictorio y hasta injurioso para la esencia divina que Dios, después de elegir un pueblo para ser el depositario de sus leyes con el fin de dominar a las demás naciones, envíe a un hombre de dicho pueblo para que se presente al rey, su opresor, y le pida permiso para hacer sacrificios a Dios en el desierto, con la idea de que ese pueblo pueda huir de allí con el pretexto de hacer sacrificios. La inteligencia humana sólo comprende que ese es un acto de necesidad, indigno de la majestad y del poder del Ser Supremo.

Al ver el pueblo escogido, por el que Dios obra tanto milagros, creemos que indudablemente ha de llegar a ser el dueño del orbe. No podemos leer sin sorpresa y sin asombro que Moisés, en presencia del faraón, convierta su vara en serpiente y todas las aguas del reino en sangre, haga nacer tantas ranas que llenen el mundo, convierta en piojos el polvo, infecte el aire de insectos venenosos, llene a los hombres y a los animales de terribles úlceras, haga caer granizo y rayos para arruinar la nación, llene la atmósfera de langostas, sumerja el país en densas tinieblas durante tres días, que un ángel exterminador hiera de muerte a los primogénitos de los hombres y de los

animales de Egipto, empezando por los hijos del rey, haga caminar en seco a través de las olas del mar Rojo, que se apartan y forman montañas de agua a derecha y a izquierda, y luego se abatan sobre el ejército del faraón y lo engullan. Ahora bien, el pueblo en cuyo favor se obraron tantos prodigios consigue por resultado morir de hambre y sed en las ardientes arenas del desierto, y hombre a hombre, de prodigio en prodigio, todo ese pueblo muere sin llegar a vislumbrar el pequeño rincón del mundo donde sus descendientes logran afincarse por determinado número de años. Merece toda clase de disculpas no creen en esa multitud de milagros que la inteligencia humana se resiste en comprender. La razón, por sí sola, no alcanza a convencer que Moisés haya escrito cosas tan asombrosas. ¿Cómo puede crear una generación tantos milagros inútiles para ella? ¿Qué papel tan desairado hacen representar a la Divinidad, dedicándola a conservar la ropa y los zapatos de su pueblo durante cuarenta años, después de haber puesto toda la naturaleza de su parte? La lógica, pues, nos induce a pensar que esa historia tan prodigiosa se escribió después de la muerte de Moisés, al igual que las historietas sobre Carlomagno se forjaron tres siglos después de su época, y que los orígenes de las naciones se escribieron en tiempos en que aquellos se habían perdido de vista y dejaban a la imaginación la facultad de inventar. Cuanto más tosco y desgraciado es un pueblo, más trata de ennoblecer su historia antigua, y no hay pueblo en el mundo que haya sido miserable y bárbaro tanto tiempo como el judío. Es inverosímil que cuando no tenían con qué hacerse calzado en el desierto, bajo el gobierno de Moisés, sintieran tentaciones de escribir. Debemos sospechar que los desventurados que nacieron en el desierto recibirían escasa formación, y los judíos no empezaron a leer y escribir hasta que tuvieron trato con los fenicios. Probablemente, en los inicios de la monarquía los judíos dotados de algún talento escribirían el Pentateuco adaptándolo como pudieron a sus tradiciones. ¿Hubiera recomendado Moisés a los reyes que leyeran y escribieran su ley en la época que no se conoció la monarquía? ¿No cabe la posibilidad que el capítulo XVII del Deuteronomio se redactara para moderar el poder de los reyes, y lo escribieran unos sacerdotes de la época de Saúl? Parece más verosímil asignar a dicha época la redacción del Pentateuco. Las continuas esclavitudes que pasó el pueblo judío no son adecuadas para establecer la literatura en una nación ni dar a conocer los libros, y cuanto más raros fueran éstos al principio, más se empeñaron los autores en llenarlos de prodigios.

Desde luego, el Pentateuco es muy antiguo si se escribió en tiempos de Saúl y de Samuel, inmediatos a los de la guerra de Troya, y uno de los testimonios más curiosos del modo de pensar de los hombres de aquella época. Se sabe que entonces todas las naciones conocidas creían en los prodigios en razón directa a su estado de ignorancia, y que en Egipto, Frigia, Grecia y Asia todo ocurría por mediación divina. Los autores del Pentateuco dan a entender

que cada nación tenía sus dioses y éstos disfrutaban de un poder legal. Si Moisés, en nombre de Dios, convierte su vara en serpiente, los sacerdotes del faraón también realizan semejante prodigio; si transforma las aguas de Egipto en sangre, los sacerdotes también lo hacen en seguida sin que sepamos en qué aguas obraban semejantes metamorfosis, a no ser que los sacerdotes hubieran creado nuevas aguas para convertirlas en sangre. Los autores judíos prefieren incurrir en este absurdo antes que alguien dude de que los dioses de Egipto pueden convertir el agua en sangre, lo mismo que el Dios de Jacob. Pero cuando el Dios de Jacob llena de piojos el territorio de Egipto entonces queda patente su verdadera superioridad; los magos no pueden imitarle y el Dios de Israel dice: «El faraón sabrá que nadie es semejante a mí». Estas palabras denotan el Ser que se cree más poderoso que sus rivales y le igualan en la transformación de una vara en serpiente y en la conversión de las aguas en sangre, pero gana la partida convirtiendo el polvo en piojos y en otros prodigios sucesivos. La idea de que los sacerdotes de todos los países estaban dotados de poder sobrenatural consta en muchas partes del Antiguo Testamento. Cuando Balaán, sacerdote del pequeño estado del reyezuelo Balac, se dispone a maldecir a los judíos en el desierto, Dios se aparece a dicho sacerdote para impedir que los maldiga. Al parecer, era terrible la maldición de Balaán. Mas para contenerle no bastó que Dios le hablara, pues envió ante él un ángel espada en mano, y todavía hizo que hablara su burra. Estas precauciones demuestran que la maldición de un sacerdote producía efectos funestos. La creencia de que existía un Dios superior a los demás dioses, que creó el cielo y la tierra, estaba tan arraigada en aquellos pueblos que Salomón, en su última plegaria, exclama: «Dios mío, no hay ningún dios semejante a Ti, ni en la tierra, ni en el cielo». Esta opinión hace creer a los judíos en todos los sortilegios y encantamientos de las demás naciones. También dio pábulo a la historia de la pitonisa de Eudor, que poseía el poder de evocar el espectro de Samuel. Cada pueblo tuvo sus prodigios y oráculos, y no ponía en duda los milagros y profecías de las demás naciones. Diríase que los sacerdotes, negando los prodigios de las naciones inmediatas, temían desacreditar los suyos. Esa especie de teología prevaleció mucho tiempo en todo el mundo.

No creemos oportuno entrar en detalles sobre cuanto se ha escrito sobre Moisés, pues ya nos ocupamos de sus leyes en otros artículos de esta obra. Nos concretaremos, pues, a subrayar lo sorprendente que resulta que un legislador a quien Dios inspira no anuncie a los hombres la vida futura. No se encuentra una sola palabra en el Levítico que haga alusión a la inmortalidad del alma. A esta contundente objeción sólo contestan que Dios quiso rebajarse hasta ponerse al nivel de tosquedad de los judíos. A esa torpe respuesta replicaremos que correspondía a Dios elevar a los judíos hasta hacerlos adquirir los conocimientos necesarios y no rebajarse hasta ellos. Si el alma es

inmortal, si hay castigos y recompensas futuras, es preciso que los hombres lo sepan. Si Dios les habla, debe comunicarles ese dogma fundamental. Repetimos que es comprensible que la razón humana no encuentre en semejante historia más que la tosquedad bárbara de los primitivos tiempos de un pueblo salvaje. El hombre no puede razonar de otra manera, pero si Dios es efectivamente el autor del Pentateuco debemos someternos a El ciegamente y desoír la voz de la razón.

MORAL. Predicadores charlatanes y casuístas extravagantes recordad que vuestro Maestro nunca dijo que el sacramento era el signo visible de una cosa invisible, que no admitió cuatro virtudes cardinales y tres teologales, que no analizó si su madre vino al mundo maculada o inmaculada, ni nunca dijo que los niños que murieran sin bautizar serían condenados. Cesad de atribuirle palabras que nunca pronunció. En cambio, proclamó esta verdad tan antigua como el mundo: «Amad a Dios y a vuestro prójimo». Concretaos, pues, a esta máxima, miserables ergotistas; predicad la moral y nada más. Predicadla, pero observadla al mismo tiempo. Que no resuenen vuestros procesos en los tribunales, que la garra de un magistrado no arranque un puñado de harina de la boca de una viuda y del huérfano; no disputéis un beneficio insignificante con el mismo furor que se disputaron el papado en el gran cisma de Occidente. Frailes, no impongáis contribución al orbe y entonces os creeremos. En una declamación que consta de catorce volúmenes, titulada Historia del Bajo Imperio, escrita por Le Beau, acabo de leer las siguientes palabras: «Los cristianos tenían una moral; los paganos no la tenían». ¿Dónde habrá aprendido semejante disparate el citado autor? ¿Acaso no es moral la de Sócrates, la de Zeleuco, la de Charondas, la de Cicerón, la de Epicteto y la de Marco Antonio? Moral sólo hay una, señor Le Beau como no hay más que una geometría. A esto se me objetará que la mayor parte de los hombres desconocen la geometría. De acuerdo, pero todos los que se aplican a estudiarla tienen una opinión unánime sobre ella. Los agricultores, artesanos y artistas no han estudiado ningún curso de moral ni han leído el De Finibus de Cicerón, ni la Ética de Aristóteles, pero cuando reflexionan, sin saberlo, son discípulos de Cicerón. El tintorero hindú, el pastor tártaro y el marinero de Inglaterra, saben lo que es justo e injusto. Confucio no inventó sus reglas de moral como se inventa un sistema filosófico, sino que las encontró grabadas en el corazón de todos los hombres. Esa moral estaba impresa en el corazón del pretor Festo cuando los judíos le apremiaban a que sentenciara a muerte, sin formación de causa, a san Pablo porque había introducido extranjeros en su templo. «Sabed —dijo a los judíos el pretor— que los romanos no sentencian a nadie sin antes haberle oído». Si los judíos carecían de moral o faltaban a ésta los romanos la conocían y la honraban. La moral no consiste en la superstición ni en las ceremonias, ni tiene nada en común con los dogmas. Nunca insistiremos bastante en que los dogmas son diferentes en cada país, y

que la moral es la misma para todos los hombres que usan de la razón. La moral nace de Dios, como la luz, y las supersticiones sólo son tinieblas.

MUJER. Generalmente hablando, la mujer es menos fuerte que el varón menos alta y menos capaz de un largo horario de trabajo; su sangre es más fluida, su carne no es tan prieta, su pelo es más largo, sus miembros más redondos, sus brazos no tan musculosos, su boca más pequeña, sus glúteos más prominentes, su cadera más ancha y su vientre más pronunciado. Estos son los rasgos morfológicos que distinguen a las mujeres en todo el mundo y en todas las especies, desde Laponia a la costa de Guinea, lo mismo en América que en China. Plutarco, en el libro III de Conversaciones de sobremesa, afirma que el vino no las embriaga con tanta facilidad como a los hombres. He aquí la razón que aduce para probar lo que no es verdad: «El grado de humedad en las mujeres es muy elevado y ello hace que sus carnes sean blandas y relucientes y tengan sus flujos menstruales. Cuando el vino incide en tan gran humedad, pierde su color y su fuerza, y aquí encajan las palabras de Aristóteles cuando dice que quienes beben a grandes tragos, sin respirar siquiera, no se embriagan con tanta facilidad porque el vino permanece poco tiempo dentro del cuerpo, pues bebiéndolo de un trago pasa pronto por todas partes. Como las mujeres suelen beber de esa forma, tal vez su cuerpo, a causa de la continua atracción que se hace de los humores de arriba abajo por efecto de sus flujos menstruales esté lleno de conductos por los que el vino sale con celeridad y fácilmente, sin poder tenerse en las partes nobles y principales que, cuando las perturba, causan la embriaguez». Esta es la física que sabían los antiguos. Las mujeres son más longevas que los varones, o lo que es lo mismo en una generación se encuentran más ancianas que viejos. Esta observación la han hecho los que realizan estadísticas de los nacidos y de los muertos. Es de creer que ocurra también entre los negros, los amarillos y los cobrizos, igual que con los blancos. *Natura est semper sibi consona.* Ya hemos transcrito en otra parte un extracto del diario de China que refiere que en 1725, habiendo hecho unos donativos la esposa del emperador Yong-tching a las mujeres pobres que tuvieran más de setenta años, sólo en la provincia de Cantón hubo 98 222 mujeres de setenta años cumplidos, 40 893 de más de ochenta y 3453 que se acercaban a los cien años. Los hay que creen que la naturaleza les otorga más larga vida que a los hombres para resarcirlas de los padecimientos de llevar durante nueve meses los hijos en el vientre, parirlos y criarlos. No es probable que siendo más dulce la sangre de las mujeres sus tejidos se endurezcan más tarde. Ningún anatomista, ni físico, ha podido saber jamás cómo conciben. Los flujos periódicos de sangre que las debilitan durante ese período, las enfermedades que nacen de la supresión del ménstruo, el tiempo de embarazo, la necesidad de amamantar a los hijos y cuidarlos y la delicadeza de sus miembros, las hacen poco aptas para las fatigas de la guerra y el furor de los combates. Es cierto que han existido en

todos los tiempos y en casi todos los países mujeres a las que la naturaleza dotó de coraje y fuerza extraordinarias y se han batido con los hombres, pero son casos muy raros. La parte física dirige siempre la parte moral. Las mujeres son más débiles de cuerpo que nosotros, pero manejan las manos con más facilidad y ligereza y no pueden dedicarse a trabajos penosos, estando necesariamente encargadas de los trabajos menos pesados del hogar y sobre todo del cuidado de los hijos; así, llevando una vida más sedentaria, deben ser más dulces de carácter que los varones, y por tanto menos inclinadas a cometer delitos. Esto es tan cierto que en todos los países civilizados sólo se condena a la pena capital a una mujer por cada cincuenta hombres.

Montesquieu, en el *Espíritu de las leyes*, al ocuparse de la condición de las mujeres en las diversas clases de gobierno, dice que «en Grecia, a las mujeres no se las consideraba dignas de participar del verdadero amor y que el amor entre los griegos adoptaba una forma que no nos atrevemos a explicar». En apoyo de lo dicho, cita a Plutarco. Semejante error sólo debe perdonarse a una imaginación como la de Montesquieu, que se deja arrastrar por la rapidez de las ideas, a veces incoherentes. Plutarco, en el capítulo que dedica al amor, introduce varios interlocutores y él mismo, tomando el nombre de Daphneus, rebate con energía lo que afirma Protógenes referente a la liviandad de los efebos. En ese mismo diálogo llega a decir que en el amor de las mujeres hay algo divino; compara este amor con el sol, que anima a la naturaleza; coloca la felicidad en el amor conyugal, y concluye el diálogo con un magnífico elogio a la virtud de Eponina. La célebre aventura de Eponina ocurrió en presencia de Plutarco, que vivió algún tiempo en casa de Vespasiano. Dicha heroína, al saber que su marido Sabino había sido vencido por las tropas del emperador y estaba escondido en una caverna situada entre el Franco Condado y Champagne, le buscó, se encerró con él, le sirvió y proporcionó alimentos durante varios años y tuvo hijos. La apresaron con su marido y la llevaron ante Vespasiano, que se asombró de su grandeza de alma al decirle: «Viví más feliz debajo de tierra y en la oscuridad, que tú a la luz del sol y en la cumbre del poder». Plutarco afirma, pues, lo contrario de lo que dice Montesquieu, y se pronuncia con entusiasmo en favor de las mujeres. No debe sorprender que en todas partes el varón haya sido señor de la mujer, puesto que casi todo en el mundo se basa en la fuerza. Además, comúnmente el hombre es superior a la mujer en el cuerpo y en espíritu. Y aunque han existido mujeres sabias, como las han habido guerreras, nunca se dieron mujeres inventoras. Han nacido para agradar y ser el adorno de la sociedad, y hasta diríase que han sido creadas para suavizar las costumbres de los hombres.

En ninguna república las mujeres tuvieron parte en el gobierno, ni han reinado nunca en los imperios puramente electivos, aunque sí en muchas monarquías hereditarias de Europa, como España, Nápoles, Inglaterra... La Ley Sálica las excluyó de la sucesión a la corona en Francia y no fue, como

dice Mezerai, por su incapacidad en gobernar, pues lo han hecho como regentes. Por otra parte, a Mezerai lo desmienten Isabel la Católica en Castilla, Isabel en Inglaterra y María Teresa en Hungría. La ignorancia supuso durante mucho tiempo que las mujeres eran esclavas de por vida entre los mahometanos y que cuando morían les estaba vedado el paraíso. Estos son dos crasos errores que con mala intención se han atribuido al mahometismo. Las esposas no son del todo esclavas. El capítulo IV del Corán les asigna viudedad y la hija percibe la mitad de los bienes que hereda su hermano. Si en el matrimonio sólo hay hembras, se reparten los dos tercios de la sucesión y el resto lo perciben los parientes del difunto; cada una de las dos líneas hereda la sexta parte, y la madre del muerto también tiene derecho en la sucesión. No puede decirse, pues, que las esposas son esclavas, pues tienen además derecho a pedir el divorcio, que se lo conceden cuando juzgan legítimas sus quejas.

N

NATURALEZA.

EL FILÓSOFO. ¿Qué eres tú. Naturaleza? Vivo en ti y hace cincuenta años que te busco y no he podido encontrarte todavía.

LA NATURALEZA. Los antiguos egipcios, que según dicen vivían doscientos años, me reprochaban lo mismo. Me llamaron Isis y me cubrieron la cabeza con un velo, diciendo que nadie podía levantármelo.

EL FILÓSOFO. Por eso me dirijo a ti. Pude medir algunos de tus astros, conocer su órbita y asignar las leyes del movimiento, pero no he logrado saber quién eres. ¿Actúas continuamente? ¿Eres siempre pasiva? ¿Tus elementos se organizaron por sí mismos, al igual que el agua se pone sobre la arena, el aceite sobre el agua y el aire sobre el aceite? ¿Dirige tus operaciones un espíritu, como dirige los Concilios cuando se reúnen, aunque sus miembros sean algunas veces ignorantes? Te suplico que me proporciones la clave de tu enigma.

LA NATURALEZA. Soy el gran todo, no sé nada más. No soy matemática y en mí todo está organizado con leyes matemáticas. Adivina, si puedes, cómo se hizo esto.

EL FILÓSOFO. Pues si eres el gran todo que sabes matemáticas y tus leyes son estrictamente geométricas, es menester que exista un ser eterno geómetra que te guíe, esto es una inteligencia suprema que dirija tus operaciones.

LA NATURALEZA. Tienes razón. Soy agua, tierra, fuego, atmósfera,

metal, mineral, piedra, vegetal y animal. Sé que existe en mí una inteligencia; tú también la tienes y no la ves, como yo tampoco veo la mía. Sé que existe un poder invisible que no puedo conocer. Por tanto, ¿cómo quieres tú, que sólo eres una parte insignificante de mí misma, saber lo que no sé?

EL FILÓSOFO. Los hombres somos curiosos. Quisiera saber por qué siendo como eres tan tosca en las montañas, desiertos y mares, eres, sin embargo, tan industriosa en tus animales y vegetales.

LA NATURALEZA. ¿Quieres que te diga la verdad? Me han designado con un nombre impropio: me llaman Naturaleza y soy todo arte.

EL FILÓSOFO. Esa palabra desconcierta mis ideas. ¿La naturaleza es arte?

LA NATURALEZA. Sin duda. ¿Ignoras que se ha plasmado un arte infinito en esos mares y en esos montes que tan toscos te parecen? ¿Desconoces acaso que todas las aguas gravitan hacia el centro de la Tierra y sólo se elevan obedeciendo a leyes inmutables; que esas montañas que coronan el mundo son inmensos depósitos de nieves eternas y madres de fuentes, lagos y ríos, sin los cuales el género animal y el reino vegetal morirían? Crees que sólo tengo tres reinos, el animal, el vegetal y el mineral, pero es menester que sepas que mis reinos son millones. Si te detienes a analizar la formación de un insecto, de una espiga de trigo, del oro y del cobre, todo te parecerá en mí maravillas de arte. EL

FILÓSOFO. Es verdad. Cuanto más reflexiono más comprendo que eres el resultado del arte de un ser omnipotente que te oculta y te hace aparecer. Todos los filósofos desde Thales, y acaso muchos anteriores a él, han jugado a la gallina ciega contigo y han dicho: Ya te he pillado, pero no te tenían. Todos los hombres nos parecemos a Ixión, que creyó abrazar a Juno y sólo era una nube.

LA NATURALEZA. Puesto que soy todo lo que es, ¿cómo un ser como tú, parte exigua de mí misma, ha de poder aprehenderme? Contentaos, hijos míos, siendo como sois átomos, con ver algunos átomos que os rodean, con beber algunas gotas de mi leche, con vegetar algunos momentos en mi seno y con morir sin llegar a conocer a vuestra madre y a vuestra nodriza.

EL FILÓSOFO. Pues bien, madre mía, dime por qué existes y por qué existe todo lo del mundo.

LA NATURALEZA. Te contestaré lo que respondo desde hace muchísimos siglos a quienes me preguntan sobre los primeros principios: no lo sé.

EL FILÓSOFO. Sería preferible la nada a la multitud de existencias

creadas para ser continuamente extinguidas, a la infinidad de animales que nacen y se reproducen para devorar a otros y ser devorados al ingente número de seres sensibles que padecen esa enormidad de sensaciones dolorosas, al exceso de inteligencias que rara vez conocen la razón. ¿Para qué todo esto, Naturaleza?

LA NATURALEZA. No sé contestarte. Pregúntaselo al que lo hizo.

NAVIDAD. Todos sabemos que es la fiesta del nacimiento de Jesús, la fiesta más antigua que celebró la Iglesia después de la Pascua y de Pentecostés, fuera del bautismo de Jesucristo. Sólo se conocían esas tres fiestas cuando san Crisóstomo pronunció su sermón sobre Pentecostés. No incluimos en ese número las fiestas de los mártires, que pertenecían a un orden muy inferior. Llamaron fiesta de la Epifanía a la del bautismo de Jesús, imitando a los griegos que daban dicho nombre a las fiestas que celebraban en recuerdo de la aparición de los dioses en el mundo porque sólo después que Jesús recibió el bautismo se empezó a predicar el Evangelio. Según algunos, esta fiesta se celebraba a fines del siglo IV, exactamente el día 6 de noviembre, en la isla de Chipre, y san Epifanio afirma que Jesús fue bautizado ese día. San Clemente de Alejandría nos dice que los basilidenses, secta de agnósticos, celebraban dicha fiesta el 15 de tybi, mientras que otros autores afirman que se celebraba el 11 de dicho mes, que era el de enero siendo esta última opinión la admitida. Respecto al nacimiento de Jesús como no se sabía el día, mes y año, no se festejaba.

Según consta en las notas que se hallan al final de las obras de san Clemente de Alejandría, los que trataron de averiguar el nacimiento de Jesús mantuvieron diversas opiniones: unos decían que nació el 25 del mes egipcio pachón, que en nuestro calendario corresponde al 20 de mayo, y otros aseguraban que nació el 24 o 25 de pharmuthi, cuyos días corresponden al 19 y 20 de abril. Lo indudable es que en Oriente y en Egipto celebraban la fiesta de la Navidad de Jesús el 6 de enero, coincidiendo con el día de su bautismo, sin que podamos saber con certeza cuándo empezó esta costumbre, ni cuál fue el motivo de instituirlo. La opinión y práctica de los occidentales fueron diferentes de las de Oriente. Los exegetas luteranos de Magdeburgo transcriben un pasaje de Teófilo de Cesárea que hace hablar de este modo a la Iglesia de las Galias. «Así como se celebra el nacimiento de Jesucristo el día 25 de diciembre, en cualquier día de la semana que caiga esa fiesta, también debe celebrarse la resurrección de Jesucristo el día 25 de marzo, porque el Señor resucitó ese día». Si este aserto responde a la verdad, es preciso confesar que los obispos de las Galias fueron en extremo prudentes y muy razonables. Pues estando convencidos, como toda la Antigüedad, de que Jesucristo fue crucificado el 23 de marzo y resucitó el 25, celebraban la Pascua de su muerte el día 23 y el 25 la Resurrección, haciendo caso omiso de si era

luna llena, porque esto, en el fondo, era una ceremonia judaica y sin sujetarse al domingo. Si la Iglesia les hubiera imitado habría eludido las largas y escandalosas discusiones que amenazaron dividir a Oriente y Occidente y que al cabo de siglo y medio terminó el Concilio de Nicea. Algunos estudiosos opinan que los cristianos romanos eligieron el solsticio de invierno para situar el nacimiento de Jesús porque en esa época es cuando el sol empieza a aproximarse a nuestro hemisferio. Desde los tiempos de Julio César, el solsticio civil político quedó fijado el 25 de diciembre y en Roma se hacía una fiesta para celebrar el regreso del sol, día que se llamaba gruma, según refiere Plinio, que lo fija, como Servio, en el 8 de las calendas de enero. Puede que este hecho tuviera cierta influencia en la elección del día, pero no fue su origen. Un pasaje de Flavio Josefo que evidentemente es una interpolación, tres o cuatro errores antiguos y la explicación mística de una palabra de san Juan Bautista, dieron origen a tal fecha, como José Scaligero va a demostrarnos. «Los antiguos —dice este sagaz crítico— suponían en primer lugar que Zacarías era sumo pontífice cuando Jesús nació, lo cual es falso y no hay persona ilustrada que lo crea. En segundo lugar, supusieron que Zacarías estaba en un santuario ofreciendo incienso cuando apareció el ángel que le anunció el nacimiento de su hijo. En tercer lugar, como el Pontífice sólo entraba en el santuario una vez al año, el día de las expiaciones, que era el 10 del mes tisri, que corresponde a nuestro septiembre, supusieron que el día 27, el 23 o el 24, cuando Zacarías regresó a su casa después de dicha ceremonia, fue cuando Isabel, su mujer, concibió a Juan Bautista. Ese es el motivo que hizo colocar la fiesta de la concepción del Bautista en los referidos días. Y como las mujeres llevan sus hijos en el vientre, por regla general, doscientos setenta y dos o doscientos setenta y cuatro días, creyeron que debían situar el nacimiento de dicho santo el 24 de junio. Este es el origen de las fiestas de san Juan y de Navidad, que depende de aquélla. En cuarto lugar, supusieron que mediaron seis meses completos entre la concepción de Juan Bautista y la de Jesús, pese a que el ángel dijo sencillamente a María que entonces era el sexto mes del embarazo de Isabel. Por este motivo fijaron la concepción de Jesús el 25 de marzo deduciendo de esas varias suposiciones que Jesús debió nacer el 25 de diciembre, nueve meses justos después de ser engendrado.»

Salta a la vista que hay mucho de fabuloso en esos arreglos. Una de las objeciones que se pueden hacer es que los cuatro puntos cardinales del año, o sea los dos equinoccios y los dos solsticios, como antiguamente los colocaban, se designen como la época de ambas concepciones y nacimientos. Todavía hay algo maravilloso digno de ser notado y consiste en que el solsticio en que nació Jesús fue en la época en que crecen los días y el Bautista vino al mundo en la época en que aquéllos menguan. Esto es lo que el santo precursor había insinuado de modo místico al pronunciar estas palabras, hablando de Jesús: «Es preciso que él crezca y yo disminuya». A eso alude Prudencio en un

himno que compuso sobre la Natividad del Señor. Sin embargo, san León dice que en sus tiempos había gente en Roma que decían que dicha fiesta era venerable, no tanto por el nacimiento de Jesús cuanto por el regreso o nuevo nacimiento del sol. San Epifanio afirma que es de todos sabido que Jesús nació el 6 de enero, pero san Clemente de Alejandría, que es anterior y más sabio que san Epifanio sitúa el nacimiento de Jesús el 18 de noviembre del año 28 del reinado de Augusto. Ello se infiere de la objeción que hace a san Epifanio el jesuita Petau, respecto a las palabras de san Clemente: «Desde el nacimiento de Jesucristo hasta la muerte de Cómodo mediaron ciento noventa y cuatro años, un mes y trece días». Según Petau, Cómodo murió en diciembre del año 192 de nuestra era; por lo tanto es preciso, según san Clemente, que Jesús haya nacido un mes y trece días antes de diciembre, o sea, en 18 de noviembre del año 28 del reinado de Augusto. Es de advertir que san Clemente cuenta los años de Augusto desde la muerte de Marco Antonio y la toma de Alejandría, porque sólo desde entonces Augusto fue dueño absoluto del imperio. Como acabamos de ver, no estamos seguros del año, del mes, ni del día, del nacimiento del Salvador. Y si bien san Lucas declara que está perfectamente enterado de todo eso desde el principio, prueba que no sabía exactamente la edad de Jesús al afirmar que tenía cerca de treinta años cuando fue bautizado. En efecto, Lucas cree que Jesús nació el año que hizo el empadronamiento Cirino, gobernador de Siria, y si hemos de creer a Tertuliano lo hizo Sentio Saturnio. Pero éste había dejado el gobierno y la provincia el último año del reinado de Herodes y su sucesor entonces era Quintilo Varo, según asegura Tácito. Publio Sulpicio Quirino, del que habla Lucas no sucedió a Quintilo Varo hasta diez años después de la muerte de Herodes, cuando Arqueludo, rey de Judea, fue desterrado por Augusto, como dice Flavio Josefo en las Antigüedades judaicas. Es verdad que Tertuliano, y antes que él san Agustín, enviaban a tomar datos de los paganos y herejes de su época en los archivos públicos que conservaban los registros de este supuesto empadronamiento, pero también lo es que Tertuliano enviaba a los archivos públicos para que encontraran que se hizo noche en pleno día en la época de la pasión de Jesús, como expusimos en el artículo Eclipse, en el que hicimos ver la falta de exactitud de ambos padres y sus congéneres, que citan monumentos públicos a propósito de la inscripción de una estatua que san Justino decía haber visto en Roma y aseguraba estar dedicada a san Simón el Mago, cuando en realidad lo estaba a un dios de los sabinos. No deben sorprendernos estas incertidumbres si recordamos que Jesús no fue conocido de sus discípulos hasta después que le bautizó Juan. Tras el bautismo es cuando Pedro pretende que el sucesor de Judas dé testimonio de Jesús, y según los Hechos de los Apóstoles, Pedro oye hablar de todo en el tiempo que Jesús vivió con ellos.

NECESARIO.

OSMÍN. ¿No dice usted que todo es necesario?

SELIM. Si así no fuera, de ello se deduciría que Dios había hecho cosas inútiles.

OSMÍN. ¿O sea que era necesario a la naturaleza divina que hiciera cuanto hizo?

SELIM. Así lo creo, o por lo menos lo supongo. Hay gentes que piensan de otro modo y no les entiendo, aunque quizá tengan razón. Recelo en discutir de este asunto.

OSMÍN. Hay también otro «necesario» del que quisiera hablar.

SELIM. ¿De cuál? ¿De lo que es necesario a un hombre honrado para vivir? ¿De la desdicha a que se ve reducido cuando le falta lo necesario?

OSMÍN. No, porque lo que es necesario a uno no siempre lo es para otro: a un indio le es necesario tener arroz y a un inglés comer carne, y a un ruso le hacen falta las pieles y a un africano una tela de gasa. Hay individuo que cree le son necesarios doce caballos para una carroza, otros se limitan a poseer un par de zapatos, y los hay que caminan alegremente con los pies descalzos. De lo que quiero hablarle es de aquello que es necesario a todos los hombres.

SELIM. Me parece que Dios ha concedido todo lo necesario a nuestra especie: dos ojos para ver, dos pies para andar, una boca para comer, un esófago para tragar, un estómago para digerir, un cerebro para razonar y órganos para producir seres semejantes.

OSMÍN. Así, pues, ¿cómo es posible que nazcan hombres carentes de parte de esas cosas necesarias?

SELIM. Es que las leyes generales de la naturaleza pueden padecer accidentes que hacen nacer monstruos, pero en general el hombre está dotado de cuanto le hace falta para vivir en sociedad.

OSMÍN. ¿Y existen principios o nociones comunes a todos los hombres que sirvan para vivir en sociedad?

SELIM. Sí, he viajado con Pablo-Lucas y en todas partes he observado que la gente respetaba a su padre y a su madre, creíase obligado a cumplir las promesas, sentía compasión hacia los inocentes oprimidos, detestaba la persecución y consideraba la libertad de pensar como un derecho natural y a los enemigos de esta libertad como enemigos del género humano; en cuanto a los que estén en contra de todo esto, me parecen criaturas mal organizadas o monstruos como los que nacen sin ojos y sin manos.

OSMÍN. ¿Y estas cosas necesarias lo son en cualquier tiempo y lugar?

SELIM. Sí. En caso contrario ya no serían necesarias para la especie humana.

OSMÍN. En consecuencia, una creencia nueva no es absolutamente necesaria a nuestra especie. Los hombres podían muy bien vivir en sociedad y cumplir sus deberes con Dios antes de creer que Mahoma mantuvo frecuentes charlas con el ángel Gabriel.

SELIM. Nada más evidente. Sería ridículo pensar que no se cumplían los deberes humanos antes de que Mahoma viniera al mundo, ni era absolutamente necesario para la especie humana creer en el Corán: el mundo vivía, antes de Mahoma, más o menos como vive hoy. Si el mahometismo hubiera sido necesario para el mundo habría existido desde el comienzo de los siglos y estaría en todos los lugares. Dios, que a todos nos ha otorgado un par de ojos para ver su sol, nos hubiese concedido una inteligencia para ver la verdad de la religión musulmana. Esta secta es, pues, igual a las leyes positivas, que cambian según los tiempos y lugares, como las modas y las opiniones de los físicos, que se suceden unas a otras. Así, pues, la secta musulmana no podía ser esencialmente necesaria al hombre.

OSMÍN. Entonces, puesto que existe, ¿la permite Dios?

SELIM. Bueno, como también permite que el mundo esté lleno de tonterías, errores y calamidades. Pero ello no significa que todos los hombres hayan sido esencialmente creados para ser tontos y desgraciados. Aunque permita que algunos hombres sean devorados por serpientes, no puede en modo alguno afirmarse que «Dios ha creado al hombre para que sea devorado por las serpientes».

OSMÍN. ¿Y qué entiende usted al decir «Dios permite»? ¿No puede suceder nada sin sus órdenes? Permitir, querer y hacer, ¿no son para El la misma cosa?

SELIM. Permite el crimen, pero no lo comete.

OSMÍN. Cometer un crimen es obrar contra la justicia divina, es desobedecer a Dios. Siendo así que Dios no puede desobedecerse a sí mismo tampoco puede cometer crímenes, pero ha creado al ser humano de tal manera que el hombre comete muchos. ¿Cómo se explica todo esto?

SELIM. Hay gentes que lo saben, pero no yo. Lo que sé muy bien es que el Corán es ridículo, aunque de vez en cuando contenga algunas cosas buenas. Lo cierto es que el Corán no era absolutamente necesario al hombre y me mantengo en ello: veo muy claramente lo que es falso, aunque conozca muy poco lo que es verdadero.

OSMÍN. Yo creía que me instruiríais y usted no me enseña nada.

SELIM. ¿No es bastante conocer a las gentes que le engañan y los errores groseros y peligrosos que le endosan?

OSMÍN. Yo me quejaré siempre del médico que me presente una exposición de plantas venenosas, pero que no me muestre ninguna que cure.

SELIM. Ni soy médico, ni usted está enfermo, pero me parece que ofrecería una buena receta si le dijese: «Desconfíe de todas las invenciones de los charlatanes, adore a Dios, sea un hombre honrado y crea que dos y dos son cuatro».

NEWTON Y DESCARTES. Newton se hallaba destinado a la carrera eclesiástica. Tras estudiar teología, cuya disciplina le influyó profundamente, abrazó el partido de Arrio contra Atanasio y fue más allá que aquél, como todos los socinianos. En la actualidad hay en Europa muchos sabios de esta escuela, que no califico de comunión porque no forman corporación, ni hay unidad de pareceres, pues algunos de ellos reducen su sistema al puro deísmo armonizado con la moral de Cristo. Newton no pertenecía a estos últimos; sólo difería de la Iglesia anglicana en el dogma de la consustancialidad, creyendo en todo lo demás. Manifiesta su buena fe comentando el Apocalipsis, donde ve con claridad que el papa es el Anticristo. y por otro lado explica ese libro y todos los que se relacionan con él. Diríase que con su comentario trataba de hacerse perdonar por el género humano la superioridad que tenía. Algunos estudiosos, leyendo la parte metafísica que Newton incluyó al final de sus Principios matemáticos, encontraron algo tan oscuro como el Apocalipsis. Y es que los metafísicos y teólogos se parecen en cierto modo a aquellos gladiadores que hacían combatir con los ojos tapados. Pero cuando Newton abordó las matemáticas con los ojos abiertos, su vista alcanzó hasta los límites del mundo. Inventó el cálculo denominado del infinito, y descubrió y demostró el principio nuevo que hace mover la naturaleza. La verdadera naturaleza de la luz no se conoció antes que él la estudiara; sólo se tenían de ella ideas confusas y falsas. Inventó el telescopio de reflexión, que construyó él mismo, y demostró por qué no se puede aumentar la potencia y el alcance de los telescopios ordinarios. Viéndole construir su nuevo telescopio, un jesuita alemán creyó que era un artesano que se dedicaba a hacer anteojos, cuando era «un artífice que se llamaba Newton», como él mismo dice en un pequeño libro. La posteridad le vengó más tarde. En Francia le trataron con la mayor injusticia, pues le tuvieron durante algún tiempo por un hombre que se dedicaba a hacer experimentos y se había equivocado y porque Mariote utilizaba prismas malos no querían reconocer los descubrimientos de Newton. Sus compatriotas le admiraron cuando empezó a escribir y a investigar. En Francia sólo le reconocieron todo su valor al cabo de cuarenta años en cambio, los franceses se entusiasmaban con la materia acanalada y ramosa de Descartes y los pequeños torbellinos blandos del padre Malebranche. De todos los que trataron al cardenal Polignac, no hubo nadie que no le oyera decir que Newton era peripatético y que sus rayos caloríferos y su atracción se resentían de ateísmo. Dicho cardenal unía a todas las ventajas que le proporcionó la

naturaleza su potentosa elocuencia; componía versos latinos con asombrosa facilidad, pero no conocía más filosofía que la de Descartes y se sabía al dedillo sus razonamientos, como sabemos de memoria las fechas. No consiguió ser geómetra, ni había nacido filósofo; podía juzgar las Catilinarías y la Eneida, pero no hacer lo mismo con Newton y Locke.

Cuando consideramos que Newton, Locke, Clarke y Leibnitz hubieran sido perseguidos en Francia, encarcelados en Roma y quemados en Lisboa, ¿qué idea debemos formarnos de la razón humana? Esta nació en ese siglo en Inglaterra. En tiempos de la reina María se produjo una tenaz persecución sobre la forma de pronunciar el griego y los perseguidores se equivocaban, aunque los que castigaron a Galileo se equivocaron aún más y cualquier inquisidor debió avergonzarse cada vez que veía una esfera de Copérnico. Si Newton hubiera nacido en Portugal y un dominico hubiera creído que la razón inversa del cuadrado de las distancias era una herejía, le habrían puesto un sambenito en un auto de fe. Con frecuencia, se pregunta por qué las personas que por su ministerio debieran ser sabios e indulgentes han sido a menudo ignorantes e implacables. Fueron ignorantes a pesar de haber estudiado mucho tiempo y crueles porque eran sabedores de que sus malos estudios los despreciaban los sabios. Ciertamente, nada tenían que perder los inquisidores que tuvieron la audacia de condenar el sistema de Copérnico por herético y absurdo, toda vez que ningún perjuicio les acarrea el sistema. Si la Tierra gira alrededor del Sol como los demás planetas, no por ello los inquisidores iban a perder sus rentas, sus canonjías, ni su dignidad. Hasta el dogma permanece seguro cuando sólo lo combaten los filósofos y todas las academias del mundo no conseguirán cambiar las creencias del pueblo. ¿Cuál es, pues, el motivo de la cólera que consiguió que los Anitus quisieran exterminar a los Sócrates? No es otro sino que los Anitus comprendieron, en el fondo de su conciencia, que los Sócrates les despreciaban.

O

OBISPO. Samuel Ornik, natural de Basilea, era un joven educado que sabía de memoria el Nuevo Testamento en griego y en alemán. Sus padres, que ya le hicieron viajar a la edad de veinte años, le encargaron que llevara libros al obispo de París en la época de la Fronda. Personado en la puerta del arzobispado, el guardia suizo le dijo que monseñor no recibía a nadie. «Camarada —le replicó Ornik—, sois poco amable para vuestros compatriotas. Los apóstoles dejaban que se les acercase todo el mundo, y Jesucristo quería que fueran a él todos los niños. No vengo a pedir nada a vuestro señor, sino a traerle». «Entrad, pues» —le contestó el suizo. Estuvo

una hora haciendo antesala y como era muy ingenuo trabó conversación con un doméstico parlanchín que tenía afán por decir lo que sabía de su señor. «Debe de ser inmensamente rico —murmuró Ornik— para tener tantos pajes y servidores como veo en esta casa». «Ignoro la renta que tendrá —respondió el doméstico—, pero me han dicho Joly y el abate Charrier que tiene dos millones de deudas». «Buena renta ha de tener para pagarlas... pero, ¿quién es aquella dama que sale de aquel gabinete y se va» «Madame de Pomereu, una de sus amantes». «Verdaderamente, es muy hermosa... pero no he leído en ninguna parte que los apóstoles tuvieran semejante compañía por las mañanas en su dormitorio... Creo que viene monseñor y me va a recibir». «Dadle el tratamiento de Su Grandeza». «No lo sabía, pero no tengo inconveniente». Ornik saludó a Su Grandeza, que le acogió con graciosa sonrisa y el joven le entregó los libros de que era portador. El obispo le dijo cuatro palabras y acto seguido entró en su carroza, a la que escoltaban cincuenta caballeros. Al subir al carruaje se le cayó un estuche a monseñor. Ornik quedó sorprendido al oír estas palabras pronunciadas por el doméstico: «¿No comprendéis que eso es su puñal? Ordinariamente, todos van con ese puñal al Parlamento». « ¡Extraño modo de oficiar! » se contestó Ornik, y salió de allí sorprendido. Recorrió Francia de ciudad en ciudad y cada vez se sentía más piadoso. Después pasó a Italia. Cuando llegó al territorio del papa encontró uno de esos obispos con mil escudos de renta que iba a pie. Ornik, que era hombre compasivo, le invitó a ocupar un puesto en su carruaje. «Venid conmigo, monseñor, pues sin duda iréis a consolar algún enfermo» «No, iba a casa de mi señor». « ¡Vuestro señor! Vuestro señor es Jesucristo». «No, el cardenal Azolín, que soy su limosnero. Me da pocas ganancias pero me ha prometido colocarme en el palacio de doña Olimpia, que es la cuñada favorita di nostro signore il Papa». « ¡Vivís a expensas de un cardenal! ¿Sabéis que en tiempos de Jesucristo y san Juan no había cardenales?» a¿Es posible?» —exclamó el prelado italiano. «Es cierto. Y vos lo habréis leído en el Evangelio». «Nunca lo he leído —confesó el obispo—. No sé más que el oficio de Nuestra Señora». «Pues os repito que en aquella época no había cardenales ni obispos, y cuando fueron creados eran casi iguales a los demás sacerdotes, tal como san Jerónimo asegura». « ¡Válgame la Virgen! No sabía nada de eso... ¿Y habían papas?» «Tampoco». El buen obispo se santiguó, y creyendo que estaba hablando con el maligno saltó del carruaje y echó a correr.

ONÁN, ONANISMO. Prometimos en el artículo Amor socrático hablar de Onán y del onanismo, aunque ello nada tenga de común con el amor socrático, que es un efecto desordenado del amor propio. El linaje de Onán fue muy singular. El patriarca Judá, su padre, como sabemos, fornicó con su nuera Tamar la Fenicia a la vera de un camino. Jacob, padre de Judá, había sido a la vez marido de dos hermanas, hijas de un idólatra, y engañó a su padre y a su suegro. Lot, hermano del abuelo de Jacob, se había acostado con sus dos hijas.

Salomón, descendiente de Jacob y Judá, se casó con Rahab la Cananea, una prostituta. Booz, hijo de Salomón y Rahab, se acostó con Ruth la Madianita y fue bisabuelo de David. David quitó al capitán Urías su esposa Betsabe, mandando aquél a la muerte para gozar con más libertad de sus amores. En las dos genealogías de Jesucristo, que difieren en otros puntos, pero son iguales en éstos, se encuentra que el Salvador es descendiente de esta multitud de fornicaciones, adulterios e incestos. Estas singularidades no pueden por menos de acongojar a la razón humana humillar nuestra inteligencia limitada y convencernos de que los designios de la providencia son inexcrutables. El reverendo padre Calmet hizo este comentario respecto al incesto que cometió Judá con Tamar y del pecado de Onán: «La Biblia nos detalla una historia que en su sentido literal choca a nuestra inteligencia y parece poco edificante, pero el sentido oculto y misterioso que encierra es tan elevado como grosero el literal a los ojos de la carne. Sin tener razones para ello el Espíritu Santo no hubiera permitido que la historia de Tamar, de Ruth y de Betsabé se encontraran mezcladas en la genealogía de Jesucristo». Lamentamos que Calmet no haya explicado tan poderosas razones para disipar las dudas y escrúpulos de los hombres honrados y timoratos que desean comprender por qué el Ser Eterno, creador de los mundos nació en una aldea judía y de una estirpe de ladrones y prostitutas. Este misterio, que es uno de los más inconcebibles, merecía que algún sabio exégeta lo explicara. Ocupémonos ahora del onanismo.

Es difícil averiguar cuál fue el pecado de Onán: Judá había casado a su hijo primogénito Her con Tamar. Her murió por haber sido perverso. Judá quiso entonces que su segundo hijo Onán contrajera matrimonio con la viuda del primogénito, obedeciendo la antigua ley de los egipcios y fenicios o lo que llamaban hacer salir hijos a su hermano. El primer hijo del segundo matrimonio tenía que llevar el nombre del marido difunto de la mujer y esto Onán no lo quería. Odiaba a su hermano y por no tener un hijo que llevase tal nombre dícese que echaba el semen en el suelo. Falta saber si era en el contacto carnal con su mujer cuando engañaba a la naturaleza o si con la masturbación eludía los deberes conyugales: el Génesis no lo dice. Actualmente, se llama pecado de Onán al abuso que hace el hombre de sí mismo forzando la naturaleza con su mano, vicio bastante común en los jovencitos y mocitas de temperamento ardiente. Se ha notado que sólo los hombres y los simios incurren en eso que contraría el propósito de la naturaleza.

En Inglaterra, un médico escribió un pequeño libro titulado Del onanismo, del que se vendieron veinticinco ediciones en poco tiempo, suponiendo que eso no fuera una artimaña del librero para atraerse lectores, lo que no sería una cosa nueva. Tissot, famoso médico de Lausana, también publicó otro sobre el onanismo, más profundo y metódico que el inglés. Ambas obras ponen de

manifiesto las consecuencias funestas de esa perniciosa práctica, que origina un debilitamiento de las fuerzas, impotencia, trastornos en el estómago y las vísceras, temblores, vértigos, el embrutecimiento y, a veces, la muerte prematura. El doctor Tissot sabe por experiencia que la quinina es el mejor remedio para curar esas enfermedades, a condición de abandonar ese hábito vergonzoso y funesto que tan extendido está entre los estudiantes, pajes y frailes jóvenes, pero se convenció de que era más fácil tomar la quinina que renunciar a lo que se convierte en una segunda naturaleza. A las consecuencias del onanismo añadid las de la sífilis y os convenceréis de lo ridícula y desgraciada que es la especie humana. Para consolarla, el doctor Tissot refiere tantos ejemplos de enfermos de repleción y humores, como enfermos de emisión de humores, encontrando unos y otros en varones y mujeres. No puede oponerse argumento más contundente contra los votos temerarios de castidad. En efecto, ¿en qué ha de convertirse el líquido precioso que nos dio la naturaleza para propagar el género humano? Si lo prodigamos desmesuradamente, puede matarnos; si lo retenemos, también nos puede causar la muerte. Se ha observado que las poluciones nocturnas son frecuentes en las personas célibes, pero lo son más en los jóvenes religiosos que en las monjas, porque el temperamento del hombre es más dominante. De ello debemos extraer la consecuencia de que es antinatural entregarnos a estas prácticas, y que es una especie de sacrilegio en las personas sanas prostituir ese don que recibieron del Creador y renunciar al matrimonio que Dios ordena. Así lo creen los protestantes, judíos, musulmanes y otros pueblos, pero los católicos patrocinan los conventos. Respecto a los católicos, les aplicaré las palabras que el sabihondo Calmet dice del Espíritu Santo: «sin duda, tuvieron buenas razones para creerlo así»

OPINIÓN. ¿Qué opinión tienen las naciones de América del Norte y las que costean el estrecho de la Sonda sobre el mejor de los gobiernos, la mejor religión, sobre el derecho público eclesiástico, la manera de escribir historia, del poema épico, sobre las ideas innatas, la gracia concomite la égloga, del poema épico, sobre las ideas innatas, la gracia concomitante y los milagros del diácono de París? Ninguno de esos pueblos profesa opinión alguna sobre asuntos de los que no tiene idea. Poseen, a lo más, un conocimiento confuso de sus costumbres. Así son todos los pueblos que habitan las costas del mar glacial en una extensión de quinientas leguas, los habitantes de las tres cuartas partes de Africa, casi todos los de las islas de Asia, veinte hordas de tártaros y todos los hombres que se ocupan únicamente del trabajo agobiante y siempre renovado de proporcionarse la subsistencia. Cuando una nación empieza a civilizarse comienza a tener algunas opiniones, pero casi todas falsas: creen en aparecidos, en brujos, en el encantamiento de las serpientes y la inmortalidad de éstas, en los poseídos del demonio, en exorcismos y en adivinadores. Creen, además, que los granos han de pudrirse en la tierra para germinar y que

las fases de la luna son causa de los accesos de fiebre. El talapuino convence a sus devotos que el dios Sammonocodom estuvo viviendo algún tiempo en Siam y taló todos los árboles de un bosque porque le impedían jugar bien al volante, su juego preferido. Esta opinión va arraigando en todas las mentes de tal forma que, andando los años, si hubiera algún habitante que osara dudar de tal aventura se arriesgaría a que le lapidaran. Se necesita que transcurran siglos para destruir una opinión popular. Llamen a la opinión reina del mundo, y lo es de tal modo que cuando la razón la rebate para destruirla ésta queda sentenciada a muerte: necesita renacer múltiples veces de sus cenizas para expulsar con suavidad a la usurpadora.

ORACIÓN. Quedan pocas fórmulas de las oraciones públicas de los pueblos antiguos. Sólo conservamos el magnífico himno de Horacio, compuesto para los juegos seculares de los antiguos romanos, de ritmo y medida que los romanos más modernos imitaron tiempo después en el himno *Ut queant laxis resonare fibris*. El *Pervigilium Veneris* es un himno de peor gusto literario y tal vez indigno de la noble sencillez del reinado de Augusto. El himno a Venus posiblemente se cantaba en las vestas de esta diosa, pero no hay duda de que el poema de Horacio se cantaba con la mayor solemnidad. Debemos admitir que el *Carmen Saeculare* de Horacio es uno de los más hermosos poemas de la Antigüedad y el himno *Ut queant laxis* es una de las obras más triviales que se escribieron en tiempos de la decadencia de la lengua latina. La Iglesia católica en aquella época cultivaba mal la elocuencia y la poesía. Sabido es que Dios prefiere los versos malos recitados por un corazón puro, que los más hermosos del mundo declamados por impíos; de todos modos, los buenos versos nunca perjudican en igualdad de circunstancias. Nada se parece del todo entre nosotros a los juegos seculares que celebraban los romanos cada ciento diez años. Nuestro jubileo sólo es un pálido remedo de ellos. Erigían tres altares magníficos a orillas del Tíber y Roma entera permanecía iluminada durante tres noches; quince sacerdotes distribuían agua lustral y cirios a los romanos de ambos sexos que debían cantar las preces. Empezaban por hacer sacrificios a Júpiter, señor de los dioses, y luego los ofrecían a Juno, Apolo, Latona, Diana, Ceres, Plutón, Proserpina y a las Parcas, consideradas como poderes subalternos. A cada una de esas divinidades le dirigían un himno y tributaban ceremonias. Se formaban dos coros, uno de veintisiete efebos y otro de veintisiete doncellas para cada uno de los dioses y, el último día de los juegos efebos y doncellas, coronados de flores, cantaban la oda de Horacio. En honor a la verdad, debo decir que en las casas particulares cantaban, en la mesa, otras odas a Ligurius, Liscio y otros bribones que no inspiraban la mayor devoción, pero había tiempo para todo. En cuanto a fórmulas de preces sólo conservamos un corto fragmento del que se recitaba en los misterios de Isis. Helo aquí:

«Las potencias celestes te sirven, los infiernos se te someten, tu mano

mueve el universo, tus pies pisan el Tártaro, los astros responden a tu voz, las estaciones aparecen por orden tuya, los elementos te obedecen.»

Y he aquí también la fórmula que se atribuye al antiguo Orfeo y que nos parece superior a la de Isis:

«Caminad por el sendero de la justicia y adorad al único señor del universo: es uno y único por sí mismo. Todos los seres le deben la existencia, procede en ellos y por ellos lo ve todo y jamás ojos mortales le vieron.»

Es sorprendente que en el Levítico y en el Deuteronomio no se encuentre ninguna plegaria pública, ni una fórmula. Parece que los levitas sólo se ocupaban de repartirse la carne de los sacrificios. Los judíos no compusieron una sola plegaria para recitarla o cantarla en la celebración de sus fiestas de Pascua, Pentecostés, los Tabernáculos y de la expiación general. Los sabios están de acuerdo en que los judíos no instituyeron preces públicas hasta su cautiverio en Babilonia, donde adoptaron algunas de las costumbres de dicho país y empezaron a instruirse en algunas de las ciencias que poseía aquel civilizado y poderoso pueblo. Imitaron de los caldeos persas sus caracteres, sus cifras y hasta su lengua, y mezclando algunas costumbres nuevas con sus antiguos ritos egipcíacos se convirtieron en un nuevo pueblo, tanto más supersticioso por cuanto al salir de su larga esclavitud siguieron dependiendo de los babilonios. Las diez tribus antes dispersadas se supone que no tuvieron plegarias públicas, como tampoco las tenían las otras dos, y que la religión que profesaban no estaba en ellas muy determinada, pues la olvidaron con facilidad y ni siquiera recordaban su nombre, al revés del escaso número de infortunados que reedificaron Jerusalén. A partir de entonces, esas dos tribus, o para ser exactos, esas dos tribus y media, instituyeron ritos inmutables, los escribieron y tuvieron preces reglamentarias. Desde entonces conocemos las fórmulas de sus plegarias. Esdras mandó que se rezara dos veces cada día, añadiendo un tercer rezo para los sábados. Se dice que escribió dieciocho plegarias para que pudieran elegir, y la primera empieza así:

«Bendito seas, Señor Dios de nuestros padres, Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el poderoso, el terrible y el supremo que distribuye liberalmente los bienes que creaste y posees en el mundo, que recuerdas las acciones buenas y envías un libertador a los descendientes de dichos patriarcas por amor a los humanos. ¡Bendito seas siempre!»

Se atribuye a Gamaliel, que vivió en la época de Jesucristo y tuvo varias discusiones con san Pablo, la institución de la plegaria décimo nona que reza así:

«Concedenos la paz los beneficios, la bendición y la gracia a nosotros y a tu pueblo de Israel. ¡Bendícenos, Padre nuestro! Bendícenos a todos por la luz de tu faz, porque por ella nos diste la ley de la vida, el amor, la paz y la

benignidad. Bendito seas, Señor, que bendices a tu pueblo Israel. Amén.»

Es de advertir que en muchas plegarias un pueblo pedía siempre lo contrario de lo que pedía el pueblo inmediato. Los judíos rogaban a Dios que exterminara a los sirios, egipcios y babilonios, y estos tres pueblos pedían que exterminara a los judíos, como realmente fueron exterminadas las diez tribus, que se confundieron con las demás naciones, siendo siempre desventurados los judíos por su obstinación en vivir separados de los demás pueblos y no poder disfrutar de ninguna de las ventajas de la sociedad. En nuestros días, en las guerras que promovieron los alemanes y españoles a los franceses, cuando aquéllos eran sus enemigos rogaban a la Virgen que hiciera derrotar a los welches y gabachos, y los franceses rogaban a la Santa Virgen que destruyera a los teutones y a los marranos españoles. En Inglaterra, los partidarios de la Rosa roja suplicaban a san Jorge que les ayudara a arrojar al fondo del mar a los partidarios de la Rosa blanca, y viceversa, de modo que el santo debió verse muy apurado, no sabiendo por quiénes decidirse. Si Enrique VII no hubiera ido a socorrerle, el santo no hubiera sabido qué hacer.

ORÁCULOS. Cuando la secta de los fariseos del pueblo hebreo trabó relación con el diablo, algunas personas que discurrían empezaron a creer que el diablo y sus acólitos inspiraban en los demás pueblos a los sacerdotes y estatuas que pronunciaban oráculos. En cambio, los saduceos, que no creían en ángeles ni en demonios, eran más filósofos que los fariseos y por ende menos a propósito para adquirir fama entre el pueblo. Para el populacho judío, en la época de Gamaliel, Juan el Bautista, Santiago Oblia y su hermano Jesús, que fue nuestro salvador Jesucristo, el demonio intervenía en todo. Por eso vemos que éste se lleva a Jesús al desierto, tras haberle transportado a lo alto del templo y a la cumbre de una colina inmediata, desde la que se distinguen todos los reinos del mundo, y también que el demonio penetra en el cuerpo de los jóvenes, las mocitas y los animales. Los cristianos, pese a ser enemigos mortales de los fariseos, aceptaron todo lo que éstos creían respecto al diablo, lo mismo que antiguamente los judíos introdujeron en su país las costumbres y ritos de los egipcios. Suele ser común imitar a nuestros enemigos y emplear sus armas. Así, los padres de la Iglesia no tardaron en atribuir al diablo las religiones que aparecieron en el mundo, los supuestos prodigios, los grandes eventos, los cometas, las pestes, etc. El pobre demonio, del que aseguraban estaba abrasándose en un agujero debajo de la tierra, quedó estupefacto al saber que de la noche a la mañana era el señor del mundo. Enseguida los frailes vinieron a aumentar prodigiosamente el poder del Maligno. El santo y seña de los cenobitas era: Dadme dinero y os libraré del diablo. Pero tal poder celestial y terrestre recibió un golpe mortal de la mano de su cofrade Lutero, quien riñendo con los frailes por el interés de su pobreza descubrió todos los misterios. Hondorf, testigo presencial, refiere que los reformistas, tras haber expulsado a los frailes de un convento de Eisenach, encontraron una imagen

de la Virgen y el Niño Jesús construida con tal arte que cuando les ponían ofrendas en el altar ambos movían la cabeza en señal de gratitud y volvían la espalda a quienes se presentaban con las manos vacías. Ocurrió todavía otro suceso, éste en Inglaterra: cuando por orden de Enrique VIII se hizo la visita canónica a los conventos, hallaron que la mitad de las monjas estaban embarazadas, lo que sin duda no era por obra del diablo. El obispo Burnet refiere que en ciento cuarenta y cuatro conventos los atestados que hicieron los comisarios del rey prueban que se cometieron abominaciones que nada tenían que envidiar a las de Sodoma y Gomorra. En efecto, los frailes de Inglaterra debieron ser más depravados que los sodomitas porque poseían las mejores tierras del reino y por tanto eran más ricos. Las tierras de Sodoma y Gomorra eran pobres, ya que no producían trigo, frutas, ni legumbres y carecían de agua potable; sólo podía ser un horrible desierto donde moraban gentes infelices y demasiado ocupadas en proporcionarse la subsistencia para pensar en voluptuosidades. Finalmente, el Parlamento suprimió esos soberbios asilos de la holgazanería mandando exponer en la plaza pública los instrumentos de sus fraudes religiosos: el famoso crucifijo de Boksley, que se movía y andaba como un polichinela; las ampollas de líquido rojo que simulaban la sangre que derramaban de vez en cuando las imágenes; los moldes de hojalata en los que introducían velas encendidas para que el pueblo creyera que era una vela que nunca se apagaba; las cerbatanas que saliendo de la sacristía iban a parar a la bóveda de la iglesia, por cuyo canuto hacían oír a veces voces celestes a las devotas que pagaban por oírlas... En suma, expusieron en la plaza pública todo lo que la picaresca había inventado para subyugar a la imbecilidad. Ante tales hechos, algunos sabios de Europa, convencidos hasta la evidencia de que los frailes, no los diablos, venían usando esas religiosas artimañas, empezaron a creer que había sucedido igual que en las antiguas religiones, esto es, que los oráculos y los milagros, tan elogiados en la Antigüedad, no fueron sino prestidigitaciones de charlatanes, y que los sacerdotes griegos, romanos, sirios y egipcios fueron todavía más hábiles que los frailes. El diablo perdió, pues, casi toda su fama, hasta que al fin el bueno de Becker, cuyo artículo pueden consultar nuestros lectores, escribió su demoledor libro contra el diablo y demostró con sobrados argumentos que no existía. El diablo no le contestó, pero los ministros del Santo Evangelio sí lo hicieron, como ya sabemos, castigándole por haber divulgado su secreto y quitándole el curato. Por lo que Becker fue víctima de Satanás.

Holanda estaba llamada a ser cuna de los más encarnizados enemigos del diablo. El médico Van Dale, filósofo sabio y profundo, ciudadano caritativo y audaz, aunque fundando su audacia en la virtud, acometió la no pequeña tarea de ilustrar a los hombres esclavizados por errores antiguos y empeñados en hacer más tupida la venda que les cubre los ojos hasta que un esclarecedor rayo de luz les descubre parte de la verdad. El referido autor demostró en un

libro erudito que los diablos nunca pronunciaron ningún oráculo ni obrado ningún prodigio, ni tenían arte ni parte en nada de esto, y que no existen más demonios que los pícaros que han engañado a los hombres. Demostró además, con documentos, no sólo que los oráculos de los paganos fueron fraudes de los sacerdotes, sino que esos trapicheos consagrados en todo el mundo seguían haciéndose en la época de san Juan Bautista y de Jesucristo. Lo demostró de manera tan palpable que actualmente no hay hombre sensato que no lo crea. Puede que el libro de Van Dale carezca de método apropiado, pero es quizá el libro más curioso que se ha escrito. Se encuentran en él las sandeces más supinas del supuesto Histaspo y de las sibilas, la historia apócrifa del viaje de san Pedro a Roma, los parabienes que le envió Simón el Mago por medio de su perro, los milagros de san Gregorio Taumaturgo, la carta que este santo envió al diablo y llegó a su destino, y los milagros que hicieron los reverendos padres jesuitas y los reverendos padres capuchinos; en resumen, en este libro se encuentra todo lo antiguo y lo moderno relacionado con esta materia. Desvela todas las imposturas, que quedan descubiertas para todos los hombres que saben leer, aunque por desgracia éstos se hallan en minoría. No quedó destruido, sin embargo, el imperio de la impostura en Italia, en Francia, en España, en los estados austriacos, ni en Polonia, en cuyas naciones dominaban los jesuitas. Los poseídos del diablo y los milagros falsos pululaban aún en la mitad embrutecida de Europa. He aquí lo que Van Dale refiere respecto a un oráculo singular que se pronunció en su época en Terni, perteneciente a los estados del Papa, el año 1650, y cuya relación se imprimió en Venecia. Un tal Pascual, ermitaño, habiendo oído decir que un vecino de Terni, de nombre Jacovello, era muy avaro y rico, fue a rezar en dicha localidad a la iglesia que frecuentaba Jacovello. Se hizo amigo de él, alabó la pasión que le dominaba y le convenció de que era muy grato a Dios que cada mortal sacara lo que pudiera de su dinero, que así lo recomienda el Evangelio cuando dice que el servidor negligente que no saca el cinco por ciento del dinero de su señor es arrojado a las tinieblas del averno. En el palique que el ermitaño mantenía con Jacovello enhebraba hermosos discursos sobre crucifijos y santos, y gracias a su elocuencia Jacovello llegó a convencerse de que a veces las estatuas de los santos dirigían la palabra a los mortales, añadiendo que se creería predestinado si conseguía que la imagen de algún santo le hablara. El ermitaño respondió que creía poderle dar esa satisfacción dentro de poco, pues estaba esperando de Roma una cabeza de muerto, regalo del papa a un compañero suyo, que hablaba como los árboles de Dodona y la burra de Balaán. Cuatro días después le enseñó dicha cabeza y pidió a Jacovello la llave de una pequeña cueva que tenía éste en su casa y la del cuarto que estaba encima, con objeto de que nadie se enterara de este misterio. El ermitaño introdujo un tubo en la cabeza y, preparándolo todo para conseguir el efecto que se proponía, se puso a rezar con su amigo. La cabeza, entonces, dijo estas palabras: «Jacovello, Dios trata

de recompensar tu celo comunicándote que un tesoro de cien mil escudos está escondido debajo del tejo de la entrada de tu huerto. Pero morirás repentinamente si buscas ese tesoro sin haber puesto ante mí una marmita llena de monedas de oro». Jacovello se apresuró a poner ante el oráculo la marmita llena de monedas, y el buen ermitaño, que había tenido la precaución de llevar una marmita igual llena de arena, la cambió en cuanto Jacovello volvió la espalda y salió de allí dejando al imbécil con una cabeza de muerto y el arca aligerada. Poco más o menos, de esa forma se hacían los oráculos en la Antigüedad, empezando por el de Júpiter-Ammón y concluyendo por el de Trofonio.

Uno de los secretos, tanto de los sacerdotes de la Antigüedad como de los nuestros, era la confesión en los misterios. En ellos se enteraban de la historia privada de las familias y adquirían datos para contestar a la mayor parte de los que iban a preguntarles. A ello se refiere una frase que hizo célebre Plutarco. Quiriendo un sacerdote confesar a un iniciado, éste le preguntó: «¿A quién he de confesarme, a ti o a Dios?» «A Dios», respondió el sacerdote. «Pues ya que no eres más que un hombre sal de aquí, y déjame con Dios.» Algunas historias increíbles de oráculos que se creía sólo podían atribuirse a los genios, hicieron afirmar a los cristianos que las habían referido los demonios y cesaron de contarlas cuando vino Jesucristo al mundo, con lo que evitaban entrar en la discusión de los hechos, que hubiera sido larga y difícil, y parecía que confirmaba la religión, que nos enseña que existen los demonios atribuyéndoles esos hechos. Con todo, las historias que relatan sobre los oráculos deberán ser sospechosas. La de Thamus, que Eusebio cree y únicamente Plutarco refiere, inserta a continuación un cuento tan ridículo que es bastante para desacreditarla, y mucho más por lo poco razonable. Si Pan era un demonio, ¿cómo no podían saber los diablos la muerte de aquél comunicándosela unos a otros, sin encargar esta misión a Thamus? Si Pan era Jesucristo, ¿cómo nadie cayó en ese error en el paganismo, ni creyó que fuera Jesucristo muerto en Judea, siendo el mismo Dios el que obligó a los demonios que anunciaran esa muerte a los paganos? La historia de Thulis, cuyo oráculo sobre la Trinidad es positivo, sólo la refiere Suidas. Pero Thulis, rey de Egipto, no era indudablemente un Tolomeo. ¿Qué crédito debemos dar al oráculo de Serapis cuando hay la certeza de que Herodoto no habla de ese dios, en tanto que Tácito refiere punto por punto cómo y por qué uno de los Tolomeos hizo venir del Ponto al dios Serapis, que por aquel entonces sólo allí era conocido? Tampoco podemos otorgar crédito al oráculo pronunciado sobre el niño hebreo, a quien todos los dioses obedecen. Cedreno tomó de Eusebio ese oráculo y hoy no se encuentra en ninguna parte. Puede que Cedreno pusiera una cita falsa, o citara alguna obra falsamente atribuida a Eusebio, mas, ¿por qué todos los primitivos apologistas del cristianismo guardan silencio acerca de un oráculo tan favorable a la religión? Los oráculos que

Eusebio toma de Porfirio, afín al paganismo, son tan difíciles de creer como los anteriores. Eusebio nos los presenta aislados de todo cuanto los acompañaba en los escritos de Porfirio, y por esto no sabemos si éste los refutaba. Debía hacerlo para defender su credo, y si no lo hizo seguramente tenía alguna intención oculta, como la de ofrecerlos a los cristianos con la idea de burlarse de su credulidad si los consideraban verdaderos y fundaban su religión sobre semejantes cimientos.

Más aún, algunos cristianos primitivos decían a los paganos que sus sacerdotes se burlaban de ellos. He aquí las palabras de Clemente de Alejandría: «Elogia cuanto quieras esos oráculos locos e impertinentes, y añade a ellos los augurios e interpretaciones de sueños y prodigios. Haz que aparezcan delante de Apolo Pitio esas gentes que adivinan por medio de la harina o la cebada, y los que merecen tanto aprecio porque hablan por el vientre. Los secretos de los templos de los egipcios y la nigromancia de los etruscos, deben permanecer en la oscuridad porque sólo son imposturas extravagantes y engaños semejantes a los del juego de los dados. Las cabras destinadas a la adivinación y los cuervos enseñados a pronunciar oráculos sólo son, por decirlo así, cómplices de los charlatanes que engañan a los hombres». Eusebio aduce, a su vez, excelentes razones para probar que los oráculos pudieron ser imposturas, y si se atribuyen a los demonios es por dar crédito a un lamentable prejuicio y por respetar la opinión general. A los paganos les tenía sin cuidado averiguar si sus oráculos eran una artimaña de sus sacerdotes, y por la falsa manera de argumentar creyeron conseguir alguna ventaja en esta discusión, concediéndoles que si había algo de sobrenatural en sus oráculos no era por mediación de la Divinidad sino por la de los demonios. Finalmente, llegó un tiempo en que se descubrieron en todo el mundo las supercherías de los sacerdotes, lo que aconteció cuando la religión cristiana derrotó al paganismo en tiempos de los emperadores cristianos. Teodoreto dice que Teófilo, obispo de Alejandría, expuso a los habitantes de dicha ciudad las estatuas huecas en las que se escondían los sacerdotes para pronunciar los oráculos, llegando hasta ellas por caminos subterráneos. Cuando por orden de Constantino se derribó el templo de Esculapio, en Cilicia, dice Eusebio que expulsaron de allí, no a un dios o un demonio, sino al bergante que se impuso mucho tiempo a la credulidad del pueblo.

Desde que hemos reconocido que los demonios no podían tener parte en los oráculos quedó vencida la mayor dificultad que éstos ofrecían pero desde que Jesucristo vino al mundo no hay interés en que cese la influencia de los oráculos. Tanto es así que poseemos pruebas de que los oráculos continuaron al menos cuatrocientos años después de la venida de Jesucristo, y que sólo enmudecieron cuando se destruyó por entero el paganismo. Suetonio, en Vida de Nerón, dice que el oráculo de Delfos aconsejó a dicho emperador que se guardara de los setenta y tres años. Nerón creyó que no debía morir hasta esa

edad y nunca se le ocurrió que el viejo Galba, que tenía setenta y tres años, le usurparía el imperio. Filostrato refiere que Apolonio, en tiempos de Domiciano, visitó los oráculos de Dodona y Delfos. Plutarco, que vivía en el reinado de Trajano, nos cuenta que el oráculo de Delfos existía aún, aunque sólo tenía una sacerdotisa, cuando en épocas anteriores tuvo dos o tres. En tiempos de Adriano, Dion Crisóstomo dice que consultó el oráculo de Delfos. En tiempos de los Antoninos, relata Luciano que un sacerdote de Tiana fue a preguntar al falso profeta Alejandro si los oráculos que se pronunciaban en Didima, Clarós y Delfos eran en verdad respuestas de Apolo o simples imposturas. Alejandro tuvo consideración con dichos oráculos de la misma naturaleza que el suyo, y respondió al sacerdote que eso no era permitido saberlo. Pero cuando ese hábil sacerdote le preguntó qué le sucedería cuando muriera, el oráculo le respondió: «Primero será camello, luego caballo, más tarde filósofo y, finalmente, un profeta tan grande como Alejandro».

A la muerte de los Antoninos, tres emperadores se disputaron el imperio. Consultado el oráculo de Delfos sobre cuál de los tres sería mejor para el país, dio esta contestación: «El negro es el mejor, el africano es bueno y el blanco es el peor». El negro aludía a Pescenio Niger, el africano a Severo Séptimo, natural de Africa, y el blanco a Claudio Albino. Dión, que no terminó de escribir su historia hasta el año VIII del imperio de Alejandro Severo, o sea en 230, refiere que en aquella época Anfíloco pronunciaba todavía oráculos. También nos dice que en la ciudad de Apolonia existía un oráculo que predecía el porvenir. Sozomeno refiere que Lecino, deseando declarar la guerra a Constantino, consultó el oráculo de Apolo, que le respondió con estas palabras de Homero: «Desventurado viejo, ya no estás para luchar con jóvenes; te falta fuerza y la edad te abate». Macrobo, que vivía en tiempos de Arcadio y Honorio, hijos de Teodosio, se ocupa de un dios de Heliópolis que pertenecía a Siria y de su oráculo, de manera que no puede dudarse que todavía existían. Constantino hizo derribar algunos templos so pretexto de que se cometían crímenes: concretamente, los de Venus y Esculapio, en donde había oráculos. Además, prohibió la ofrenda de sacrificios a los dioses y ordenó inutilizar los demás templos paganos. Cuando Juliano ascendió al imperio quedaban todavía muchos oráculos, restableció algunos y hasta él mismo quiso profetizar. Jobino, su sucesor, empezó con gran celo la destrucción del paganismo, pero como sólo reinó siete meses poco pudo hacer. Teodosio, para conseguirlo, mandó cerrar todos los templos paganos, y más tarde los emperadores Valentiniano y Marciano prohibieron en 451 la práctica de dicha religión bajo pena de muerte. En su caída, el paganismo arrastró los oráculos.

Este final no debe sorprender a nadie, pues era consecuencia lógica del establecimiento del nuevo culto. Los hechos milagrosos disminuyen en una religión falsa en cuanto ésta se afirma, porque ya no los necesita, o cuando se

extingue porque ya no queda nadie que los crea. El deseo, tan vehemente como baldío, de conocer el porvenir originó los oráculos, la superchería los acreditó y el fanatismo puso el sello a su fama. La pobreza de los pueblos, que ya nada podían dar, la impostura de los sacerdotes que se descubrió en muchos oráculos y los edictos de los emperadores cristianos, fueron las causas verdaderas de la extinción de esa clase de farsas.

ORGULLO. En una de sus cartas, Cicerón dice familiarmente a su amigo: «Envíame a cualquiera a quien desees que le haga regalar las Galias». En otra epístola se queja de sentirse fatigado de las cartas de no sabe cuántos príncipes que le agradecen haber erigido sus provincias en reinos, añadiendo que ni siquiera sabe dónde están situados esos reinos. Se comprende que Cicerón, que había visto al pueblo romano, este pueblo rey, aplaudirle y obedecerle, y a unos reyes que ni siquiera conocía darle las gracias, experimentase algunos accesos de orgullo y vanidad. Aunque este sentimiento no sea del todo conveniente a un animal tan mezquino como el hombre, se le puede perdonar, sin embargo, a un Cicerón, un César o un Escipión, pero que en lo más remoto de una de nuestras provincias medio bárbaras cualquier individuo que haya comprado un pequeño cargo y publique versos mediocres se permita ser orgulloso, eso nos hace reír muchísimo.

OSEAS. Repasando ayer el Antiguo Testamento me llamó la atención el pasaje de la profecía de Oseas, que se halla en el capítulo XIV, versículo 1: «Oh, mal haya Samaria por haber exasperado a su Dios! Perezcan todos al filo de la espada, sean estrellados contra el suelo sus niños, y abiertos los vientres de sus mujeres preñadas». Como estas palabras me parecían muy duras fui a consultar con un teólogo de la universidad de Praga y me habló así: «No deben sorprendernos. Los samaritanos eran cismáticos que querían hacer sacrificios en su país, pero no enviar el dinero a Jerusalén, y merecían padecer los suplicios a que el profeta Oseas los condenó. La ciudad de Jericó, que fue tratada de igual modo, después que sus murallas cayeron al son de las trompetas, era menos culpable. Los treinta y un reyes que Josué mandó ahorcar no eran cismáticos, ni los cuarenta mil efraimitas que murieron asesinados porque al pronunciar siboleth decían schiboleth habían caído en el abismo del cisma. Sabed, amigo mío, que nada hay tan execrable en el mundo como el cisma. Los jesuitas hicieron ahorcar en Thorn, en 1724, a unos jóvenes estudiantes sólo porque eran cismáticos. No dudéis que nosotros, que somos católicos, apostólicos, romanos y bohemios, no nos abstendríamos de pasar a cuchillo a todos los rusos que encontráramos desarmados, de estrellar a sus niños contra el suelo, de abrir el vientre de sus mujeres preñadas, ni de sacar de su matriz sangrienta a los fetos. Digo esto porque los rusos pertenecen a la religión griega, que es cismática, y se niegan a entregar su dinero a Roma; debemos, por tanto, exterminarlos, pues está demostrado que los jerosolimitas debían exterminar a los samaritanos». Me tomé la libertad de contradecir al

teólogo de la universidad de Praga y se enfadó conmigo. La discusión continuó tanto rato que me vi obligado a cenar con él, y a pesar de que me envenenó tuve la suerte de sobrevivir.

OVIDIO. Los investigadores han escrito varios volúmenes intentando averiguar el lugar del mundo al que Octavio Augusto desterró a Ovidio Nasón. Lo único cierto que sabemos es que nació en Sulmona, se educó en Roma y pasó diez años de su vida en la orilla derecha del Danubio, en las inmediaciones del mar Negro. Aunque a esa nación la llaman bárbara, no hay que creer que era salvaje. Allí escribían versos. Cotys, reyezuelo de una parte de Tracia, componía versos dedicados a Ovidio en la lengua de los dacios. El poeta latino la aprendió tan perfectamente que versificaba en dicho idioma. Parece que se debían escribir versos griegos en la antigua patria de Orfeo, pero entonces poblaban aquellas regiones las naciones del Norte, que es probable hablasen un dialecto tártaro parecido al antiguo eslavo. Ovidio no había nacido para escribir versos tártaros. El territorio de los tomitas, donde le desterraron, pertenecía a Mesia, provincia romana, y estaba situado entre el monte Hemus y el Danubio, en el grado cuarenta y cuatro, como los más hermosos climas de Francia, pero las montañas que tiene al Sur y los vientos del Norte y del Este que recibe del Ponto Euxino, y el frío y humedad que le proporcionan los bosques y el Danubio, hicieron insoportable esa región para el hombre nacido en Italia. Por eso Ovidio no vivió allí mucho tiempo, muriendo a la edad de sesenta años. En sus elegías se queja del clima, pero no de sus habitantes. Aunque lo coronaron de laureles y le concedieron privilegios, no podía olvidar que estaba desterrado de Roma. El destierro de Ovidio es una prueba de la esclavitud en que vivían los romanos. Tanto Octavio como sus sucesores hacían caso omiso de las leyes. Antes de aquella época, esto es, durante la república, se necesitaba un plebiscito, una ley nacional, para privar a un romano de su patria. Aunque una confabulación desterró a Cicerón, lo fue con arreglo a las leyes.

El delito que cometió Ovidio parece que no fue otro que haber presenciado algo vergonzoso en casa de Octavio. Los historiadores no han podido saber a punto fijo si encontró a éste cometiendo deshonestidades con un efebo, si sorprendió a un escudero en brazos de la emperatriz Livia, con la que Octavio contrajo matrimonio estando embarazada de otro, si vio al emperador ocupado con su hija o su nieta, o haciendo algo peor. Lo más probable es que Ovidio sorprendiese a Octavio en un incesto. Un autor contemporáneo, Miuntiano Apuleyo, dice *Pulsum quoque in exilium quod Augusti incestum vidisset*. Octavio Augusto puso como pretexto para desterrarle el haber publicado un libro inocente, *El arte de amar*, escrito con tanta decencia que no se encuentra una palabra obscena. El motivo es ridículo. ¿Cómo era posible que Augusto, de quien todavía conservamos versos impúdicos, desterrara a Ovidio por haber repartido entre sus amigos, años antes, copias de *El arte de amar*? ¿Cómo

podía reprochar a Ovidio una obra decorosamente escrita al mismo tiempo que aprobaba versos de Horacio, en los que éste prodiga las frases más infames de la prostitución? Era evidentemente injusto vituperar a Ovidio y tolerar a Horacio. Por tanto, no cabe duda que Octavio alega una mala razón, no atreviéndose a declarar el verdadero motivo. Prueba de que la causa del destierro de Ovidio fue haber presenciado algún estupro, algún incesto o alguna deshonestidad en la intocable familia imperial, es que Tiberio, aquel monstruo hipócrita y lascivo, cuando ascendió al trono no levantó el destierro a Ovidio, que en vano lo suplicó al autor de las proscripciones, al envenenador de Germánico, que se mostró sordo a las súplicas del desventurado poeta, quien continuó viviendo a orillas del Danubio.

Podemos reprochar a Ovidio, casi tan duramente como a Augusto y a Tiberio, el haber elogiado a ambos emperadores. Las alabanzas que les prodiga son tan exageradas que moverían a indignación si las hubiera dirigido incluso a príncipes bienhechores, pero él las dirigió a los tiranos. Puede perdonarse el elogio excesivo a un príncipe que nos mimas, pero no merece disculpa tratar como un dios a aquel que nos persigue. Habría sido más decoroso para Ovidio embarcarse en el mar Negro y refugiarse en Persia que componer su libro *De los Tristes*. Extrañan todas esas alabanzas de Ovidio, que deseaba en el fondo de su corazón que otro Bruto librara a Roma de Octavio, mientras públicamente y en verso deseaba a ese tirano la inmortalidad.

P

PABLO (Cuestiones sobre san Pablo). ¿Fue Pablo ciudadano romano como se jacta de haber sido? Si era natural de Tarso (Cilicia), esta ciudad no fue colonia romana hasta cien años después de la muerte del apóstol y en esto están de acuerdo los eruditos. Si nació en Giscala, como cree san Jerónimo, esa localidad pertenece a Galilea y los galileos no eran ciudadanos romanos. ¿Es cierto que Pablo ingresó en la naciente comunidad de los cristianos, que entonces eran semijudíos, porque Gamaliel, que fue su maestro, se negó a casarlo con su hija? Esta acusación sólo se encuentra en Hechos de los Apóstoles, que admiten los ebionitas y copia y refuta san Epifanio. ¿Es cierto que santa Tecla fue a buscar a Pablo disfrazada de hombre? Los hechos de santa Tecla, ¿están autenticados canónicamente? Tertuliano, en su libro sobre el bautismo, capítulo XVII, cree que escribió esa historia un sacerdote afecto a Pablo, pero san Jerónimo y san Cipriano, aunque niegan la fábula del león bautizado por santa Tecla, afirman la veracidad de esos hechos. En ellos se encuentra este singular retrato de Pablo: «Era grueso, de baja estatura y ancho

de hombros; sus cejas negras se juntaban sobre su nariz aguileña, tenía las piernas patizambas, la cabeza calva y estaba lleno de la gracia del Señor». También lo retrata así Luciano, aunque no dice que estaba lleno de la gracia del Señor porque no le conocía. ¿Puede perdonarse a Pablo que reprendiera a Pedro porque judaizaba, cuando él mismo estuvo judaizando ocho días en el templo de Jerusalén? Cuando Pablo fue presentado por los judíos ante el gobernador de Judea por introducir extranjeros en el templo, ¿obró bien aconsejando al gobernador que le procesaban por haber resucitado muertos, cuando no se trataba de ninguna resurrección? ¿Hizo bien Pablo en circuncidar a su discípulo Timoteo, después de haber escrito a los gálatas: así os dejáis circuncidar, Jesús no servirá de nada»? ¿Hizo bien en escribir a los corintios, capítulo IX: «¿No tenemos acaso derecho de vivir a vuestras expensas y tener una mujer?» ¿Hizo bien en escribir a los mismos, en su segunda Epístola, «No perdonaré a nadie que haya pecado, ni a los otros»? ¿Qué pensaríamos hoy del hombre que quisiera vivir, él y su mujer, a nuestras expensas, juzgarnos y castigarnos, sin discriminar al inocente del culpable? ¿Qué quiere decir que Pablo fue arrebatado al tercer cielo? ¿Qué significa tercer cielo? Por último, ¿qué es más verosímil, humanamente hablando, que san Pablo abrazara el cristianismo por haberle derribado del caballo una luz extraordinaria en pleno día y una voz celeste le preguntara «Saulo, Saulo, por qué me persigues», o que se hiciera cristiano por odio a los fariseos, por negarle Gamaliel a casarlo con su hija o cualquier otro motivo? En otra historia que no fuera sagrada, ¿la negativa de Gamaliel no parecería más natural que el haber oído una voz celeste, si no estuviéramos obligados a creer ese milagro? Sólo formulo estas preguntas para instruirme y exijo de quien desee me hable ajustándose a la razón.

Las Epístolas de san Pablo son tan sublimes que resulta difícil comprenderlas. Muchos jóvenes bachilleres preguntan por el sentido exacto de estas palabras: «Todo hombre que reza y profetiza con un dedo sobre su cabeza, la mancha» (I Epístola a los corintios, cap. 9, 4). Y el significado de estas otras, «Supe por el Señor que la misma noche que le prendieron había tomado pan» (II Ep. corintios, cap. 11, 23). ¿Cómo pudo saber eso por Jesucristo, con quien nunca habló y del que fue encarnizado enemigo sin haberle visto nunca?, ¿fue por inspiración, por el relato de sus discípulos?, ¿fue cuando la luz celestial le hizo caer del caballo? No lo dice. ¿Qué quiere decir: «La mujer se salvará si tiene hijos»? (Timoteo, capítulo II). Con estas palabras indudablemente trata de aumentar la población, y no se colige de ello que Pablo propiciara la fundación de conventos de monjas. Trata de impíos, impostores, diabólicos, de conciencias gangrenosas, a quienes predicán el celibato y la abstinencia de comer carne. ¿Qué decir de los pasajes en que recomienda a los obispos que no tengan más que una mujer: *Unius uxoris virum* (Timoteo, cap. III). Esto es positivo, nunca permitió que un obispo

tuviera dos mujeres, cuando los pontífices judíos podían tener varias. Dice positivamente que «el juicio final llegará en su época, que Jesús descenderá de las nubes como anuncia san Lucas, que él, Pablo, se remontará en los aires para ir delante de Jesús con los habitantes de Tesalónica». ¿Fue eso una figura alegórica?, ¿creyó efectivamente que haría semejante viaje?, ¿llegaría acaso al tercer cielo? «Que el Dios Nuestro Señor Jesucristo, el padre de la gloria. os conceda el espíritu de la sabiduría» (A los Efesios, cap. I). Decir esto, ¿equivale acaso a reconocer a Jesús como Dios igual al Padre? «Manifestó el poder que tenía sobre Jesús resucitándolo y colocándole a su derecha.» ¿Dice esto para demostrar la divinidad de Jesús? «Hicisteis a Jesús inferior a los ángeles coronándolo de gloria» (A los Hebreos, cap. II). Si es inferior a los ángeles, ¿cómo es Dios? «Si por el delito de uno murieron muchos, la gracia y el don de Dios abundaron por la gracia de un solo hombre, que es Jesucristo» (A los Romanos, cap. V). ¿Por qué le llama siempre hombre, y nunca Dios, exceptuando un solo pasaje que rebaten Erasmo, Grotius, Leclerc, etc.? «Somos hijos de Dios y coherederos de Jesucristo» (Ibid, cap. 8, 17). ¿No es esto considerar a Jesús como uno de nosotros, aunque superior a nosotros por la gracia de Dios? ¿Cómo hemos de entender esos pasajes al pie de la letra sin temer ofender a Jesucristo, y cómo hemos de interpretarlos en sentido más elevado sin temer ofender al Dios Padre? Pablo escribió muchos pasajes que han hecho trabajar la inteligencia de los sabios, que han enfrentado a los exégetas, y nosotros no tenemos la pretensión de aclarar la oscuridad que han dejado. Por tanto, nos sometemos a la decisión de la Iglesia.

También nos ha costado enorme trabajo interpretar esos otros pasajes:

«La circuncisión es beneficiosa si observáis la ley judía, pero si sois prevaricadores de la ley vuestra circuncisión se convierte en prepucio» (A los Judíos de Roma, llamados los Romanos, cap. II).

«Sabemos que todo cuanto la ley dijo a los que están en la ley, lo dijo con el fin de que toda boca quede sellada y todo el mundo se someta a Dios, porque toda carne sólo se justificará ante El por las obras de la ley, porque por la ley viene el conocimiento del pecado. Porque un solo Dios justifica la circuncisión por la fe y el prepucio por la fe. No pluge a Dios que pulvericemos la ley por la fe» (Ibid, cap. III).

Nos atrevemos a decir que ni aun el ingenioso y sabihondo dom Calmet, respecto a esos pasajes, nos ha podido proporcionar una luz que disipara esas tinieblas. Puede que la culpa sea nuestra por no haber comprendido a los exégetas y carecer de suficiente penetración, que sólo debe haberse concedido a las almas privilegiadas, pero cuando la explicación provenga de la cátedra de la verdad lo entenderemos perfectamente. En cuanto a las Epístolas del apóstol, es mejor leerlas que acabar la paciencia pretendiendo inútilmente averiguar en qué fecha se escribieron. También los investigadores buscan en

vano el año y día en que Pablo mandó lapidar a san Esteban y guardó los mantos de los verdugos. Discuten también sobre el año en que una luz brillante le hizo caer del caballo y la época en que fue transportado al tercer cielo. No están de acuerdo en que le llevaron prisionero a Roma, ni en el año que murió. Tampoco se conoce la fecha de ninguna de sus cartas. Créese que la carta dirigida a los hebreos no es suya, ni la dirigida a los laodicenses, si bien ésta es admitida por igual motivo que las otras. No se sabe por qué cambió el nombre de Saulo por Pablo, ni qué significa este nombre. San Jerónimo, en sus comentarios a la Epístola a Filemón, dice que Pablo significaba la embocadura de la flauta. La correspondencia que intercambiaron Pablo y Séneca fue para la primitiva Iglesia tan auténtica como los escritos de los demás cristianos. Al menos lo asegura san Jerónimo, que en su catálogo cita pasajes de dichas cartas. Y san Agustín también lo afirma en una de las suyas a Macedonio. Se conservan trece cartas de Pablo y de Séneca, que se dice estuvieron ligados por estrecha amistad en la corte de Nerón. La séptima carta que Séneca dirigió a Pablo es curiosísima: cuenta que los judíos y los cristianos, enemigos irreconciliables, se acusaron recíprocamente de haber incendiado la capital del Imperio romano, y que el desprecio y horror con que miraban a los judíos y cristianos los entregaran a la venganza pública.

Hacemos notar que la correspondencia epistolar de Séneca y Pablo está escrita en latín bárbaro y ridículo, que los temas son tan impertinentes como el estilo, y que hoy se consideran falsas. Pero cualquiera se atreve a contradecir los testimonios de san Jerónimo y san Agustín. Si ellos aseguran que son verdaderas cuando son falsificadas, ¿qué seguridad podemos tener de que son veraces otros muchos escritores respetables? Esta es la objeción que presentan algunos sabios. Si nos han engañado indignamente, dicen, queriendo hacer pasar por verdaderas las cartas de Pablo y Séneca, las constituciones apostólicas y los hechos de san Pedro ¿por qué no nos han podido engañar también respecto a los Hechos de los Apóstoles? No sabemos en qué se fundaba Addías, primer obispo de Babilonia, para decir, en su Historia de los apóstoles, que Pablo hizo que el pueblo lapidara a Santiago el Menor, pero antes de que abrazara el cristianismo pudo muy bien perseguir a Santiago, como persiguió a san Esteban. Pablo era muy violento, y según consta en los Hechos de los Apóstoles «no respiraba sino amenazas y muerte contra los discípulos del Señor» (Cap. 9, 1). Abdías tiene cuidado de observar que «el autor de la sedición, que tan cruelmente maltrató a Santiago, era el mismo Pablo, que luego Dios designó para ejercer el ministerio del apostolado» (Historia apostólica, libro VI, del Código de Fabricio). Ese libro, que se atribuye al obispo Abdías, no lo admiten los cánones; sin embargo, Julio el Africano, que lo tradujo al latín, lo cree auténtico. Pero si la Iglesia no lo admite, tampoco nosotros debemos hacerlo. Limitémonos, pues, a bendecir la Providencia y a desear que todos los perseguidores lleguen a convertirse en

apóstoles indulgentes.

PAPISMO (Sobre el). Diálogo entre el papista y el tesorero.

EL PAPISTA. En su principado, monseñor, tiene luteranos, calvinistas, cuáqueros, anabaptistas e incluso judíos; ¡y aún quiere que admitamos unitarios!

EL TESORERO. Si estos unitarios nos traen industria y dinero, ¿qué mal nos hacen? Al contrario, pagarán mejor los estipendios que cobramos.

EL PAPISTA. Confieso que si me privaran de ese dinero me resultaría más doloroso que la admisión de esos señores... Ellos no creen que Jesucristo sea hijo de Dios.

EL TESORERO. ¿Y eso qué importa mientras le permitan creer en ello y esté usted bien alimentado, bien vestido y bien alojado? Los judíos también están muy lejos de creer que sea hijo de Dios y, sin embargo, bien contento está de encontrar judíos a quienes colocar su dinero al seis por ciento. El propio san Pablo nunca habló de la divinidad de Jesucristo le llama «un hombre», simplemente. Así, dice: «La muerte ha reinado por el pecado de un solo hombre, los justos reinarán gracias a un solo hombre, que es Jesús... Vosotros sois de Jesús, y Jesús es de Dios...» Todos nuestros primeros Padres de la Iglesia han pensado como san Pablo y es evidente que durante trescientos años Jesús se contentó con su humanidad imagínese usted que es un cristiano de los tres primeros siglos.

EL PAPISTA. Pero es que ellos no creen en la eternidad de las penas.

EL TESORERO. Y yo tampoco. Condénese usted para siempre, si así lo quiere, pero yo no quiero estarlo. De ningún modo.

EL PAPISTA. ¡Ah, Señor, es bien triste no poder condenar a gusto de uno todos los herejes de este mundo! Pero esa pasión que tienen los unitarios para algún día hacer felices a las almas no es la única cosa que me preocupa. Ya sabe que esos monstruos, lo mismo que los saduceos, no creen en la resurrección de los muertos y dicen que todos somos antropófagos, que las partículas que componían su abuelo y su bisabuelo, forzosamente dispersas en la atmósfera, se han convertido en zanahorias y espárragos, y que es absolutamente imposible que usted no haya comido algún pedacito de sus antepasados.

EL TESORERO. Bueno, no importa; mis nietos harán lo mismo conmigo. Se trata sólo de una deuda y lo mismo les ocurrirá a los papistas. Ello no es razón para que a usted le expulsen de los Estados de monseñor, como tampoco lo es que echen de ellos a los unitarios. Resucite usted como pueda; a mí me importa poco que los unitarios resuciten o no, con tal que nos sean útiles

mientras vivan.

EL PAPISTA. ¿Y qué me dice usted, señor mío, del pecado original que niegan descaradamente? ¿No se siente usted escandalizado cuando aseguran que el Pentateuco no dice de ello una palabra y que san Agustín, obispo de Hippona, fue el primero que enseñó positivamente este dogma, aunque fuera evidentemente indicado por san Pablo?

EL TESORERO. A fe mía que si el Pentateuco no habla de esto no es por mi culpa. ¿Por qué no añade usted una pequeña frase, alusiva al pecado original, al Antiguo Testamento, donde según se dice ya habéis añadido tantas otras cosas? En cuanto a mí, nada entiendo de estas sutilezas. Mi tarea es pagarle regularmente sus estipendios cuando tengo dinero...

PARAÍSO. Este vocablo es uno de los que mayormente se ha apartado de su etimología. Todo el mundo sabe que en su origen designaba un lugar plantado de árboles frutales; luego, se llamó paraíso a los jardines que poseían árboles frondosos. Así se llamaron en la Antigüedad los jardines de Sahara situados hacia Edén, en la Arabia Feliz, que fueron conocidos mucho antes de que las hordas hebreas invadieran parte de Palestina. La palabra sólo es célebre para los judíos en el Génesis. Algunos autores judíos hablan de jardines, pero ninguno dijo una palabra del jardín denominado paraíso terrenal. ¿Por qué los escritores ni los profetas judíos citaron nunca el paraíso terrenal, del que nosotros nos ocupamos todos los días? Como ello es casi incomprendible, hizo creer a sabios desenfadados que el Génesis se escribió mucho más tarde. Ahora bien, los judíos nunca tomaron ese jardín por el cielo. San Lucas es el primero que designó el cielo con la palabra paraíso, cuando Jesucristo dijo al buen ladrón: «Tú estarás conmigo, hoy, en el paraíso». Los antiguos dieron el nombre de cielo a las nubes, denominación que era impropia dado que las nubes tocan la tierra mediante los vapores que las forman, y cielo es una voz vaga que significa el espacio inmenso en el que giran multitud de soles, planetas y cometas, y que de ningún modo se parece a un jardín. Santo Tomás dice que hay tres paraísos: el terrenal, el celeste y el espiritual. No alcanzo a comprender la diferencia que puede haber entre el espiritual y el celeste. El jardín espiritual, según dicho santo, es la visión beatífica, pero eso es precisamente lo que constituye el paraíso celeste, el goce del mismo Dios. Lejos de mi ánimo disputar con el Doctor Angélico, por lo que me concretaré en decir: ¡Feliz el que puede estar eternamente en uno de los tres paraísos! Algunos sabios curiosos creen que el jardín de las Hespérides, que vigilaba un dragón, era un remedo del jardín del Edén, cuyo guardián era un buey o un querubín. Otros sabios más temerarios han osado decir que el buey era una mala imitación del dragón y que los judíos fueron siempre toscos plagarios, pero esto es blasfemar, por lo que esa idea no puede defenderse. ¿Por qué se habrá dado el nombre de paraíso al último piso de los

teatros? Tal vez por ser la localidad más barata y donde mejor pueden ir los pobres, y por creer que en el otro Paraíso hay más pobres que ricos? ¿Por ser el sitio más alto, como para significar que es el cielo? Sin embargo, hay inmensa diferencia entre ascender al cielo y subir al paraíso de un teatro.

PATRIA. En este artículo, siguiendo nuestro método, nos limitaremos a proponer unas cuestiones que no podemos resolver. El judío, ¿tiene patria? Sí, ha nacido en Coimbra, vive entre una multitud de ignorantes que presentarán muchos argumentos en su contra y dará respuestas absurdas si es que se atreve a responder; le vigilarán los inquisidores, le condenarán a la hoguera si averiguan que no come carne de cerdo y, después, se apoderarán de sus bienes. ¿Cabe decir que Coimbra es su patria, que acaso puede amarla? ¿Puede decir, como los Horacios de Corneille: *Albe, mon cher pays et mon premier amour... Mourir pour le pays est un si digne sort Qu'on briguerait en foule une si belle mort?* Su patria, ¿es Jerusalén? Oyó decir vagamente que en la Antigüedad sus antepasados habitaron en aquel territorio pedregoso y estéril, rodeado por un desierto inhóspito, y que los turcos son hoy dueños de aquel país. Jerusalén no es, hoy, su patria, ni hay en el mundo un pie cuadrado de tierra que les pertenezca. El guebro, que es más antiguo y respetable que el judío y hoy vive esclavo de los turcos, los persas o del Gran Mogol, ¿puede contar como patria las chozas que eleva en secreto en la cumbre de las montañas? El baniano y el armenio, que pasan la vida recorriendo el Oriente dedicados a ejercer el oficio de comisionistas, ¿pueden decir que ésa es su querida patria? No tienen más patria que su bolsa y su libro de cuentas. Y en las naciones de Europa, todos esos mercenarios que alquilan sus servicios y venden su sangre al primer rey que les paga, ¿tienen patria? Menos que el ave de rapiña que vuelve todas las noches al hueco de la peña donde su madre hizo el nido. ¿Se atreven los frailes a decir que tienen patria? Dicen que su patria es el cielo; enhorabuena, pero en el mundo no sé que tengan patria. La palabra patria, ¿es adecuada y conveniente en boca de un griego moderno, que ignora que existieron Milcíades y Agesilao, que sólo sabe que es esclavo de su jenízaro, y éste esclavo de un aga, y éste de un bajá, y éste de un visir, y éste esclavo del padisha, que los europeos llamamos el Gran Turco?

¿Qué es, pues, la patria? ¿Será acaso un buen campo cuyo dueño, viviendo cómodamente en una casa provista de todo, pueda decir: este campo que cultivo, esta casa que he edificado, son míos, y vivo en ellos bajo la protección de las leyes que ningún tirano puede violar? Cuando los que posean campos y casas, como yo, se reúnan para tratar de sus intereses comunes, tendré voto en esa asamblea porque constituyo parte del todo, una parte de la comunidad, una parte de la soberanía; ésta es mi patria. Y todo lo que no sea esta convivencia de hombres no suele ser más que una caballeriza gobernada por un palafrenero que se impone a latigazos. Se tiene una patria bajo un buen rey; no bajo un tirano. Un joven pastelero que había estudiado en el colegio y recordaba aún

algunas frases de Cicerón, se enorgullecía un día de amar con entusiasmo a la patria. «¿Qué entiendes tú por patria? —le preguntó un vecino— ¿Es el horno donde trabajas, la aldea donde naciste y no has vuelto a ver, la calle donde vivían tus padres, que se arruinaron, obligándote a pasar la vida haciendo pasteles, la iglesia de Nuestra Señora en la que no conseguiste ser monaguillo, mientras que un hombre cualquiera llega a ser arzobispo o duque y disfrutar de veinte mil luises de oro de renta?» El joven no supo qué contestar, y un filósofo, que estaba oyendo la conversación, sacó por consecuencia que en la patria se encuentran frecuentemente millones de almas que no tienen patria. Tú, voluptuoso parisiense, que nunca hiciste más viaje que el de París a Dieppe para comer pescado fresco, que sólo conoces la suntuosa casa que tienes en la ciudad y la linda casa de campo, que hablas bastante bien la lengua francesa porque no sabes hacer otra cosa que parlotear. estás enamorado de todo eso y de las querindangas que mantienes y del champaña, ¿afirmas que amas a tu patria?

¿Puede decirse, en conciencia, que el financiero ama acendradamente a su patria? ¿Que el oficial y el soldado, que devastarían el distrito donde tienen su acuartelamiento si les mandaran hacerlo, acaso profesan afecto tierno a los campesinos que arruinarían? ¿Cuál era la patria del duque de Guisa, apodado el Acuchillado? ¿Era Nancy, París, Madrid o Roma? ¿Qué patria tuvieron los cardenales La Balue, Duprat, Lorena y Mazarino? ¿Cuál fue la patria de Atila y demás héroes de este jaez que todo lo recorrieron y no pararon nunca? Quisiera que me dijeran cuál fue la patria de Abrahán. Creo que fue Eurípides el primero que dijo que la patria es el sitio donde nos encontramos bien. Pero sin duda lo diría antes que Eurípides, el primer hombre que salió del lugar de su nacimiento para buscar el bienestar en otra parte. Patria es la agrupación de muchas familias, y así como de ordinario sostenemos a la familia por amor propio, cuando no media un interés contrario, por ese mismo amor propio sostiene cada individuo la ciudad o el pueblo de su nacimiento que llamamos su patria. Cuando más grande es la patria menos la amamos, porque el amor dividido se debilita. Es imposible amar tiernamente a una familia numerosa que apenas conocemos. El que siente la ardiente ambición de ser edil, tribuno, pretor, cónsul o dictador, se esfuerza por pregonar que ama a su patria, pero sólo se ama a sí mismo. Cada ciudadano desea estar seguro de poderse acostar por la noche en su casa sin que otro hombre se irrogue el poder de mandarle que se acueste en otra parte: la ciudadanía quiere estar segura de su fortuna y su vida. Teniendo todos los ciudadanos los mismos deseos, el interés particular deviene en interés general; cuando se hacen votos en favor de la república, en realidad cada cual los hace en beneficio propio.

Es imposible que exista en el mundo ningún estado que al principio no se haya gobernado por la república, porque ésta es la marcha natural de la naturaleza del humano linaje. Al principio, algunas familias empezaron a

unirse para defenderse de los osos y lobos; las que sólo tenían cereales los cambiaban con las que sólo poseían leña. Cuando descubrimos América encontramos sus poblaciones divididas en repúblicas, sólo había dos monarquías en toda aquella parte del mundo. Entre mil naciones, únicamente encontramos dos que estuvieran subyugadas. Igual ocurría en el mundo antiguo; en Europa, todo eran repúblicas antes de conocerse los reyezuelos de Etruria y de Roma. Existieron durante muchos siglos las repúblicas de Asia, de Trípoli, de Túnez y de Argel; hacia la parte septentrional eran repúblicas de bandidos. Los hotentotes, situados en el Mediodía, aún viven como en las primeras edades del mundo, libres, todos iguales, sin amos ni vasallos, sin dinero y casi sin necesidades. La carne de sus corderos les alimenta, con sus pieles se visten, chozas de madera y barro son sus viviendas, y apestan más que los demás hombres, pero no se dan cuenta. Viven y mueren más dulcemente que nosotros. Quedan en Europa ocho repúblicas, Venecia, Holanda, Suiza, Ginebra, Lucca, Génova y San Marino, pudiéndose considerar Polonia, Suecia e Inglaterra como repúblicas gobernadas por un rey. Preguntamos: ¿qué es preferible, que vuestra patria sea un estado monárquico o un estado republicano? Hace cuatro mil años que se debate esta cuestión. Si la han de resolver los ricos dirán que prefieren la aristocracia; si ha de resolverla el pueblo afirmará que prefiere la democracia. Sólo los reyes preferirán la monarquía. ¿Cómo es posible, pues, que en casi todo el mundo gobiernen monarcas? Preguntádselo a los ratones, que cierto día se propusieron colgar un cascabel al gato y ninguno se atrevió a ponérselo. La verdadera razón consiste en que los hombres rara vez son dignos de gobernarse por sí mismos. Es triste que, con frecuencia, para ser buen patriota sea preciso ser enemigo del resto de los hombres. Catón, que era un buen ciudadano, proclamaba en el Senado: «Esta es mi opinión: que Cartago sea destruida». Ser buen patriota es desear que la ciudad donde hemos nacido se enriquezca con el comercio y sea poderosa por las armas, pero no está claro que un país pueda ganar sin que otro país pierda, y que no se pueda vencer sin causar víctimas. Tal es la condición humana, pues desear la grandeza de nuestro país es desear la decadencia de otros. Quien deseara que su patria nunca fuera más grande ni más pequeña, ni más rica ni más pobre, sería el verdadero ciudadano del mundo.

PECADO ORIGINAL. Veamos aquí el pretendido triunfo de los socinianos o unitarios. Ellos llaman a este fundamento de la religión cristiana su «pecado original» y sostienen que es ofender a Dios acusarle de la barbarie más absurda al atreverse a decir que va creando las generaciones de seres humanos para atormentarlos con suplicios eternos so pretexto de que su primer padre comió una fruta en un jardín. Esta sacrílega imputación es tanto más inexcusable entre los cristianos porque no se encuentra una sola palabra referente a esta invención del pecado original en el pentateuco, en los Profetas,

ni en los Evangelios, tanto apócrifos como canónicos. ni en ninguno de los escritores a quienes se denomina los «primeros Padres de la Iglesia». Ni siquiera está narrado en el Génesis que Dios condenara a Adán a muerte por haber comido una manzana. Le dijo claramente: «Cierto que tú morirás el día que la comas», pero el propio Génesis hace vivir a Adán novecientos treinta años después de este almuerzo criminal. Los animales y las plantas, que nunca habían comido este fruto, murieron en el tiempo prescrito por la naturaleza. El hombre ha nacido para morir lo mismo que todo lo demás. Por último, el castigo de Adán no entraba en manera alguna en la ley judía. Adán podía ser considerado tan judío como caldeo o persa. Los primeros capítulos del Génesis, cualquiera que fuese la época en que fueron compuestos, fueron juzgados por los sabios judíos como una alegoría, incluso como una fábula muy peligrosa, y se prohibió que fueran leídos antes de cumplir los veinticinco años. En resumen, los judíos no conocieron el pecado original como tampoco las ceremonias chinas, y aunque los teólogos encuentran todo cuanto se les antoja en las Escrituras, sea totidem verbis o totidem litteris, puede asegurarse que ningún teólogo razonable encontrará nunca este sorprendente misterio.

Confesamos que san Agustín fue el primero en acreditar esa extraña idea, digna de la cabeza cálida y novelesca de un africano libertino y arrepentido, maniqueo y cristiano, indulgente y perseguidor, que se pasó la vida contradiciéndose a sí mismo. «¡Qué horror —exclaman los unitarios rígidos— calumniar al autor de la naturaleza hasta imputarle continuados milagros para condenar eternamente a hombres que hizo nacer para tan poco tiempo! O él ha creado las almas desde toda la eternidad y, según ello, siendo infinitamente más antiguas que el pecado de Adán no mantienen ninguna relación con él o estas almas se van formando en cada momento que un hombre se acuesta con una mujer y en este caso Dios está continuamente al acecho de todas las citas del universo a fin de crear espíritus que hará eternamente desgraciados, o bien Dios es por sí mismo el alma de todos los seres humanos y, según esto, se condena a sí mismo. ¿Cuál es la más horrible o más loca de estas tres suposiciones? Todavía hay una cuarta, pues a la opinión de que Dios espera seis semanas para crear un alma condenada en un feto se opone a la que afirma que aquélla es creada en el momento de la copulación, y ¿qué importan seis semanas más o menos?» Expuesto el sentimiento de los unitarios veo que los hombres han llegado a tal punto de superstición que tiemblo al exponerlo.

PEDRO. ¿Por qué los sucesores de san Pedro tuvieron tanto poder en Occidente y ninguno en Oriente? Esto es lo mismo que preguntar por qué los obispos de Wurtzburgo y de Salzburgo se arrogaron los derechos de regalía en tiempos de anarquía, en tanto que los obispos griegos permanecieron siendo vasallos. Las circunstancias, la ocasión, la ambición de unos y la debilidad de otros, lo hicieron y harán todo en el mundo. A esta anarquía hay que añadir la opinión pública, y la opinión es la reina de los hombres; no porque ésta sea

determinada en ellos, sino porque su palabrería suele pasar por opinión. En el Evangelio consta que Jesús dijo a Pedro: «Yo te daré las llaves del reino de los cielos». Estas palabras dieron pie a los partidarios del obispo de Roma para sostener, en el siglo XI, que quien da lo más da lo menos, que como los cielos rodean el mundo y Pedro tenía las llaves del continente, debía tener también las del contenido. Si se entiende por cielo las estrellas y planetas, es evidente, según dice Tomasius, que las llaves dadas a Simón Barjona, de sobrenombre Pedro, eran unas llaves maestras. Si se entiende por cielos las nubes, la atmósfera y el espacio en que se mueven los planetas, según dice Meursins, no hay cerrajero capaz de hacer llave para semejantes puertas. Las llaves en Palestina eran una simple clavija de madera que ataban con una correa. Jesús dijo a Pedro: «Lo que tú ates en el mundo, atado estará en el cielo». De estas palabras, los teólogos del papa infirieron que se había concedido a los pontífices el derecho de atar y desatar a los pueblos del juramento de fidelidad prestado a sus reyes y de disponer según su voluntad de todos los reinos. Esto es coger el rábano por las hojas. Las comunas, en los Estados Generales celebrados en Francia en 1302, decían en una exposición dirigida al rey que «Bonifacio VIII era un necio que creía que Dios ataba y encarcelaba en el cielo todo lo que él ataba en la tierra». El famoso luterano alemán Melanchton se negaba a admitir que Jesús hubiera dicho a Simón Barjona, Cefa o Cefas: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Asamblea, mi Iglesia». No podía concebir que Dios usara de ese juego de palabras, de agudeza tan extraordinaria, y que el poder del Papa se fundara sobre una chirigota. Esta idea sólo puede permitírsela un protestante.

Es creencia generalmente admitida que Pedro fue obispo de Roma, pero se sabe sin lugar a dudas que ni en su época, ni después, hubo allí ningún obispado privado. La comunidad cristiana no tomó forma hasta bien entrado el siglo II. Puede ser que Pedro hiciera el viaje a Roma y también que le crucificaran cabeza abajo, aunque no era esa la costumbre. Lo malo es que no tenemos ninguna prueba de esto. Conservamos una carta firmada por él diciendo que está en Babilonia, pero sabihondos canonistas afirman que donde dice Babilonia debe entenderse Roma. De manera que suponiendo que la firmara en Roma, habrían también podido deducir que fue escrita en Babilonia. Durante mucho tiempo se han sacado consecuencias como éstas y así se ha gobernado el mundo. Hubo en Roma un santo varón al que hicieron pagar muy caro un beneficio que denominan simonía. Le preguntaron si creía que Simón Pedro había estado allí y respondió: «No sé que Pedro haya estado en Roma, pero estoy seguro de que estuvo Simón». En cuanto a la persona de Pedro, es preciso confesar que Pablo no fue el único a quien escandalizó su conducta, sino varios los que le afearon a él y a sus sucesores. Pablo le reprendió duramente porque comía carnes prohibidas por la ley de Moisés, y Pedro se defendía diciendo que vio el cielo abierto a la hora sexta y descendía

de sus cuatro ángulos un gran mantel lleno de anguilas, cuadrúpedos y aves, y que la voz de un ángel le dijo: «Mata y come». Lo que parece ser la misma voz que dijo a muchos pontífices: «Matad y comed la sustancia del pueblo», reproche de Wollaston que se me antoja demasiado fuerte. Casaubon critica las maneras con que Pedro trató a Ananías y Safira su esposa. ¿Con qué derecho —dice Casaubon— un judío que era esclavo de los romanos mandaba que todos los que creyeran en Jesús vendieran sus bienes y pusieran a sus pies el producto de las ventas? Si en Londres un anabaptista ordenara que le entregaran todo el dinero de sus hermanos, le prenderían por extorsionador, por ladrón y lo meterían en la cárcel. ¿No es inhumano hacer morir a Ananías porque habiendo vendido sus bienes se quedó para él y su esposa algún dinero para satisfacer sus necesidades? A poco de morir Ananías, se presentó su mujer y Pedro en vez de decirle caritativamente que su marido acababa de morir de una apoplejía por haberse guardado unos óbolos, la hizo caer en las mismas redes. Le pregunta si su marido ha entregado todo el dinero a los santos, la buena mujer responde sí y muere de repente. Esto también es muy duro. Coringio pregunta por qué Pedro, que mataba en el acto a quienes le hacían limosna, no mató a los doctores que crucificaron a Jesucristo y que azotaron a él mismo más de una vez. Sin duda, en el país de Coringio no había inquisición cuando osaba hacer preguntas tan atrevidas. Erasmo, ocupándose de Pedro, hace una observación singular: dice que el jefe de la religión cristiana empezó su apostolado renegando de Jesucristo, y que el primer obispo de los judíos inició su ministerio construyendo un becerro de oro y adorándolo. Como quiera que sea, nos describen a Pedro como un pobre que catequizaba a los pobres, parecido a los fundadores de órdenes que vivieron en la indigencia, pero cuyos sucesores llegaron a ser grandes señores. El papa, sucesor de San Pedro, unas veces ha ganado y otras ha perdido, pero todavía le quedan en el mundo unos cincuenta millones de almas sujetas a las leyes religiosas, sin contar sus vasallos inmediatos.

Reconocer la autoridad del Soberano Pontífice es sujetarse a un señor que está a unas cuatrocientas leguas de nosotros, esperar a pensar lo que ese hombre piense, no atreverse a juzgar en última instancia un problema entre conciudadanos, sino por medio de comisarios nombrados por ese señor extranjero, no intentar siquiera tomar posesión de las tierras que nos concede nuestro rey sin pagar antes una suma considerable a ese señor extranjero, faltar a las leyes del país que nos prohíben casarnos con nuestra sobrina y casándonos legítimamente con ella mediante una importante suma a dicho señor extranjero. Estas son las libertades de la Iglesia romana, según Dumarsais. Algunos pueblos llevan mucho más lejos su sumisión al papa. En nuestros días hemos presenciado cómo un soberano pedía permiso al yapa para que su tribunal real pudiera juzgar a frailes acusados de homicidio y al denegárselo no se atrevió a juzgarlos. Sabido es que en tiempos pretéritos eran

ilimitados los derechos de los papas, incluso superiores a los dioses de la Antigüedad. porque los dioses sólo aparentemente disponían de los imperios y los papas lo hacían realmente. Sturbinus dice que merecen perdón los que dudan de la divinidad e infalibilidad del papa, cuando se piensa que:

Cuarenta cismas han profanado la cátedra de san Pedro y veintisiete de ellos la han ensangrentado.

Esteban VII, hijo de un sacerdote, desenterró el cuerpo de Formoso, su predecesor, y ordenó que cortasen la cabeza al cadáver.

Sergio III, convicto y confeso de asesinatos, tuvo un hijo de Marozia, heredero a su vez del papado.

Juan X, amante de Teodora, fue estrangulado en su lecho.

Juan IX, hijo de Sergio III, se distinguió por su vida disoluta.

Juan XII fue asesinado en casa de su amante.

Benedicto IX compró y revendió su pontificado.

Gregorio VII fue el iniciador de quinientos años de guerras civiles que sostuvieron sus sucesores, y que

Por último, entre tantos papas disolutos, ambiciosos y sanguinarios, sobresalió Alejandro VII, cuyo nombre causa tanto horror a la humanidad como los de Nerón y Calígula. Se aduce como prueba del carácter divino del papado el que haya subsistido a pesar de tantos crímenes, pero si los califas hubieran procedido de forma más horrible, según ese raciocinio serían más divinos. La mejor respuesta a esto se halla en el poder mitigado que los obispos de Roma ejercen hoy con prudencia, en la larga posesión que los emperadores les dejan disfrutar, porque ellos no pueden quitársela, y en el sistema de un equilibrio general que es el espíritu que reina en las cortes. Hay quienes opinan que sólo dos pueblos pueden invadir Italia y aplastar Roma: Turquía y Rusia. Pero estos dos pueblos no son enemigos de la Ciudad Eterna y por tanto no se pueden prever desgracias tan lejanas.

PEDRO EL GRANDE Y J. J. ROUSSEAU. «El zar Pedro no estaba dotado de verdadero genio. de ese genio que crea y lo consigue todo de nada. Algunas cosas que hizo estaban bien, pero muchas otras eran extemporáneas. Comprendió que su pueblo era bárbaro, pero no supo darse cuenta de su inmadurez para educarle y se propuso hacerlo cuando únicamente debía haberlo endurecido. Quiso que sus súbditos fueran alemanes o ingleses cuando tenía que haber empezado por hacerlos rusos, e impidió que fueran lo que podían ser convenciéndoles de que eran lo que no son. De la misma forma que el preceptor francés educa a su discípulo para que brille un momento durante la infancia y más tarde no sea nada. El imperio de Rusia querrá subyugar

Europa y el sojuzgado será él. Los tártaros, sus vecinos o vasallos. Llegarán a ser sus señores y los nuestros: esa revolución me parece infalible. Todos los reyes de Europa trabajan de común acuerdo para acelerarla». Las frases anteriores las transcribimos del Contrato social (lib. II, capítulo VIII) o insocial del poco sociable Jean-Jacques Rousseau. No debe sorprendernos que, haciendo milagros en Venecia, haga profecías sobre Moscú; mas como sabe que ya pasó el tiempo de los milagros y profecías, debe también convencerse de que sus predicciones sobre Rusia no son tan infalibles como le parecieron en su primer arrebató. Resulta grato anunciar la caída de los grandes imperios porque parece que nos consuela de nuestra pequeñez. Será una gran victoria para la filosofía llegar a ver que los tártaros, con un ejército de hasta doce mil hombres, subyuguen Rusia, Alemania, Italia y Francia. Aunque tengo la impresión de que el emperador de China no lo consentirá. Jean-Jacques, que sin duda está dotado de verdadero genio, cree que no lo tenía Pedro el Grande.

Los rusos, dice Rousseau, nunca estarán civilizados, pero yo he tratado a muchos que lo estaban y eran inteligentes, justos y cultivados, lo que le parecerá cosa extraordinaria. Como es cortés, no dejará de contestar que se habrán formado en la corte de la emperatriz Catalina, cuyo ejemplo ha influido. Pero esto no es óbice para que tenga razón y dicho imperio quede pulverizado dentro de poco. El buen hombre nos asegura en una de sus modestas obras que deben erigirle una estatua, pero no será probablemente en Moscú, ni en San Petersburgo, donde esculpirán su efigie. En otro orden de ideas, desearía que quien juzga a las naciones desde el ventanuco de su tahúrda fuese más honrado y circunspecto al emitir su juicio. Cualquier pobre diablo puede decir lo que le parezca de los atenienses, los romanos y los antiguos persas; puede equivocarse impunemente ocupándose de los tribunos, del sufragio universal y de la dictadura; puede gobernar en su imaginación un vasto territorio siendo incapaz de gobernar a una criada, y puede, en una novela, recibir un beso frío de su Julia y aconsejar a un príncipe que se case con la hija del verdugo. Estas son sandeces de poca monta, pero hay otras imbecilidades que pueden acarrear consecuencias graves. Los bufones que tenían los reyes eran unos locos muy avisados: sólo insultaban a los débiles y respetaban a los poderosos. Los locos de pueblo son más atrevidos. Se me replicará que toleraban a Diógenes y al Aretino. Estamos de acuerdo. Una mosca vio un día a una golondrina que en su vuelo arrastraba una telaraña; quiso hacer lo mismo y la pobre mosca quedó presa en ella. De esos legisladores que dirigen el universo escribiendo a tanto por folio y desde su chabola dictan leves a los monarcas, puede decirse lo que Homero dijo de Calcas: «Conoce el pasado, el presente y el porvenir». Lástima que el autor del párrafo citado no conociera ninguno de los tres tiempos que alude Homero. De Pedro el Grande dice: «No poseía el genio que lo consigue todo de nada». Creo esto sin gran esfuerzo, porque sólo Dios tiene la prerrogativa de hacer

algo de la nada. «No supo darse cuenta de que su pueblo no estaba maduro para educarle», en cuyo caso debemos admirar al zar que consiguió madurarlo. Me parece que es Jean-Jacques el que no supo que el emperador necesitaba valerse de alemanes e ingleses para proporcionarse rusos.

«Impidió que sus súbditos fueran lo que podían.» Y sin embargo, los rusos vencieron a los turcos y tártaros, fueron los conquistadores y legisladores de Crimea y otros varios pueblos, y su soberano dictó leyes a naciones que Europa ignoraba que existieran. En cuanto a la profecía de Jean-Jacques, puede ser que haya entrado en trance hasta el punto de serle posible leer el porvenir y tiene cuanto necesita para ser profeta, pero respecto al pasado y al presente hay que confesar que no entiende una palabra. En toda la Antigüedad no hay nada que puede compararse al atrevimiento de enviar cuatro escuadras desde los confines del mar Báltico hasta los mares de Grecia, de dominar al mismo tiempo el Egeo y el Ponto Euxino, de aterrorizar la Cólquida y los Dardanelos, de subyugar la Táurida y obligar al visir Azem a huir desde las riberas del Danubio hasta el puerto de Andrinópolis. Si Jean-Jacques cree que esas hazañas que asombraron el mundo son insignificantes, debe reconocer al menos que el conde Orlov fue muy generoso, pues después de apoderarse de un navío que conducía la familia del bajá y sus tesoros, liberó a aquélla y devolvió los tesoros. Si los rusos no estaban maduros para la civilización en la época de Pedro el Grande, convengamos en que lo están hoy para tener grandeza de alma, y que Jean-Jacques no está muy maduro para la verdad y el raciocinio. Por lo que hace al porvenir, podríamos vislumbrarle si tuviéramos algún Ezequiel, Isaías o Hababuc, pero pasó el tiempo de los profetas y me atrevo a decir que no es de temer que vuelva. Confieso que las mentiras que se imprimen y se refieren al presente siempre me sorprenden. Si quienes las escriben se toman esta libertad en un siglo en que mil volúmenes, mil gacetas y mil periódicos pueden continuamente desmentirles, ¿qué crédito pueden merecernos los historiadores de los tiempos antiguos, que recogían todas las habladurías, no consultaban archivos y escribían lo que en su infancia oyeron de sus abuelos. con la seguridad de que ningún crítico revelaría sus errores? Durante mucho tiempo tuvimos nueve musas, la sana crítica, que es la décima, apareció muy tarde, pues no existía ni en tiempos de Queops, del primer Baco, de Sanchoniatón, de Thaut, de Brahma, etc. Entonces se escribía impunemente lo que se quería; en nuestros días es preciso ser más prudentes.

PERRO. Al parecer, la naturaleza ofreció el perro al hombre para su defensa y recreo. Es el más fiel de los animales, el mejor amigo del hombre. Su especie son muchas y con grandes diferencias. ¿Quién puede sospechar que el lebrél proviene en su origen del perro de aguas? No tiene el pelo de éste, ni las patas, la cabeza, las orejas, la voz, el olfato, ni el instinto. Quien sólo haya visto perros de agua y falderos. cuando vea un lebrél por primera vez lo tomará más bien por un caballo pequeño que por un can de la raza de

los falderos. Es probable que cada raza haya sido siempre como es, salvo la mezcla de algunas en número insignificante. No alcanzo a comprender por qué la ley judía declaró inmundo al perro, como al ixión, al grifo, la liebre, el cerdo y la anguila; sin duda tuvieron alguna razón física o moral que nosotros no hemos podido descubrir. Todo cuanto se diga de la sagacidad, obediencia, amistad y del valor de los perros, es prodigioso y debe ser creído. Ulloa refiere que en el Perú los perros españoles reconocen a los hombres de raza india los persiguen y los despedazan, y que los perros peruanos hacen lo mismo con los españoles. Este hecho prueba que una y otra especie de perros conservan todavía el odio que les inspiraron en la época del descubrimiento de América y que cada una de esas razas pelea por sus dueños con igual fidelidad e idéntico valor que entonces. ¿Por qué la palabra perro se ha convertido en injuria? Como expresión de ternura se dice palomita mía, pichoncito mío; en cambio, llamamos perros a quienes nos incordian. Los turcos, sin estar enfadados, dicen siempre, con cierto tono despectivo, los perros cristianos, y el populacho inglés, al ver pasar un hombre que por su facha y aspecto denota haber nacido en las Galias, le llama comúnmente french dog (perro francés). Este epíteto es poco cortés y hasta injusto. El delicado Homero hace decir al divino Aquiles, dirigiéndose al divino Agamenón, que es imprudente como un perro. Esto podía tal vez justificar al populacho inglés.

Los más entusiastas partidarios del perro reconocen que este animal tiene fiereza en la mirada, que los hay de malas pulgas y que a veces muerden a los desconocidos tomándolos por enemigos de sus dueños como los centinelas hacen fuego a los transeúntes que se acercan demasiado a la muralla. ¿Por qué los egipcios reverenciaron y adoraron al perro? Porque, según el dicho popular, avisa al hombre. Plutarco dice que cuando Cambises mató al buey Apis lo hizo asar y se lo comieron sus convidados; ningún animal se atrevió a comerse los restos del convite porque sentían profundo respeto por el buey Apis, pero el perro no fue tan escrupuloso y comió carne y huesos del dios asado. De esto se escandalizaron los egipcios y el perro Anubis perdió entonces parte de su fama. No obstante el perro continuó teniendo el honor de figurar en el cielo antiguo con las denominaciones de grande y pequeño perro. De todos los canes, Cancerbero fue el que gozó de mayor fama y tenía tres cabezas. Sabida es la predilección de los antiguos por el número tres: Isis, Osiris y Horus fueron las tres divinidades de Egipto tres fueron los hermanos dioses del mundo griego: Júpiter, Neptuno y Plutón tres eran las Parcas, tres las Furias, tres los jueces del Infierno y tres las cabezas del perro que lo guardaba.

Nos percatamos ahora que hemos omitido escribir un artículo sobre los gatos, pero nos consuela de tal omisión indicar a nuestros lectores que pueden leer la historia de éstos compuesta por Moncrif, miembro de la Academia Francesa. Sólo hacemos notar que en el cielo no hay gatos, como hay cabras,

cangrejos, toros, becerros, águilas, leones, peces, liebres y perros. En cambio, el gato fue consagrado, reverenciado o adorado con el culto de dulía en algunas ciudades, y quizá con el culto de latría por algunas mujeres.

PERSECUCIÓN. No es precisamente Diocleciano a quien llamaría perseguidor, puesto que durante dieciocho años fue el protector de los cristianos y si bien es verdad que en los últimos años de su imperio no pudo salvarles de los resentimientos de Galerio, lo cierto es que sólo fue un príncipe seducido y arrastrado por la intriga más allá de su carácter, como tantos otros. Todavía atribuiría menos el calificativo de perseguidores a los Trajanos y a los Antoninos; me parecería una blasfemia. ¿Quién es el perseguidor? Cuando el orgullo herido o un furioso fanatismo azuzan al príncipe o a los magistrados contra los hombres inocentes que no cometen otro crimen que tener otra opinión: «Desvergonzado, tú adoras un Dios, predicas la virtud y la practicas; has ayudado a los seres humanos y les has consolado; has establecido bien al huérfano y has socorrido al pobre; has transformado los desiertos donde unos esclavos arrastraban una vida miserable en campiñas fértiles pobladas de familias felices; pero he descubierto que me desprecias y jamás has leído mi libro de controversias. Tú sabes que soy un granuja, que he falsificado la escritura de G..., he robado los...; podrías denunciarme y es preciso que te advierta. Iría entonces al confesor del primer ministro o al gobernador y le demostraría, inclinando el cuello y torciendo los labios, que tienes una opinión errónea acerca de las celdas donde se recluyeron los Setenta, que desde hace diez años hablas de manera poco respetuosa sobre el perro de Tobías, que afirmas era un perro de aguas cuando yo he demostrado que era un galgo, y te denunciaré como enemigo de Dios y de los hombres». Tal es el lenguaje del perseguidor, y si no son precisamente éstas las palabras que salen de su boca, están grabadas en su corazón con el buril del fanatismo templado en la hiel de la envidia. De este modo, el jesuita Le Tellier se atrevió a perseguir al cardenal De Noailles y de igual manera Jurieu a Bayle. Cuando empezaron a perseguir a los protestantes en Francia, no fueron Francisco I, ni Enrique II, ni Francisco II, quienes espionaron a esos infortunados, se armaron contra ellos con un furor premeditado y les arrojaron a las llamas para ejercer en ellos sus venganzas. Francisco I estaba demasiado ocupado con la duquesa de Etampes, Enrique II con su vieja Diana y Francisco II era demasiado joven. ¿Quiénes empezaron la persecución? Los sacerdotes celosos, que animaron los prejuicios de los magistrados y la política de los ministros. Si los reyes no hubieran sido engañados, habrían previsto que la persecución produciría cincuenta años de guerras civiles y que media nación sería exterminada por la otra media, y habrían apagado con sus lágrimas las primeras hogueras que dejaron encender. ¡Dios de misericordia! Si alguien puede parecerse a ese ser malhechor que se nos describe ocupado en destruir tu obra, ¿no es el perseguidor?

PLAGIO. Etimológicamente, se dice que procede de la voz latina plaga,

que significaba condenar a la pena de azote a quienes habían vendido hombres libres por esclavos. Esto no tiene nada que ver con el plagio de los autores, los cuales no venden hombres esclavos ni libres y sólo se venden a veces a sí mismos por un puñado de monedas. Cuando un autor vende los pensamientos de otros por suyos, ese hurto se llama plagio. Cabe, pues, llamar plagiarios a todos los compiladores, todos los que escriben diccionarios, si no hacen más que repetir las opiniones, errores, imposturas y verdades que ya estaban impresos en diccionarios precedentes. Ahora bien, al menos éstos son plagiarios de buena fe que no se atribuyen el mérito de la invención, ni siquiera pretenden haber exhumado de obras antiguas los materiales que reúnen, ya que sólo han copiado a los laboriosos compiladores del siglo XVI. Nos venden en un volumen en cuarto lo que ya teníamos impreso en un volumen en folio. Pueden llamarse libreros mejor que autores, y mejor incluirse en la clase de ropavejeros que en la de plagiarios. El verdadero plagio consiste en publicar como nuestras las obras de otros, en insertar pasajes largos de un buen libro, cambiando sólo unas palabras, pero el lector ilustrado, que distingue un trozo de paño de oro entre muchos de paño burdo, reconoce en seguida al torpe ladrón.

PLATÓN. Los padres de la Iglesia de los cuatro primeros siglos fueron todos griegos y además platónicos. No hay un solo romano que escribiera sobre el cristianismo, ni que tuviera la menor idea de filosofía. Es más, la Iglesia de Roma, que en nada contribuyó al establecimiento de la religión verdadera, fue la que recogió todas sus ventajas. Pasó en esa revolución como en todas las que nacen de las guerras civiles: los primeros que conmocionan el Estado trabajan, sin saberlo, para otros. La escuela de Alejandría, que fundó Marc, al que sucedieron Atenágoras, Clemente y Orígenes, fue el centro de la filosofía cristiana. Dicha escuela consideraba a Platón como el maestro de la sabiduría, como el intérprete de la Divinidad. Si los primitivos cristianos no hubieran adoptado los postulados espiritualistas de Platón, nunca habrían tenido en su comunidad ningún filósofo, ningún hombre de ingenio. Dejo de lado la inspiración y la gracia, que están por encima de la filosofía, y sólo me ocupo del desarrollo ordinario de las cosas humanas. Afirman algunos que en Timeo, de Platón, fue donde se instruyeron principalmente los padres griegos. Dicha obra parece ser la más sublime de toda la filosofía antigua, y es casi la única que Dasier no ha traducido, tal vez porque no la entendía y temía presentar a los lectores cultos el rostro de esa divinidad griega que adoramos porque está cubierta con un velo. Platón, en ese magnífico diálogo, empieza por introducir un sacerdote egipcio que narra a Solón la historia antigua de la ciudad de Atenas, que se conservaba fielmente desde nueve mil años antes en los archivos de Egipto. Según afirma dicho sacerdote, Atenas era entonces la ciudad más floreciente de Grecia, la más hermosa y célebre del mundo por las artes de la guerra y la paz; ella sola pudo resistir a los guerreros de la famosa

isla Atlántida, que llegaron en numerosas naves a subyugar gran parte de Europa y Asia. Atenas conquistó la gloria de liberar a muchos pueblos vencidos y preservar a Egipto de la esclavitud que la amenazaba. Mas después de tan ilustre victoria y tan relevante servicio al género humano, un terremoto se tragó en veinticuatro horas el territorio de Atenas y toda la Atlántida. En la actualidad, esa isla es un vasto mar al que las ruinas del antiguo mundo y el limo mezclado con sus aguas lo hacen innavegable. Esto lo cuenta el sacerdote a Solón. Platón empieza por explicarnos la formación del alma, las operaciones del Verbo y su Trinidad. No es imposible que existiera una isla Atlántida desde nueve mil años antes y la destruyera un terremoto, pero ese sacerdote, al añadir que el mar que baña el monte Atlas es inaccesible a los navíos, nos hace sospechar de la verdad de esa historia. Pudo acontecer, aun así, que desde Solón, o sea, desde tres mil años a esta parte, las olas limpiaran el limo de la antigua Atlántida haciendo el mar navegable. Pero siempre nos resultará extraño que Platón empiece por ocuparse de esta isla para hablar del Verbo. Tal vez Platón, al referir ese cuento de sacerdote o de vieja, sólo trató de insinuar los avatares que varias veces cambiaron la faz del Globo, o acaso quiso decir lo que Pitágoras y Timeo de Locres refieren mucho tiempo antes que él y nuestros ojos ven todos los días: que todo se renueva en la naturaleza. La historia de Deucalión y de Pirra, la caída de Faetón, son fábulas, pero las inundaciones y los cambios son verdades. Platón arranca de su isla imaginaria para exponer ideas que el mejor de los filósofos modernos no desdeñaría aceptar, por ejemplo que «todo efecto tiene necesariamente una causa, un autor. Es difícil encontrar el autor de este mundo, y cuando se le encuentra es peligroso decírselo al pueblo». Actualmente se reconoce esta verdad. Si un sabio, al pasar por Nuestra Señora de Loreto, se atreve a decir a otro sabio amigo que dicha Virgen no gobierna el mundo y una devota mujer oye estas palabras y las refiere a otras mujeres de Ancona correrá el peligro de ser apedreado como Morfeo. Este es el caso en que se encontraron los primeros cristianos que hablaban impíamente de Cibeles y Diana. Esto solo debía afiliarles a la doctrina de Platón, y las ideas ininteligibles que expone luego no debieron disgustarles.

No reprocho a Platón el haber dicho que el mundo es un animal, porque sin duda quiso decir que los elementos en movimiento animan el universo, ni que no clasifique al perro y al hombre, que andan, sienten, comen, duermen y engendran. Siempre debemos interpretar a un autor en el sentido más favorable, y sólo cuando se acusa a las gentes de herejes, o cuando denuncian sus libros, tenemos derecho a interpretar malévolamente todas las palabras y hasta deformarlas. Pero esto no debe hacerse con Platón. Encontramos en él una especie de trinidad que es el alma de la materia, desde luego. He aquí sus palabras: «De la sustancia indivisible, que siempre es semejante a sí misma, y de la sustancia divisible, compuso una tercera sustancia que participa de una y

otra». A continuación aduce infinidad de números al estilo pitagórico que dificultan todavía más la comprensión de lo que trata de explicar, pero que por eso hace respetable lo que no se entiende. Casi en seguida dice: «Cuando de estas tres sustancias Dios creó el alma del mundo, ese alma se lanzó desde el centro del universo hasta los extremos del ser, difundiéndose por todas partes en el exterior y replegándose sobre sí misma. De esta manera formó en todos los tiempos el origen divino de la sabiduría eterna y asimismo la naturaleza del animal inmenso, que se llama mundo, es eterna». Siguiendo la doctrina de sus predecesores, Platón considera al Ser Supremo artífice del mundo creándolo antes que el tiempo, de manera que Dios no podía existir sin el mundo, ni el mundo sin Dios, como el sol no puede existir sin esparcir su luz en el espacio, ni difundirse la luz en el espacio sin que exista el sol. Ahora bien, Platón habla de una segunda trinidad: «El ser engendrado, el ser que engendra y el ser que se parece al engendrado y al engendrador». A esta trinidad sigue una teoría muy singular sobre los cuatro elementos. La tierra se funda en un triángulo equilátero, el agua en un triángulo rectángulo, el aire en un triángulo escaleno y el fuego en un triángulo isósceles. Tras lo cual prueba taxativamente que no pueden existir más que cinco mundos, porque no existen más que cinco cuerpos sólidos regulares y, sin embargo, sólo hay un mundo que es redondo.

Confieso que no hay filósofo que pueda discurrir mejor en los manicomios. Tal vez esperan mis lectores que les hable de otra famosa Trinidad de Platón, que tanto han elogiado sus comentaristas, trinidad que componen el Ser Supremo eterno, creador perpetuo del mundo, su Verbo, o sea su inteligencia o su idea, y el bien que de todo esto resulta, pero aseguro a mis lectores que la he buscado en Timeo y no la he encontrado. Acaso esté en el *totidem litteris*, pero tampoco está allí *totidem verbis* o estoy engañado. Después de leer a Platón vislumbro con pesadumbre alguna sombra de la trinidad, que le honra, según los comentaristas. La vislumbro en el libro sexto de su República, cuando dice: «Hablemos del Hijo, producción maravillosa del bien, y su perfecta imagen», pero por desgracia esta perfecta imagen de Dios es el sol. Hay, por tanto, que sacar la consecuencia de que el sol, el Verbo y el Padre, componían la trinidad platónica. En su *Epinomis* se encuentran galimatías muy curiosos, de los que voy a traducir uno de la manera más clara posible para comodidad del lector. «Sabed que existen en el cielo ocho virtudes; las he observado y es fácil que lo haga cualquiera. El sol es una de ellas, otra es la luna y las estrellas constituyen la tercera. Y los cinco planetas, con las tres virtudes mencionadas, suman ocho. No creáis que esas virtudes, o los que están en ellas y las animan, anden por sí mismos o los arrastren vehículos; no creáis, repito, que unos sean dioses y los otros no, que unos sean dignos de adoración y otros indignos. Todos son hermanos y a todos les debemos los mismos honores y cumplen las funciones que el Verbo les designó cuando creó el universo visible.» Habiendo encontrado el Verbo, vamos a ver si damos con

las tres personas que aparecen en la segunda carta que Platón escribió a Dionisio. No podemos dudar de la autenticidad de estas cartas porque han sido escritas con el mismo estilo que los Diálogos. Con frecuencia, Platón dice a Dionisio y a Dión cosas tan difíciles de comprender que parecen escritas en lenguaje cifrado, pero otras son tan claras que han pasado por verdades muchos años después de su vida. Valga como muestra la séptima carta, dirigida a Dión: «Estoy convencido de que gobiernan muy mal los Estados en que no hay institución buena ni buena administración. Puede decirse que viven al día y todo lo dirige el capricho del azar y no la sabiduría humana.» Tras esta corta digresión, que hace referencia a los asuntos temporales, ocupémonos otra vez de los espirituales, de la trinidad. Platón dice a Dionisio: «El rey del universo está rodeado de sus obras y todo en él es efecto de su gracia. Las cosas más hermosas tienen en él su causa primera; las segundas en perfección tienen en él una segunda causa, y es también la tercera causa de las otras que están en tercer lugar.» Podrá reconocerse en dicha carta la trinidad, no como nosotros la comprendemos, pero es suficiente garantía de los dogmas de la Iglesia naciente encontrar esas ideas en un autor griego. Toda la Iglesia griega fue platónica, como toda la Iglesia latina fue peripatética desde inicios del siglo XIII. Así, pues, dos griegos casi ininteligibles nos enseñaron a pensar, hasta que los hombres se han decidido a pensar por sí mismos al cabo de dos mil años. Cuando Platón repitió a los griegos lo que los filósofos de otras naciones dijeron antes, que existía una inteligencia suprema que había organizado el universo, ¿creyó que la inteligencia suprema residía en un sitio determinado, como los reyes del Oriente en su serrallo, o tal vez que esa poderosa inteligencia se difundía por todas partes como la luz o un ser más sutil todavía, más activo y penetrante que la luz? En suma, el Dios de Platón ¿existía en la materia o separado de ella? Vosotros, los que habéis leído atentamente a Platón, o sea siete u ocho visionarios que vivís desconocidos en algunas buhardillas de Europa, si llega hasta vosotros esta cuestión os suplico que la decidáis. La isla bárbara de Casitérides, la actual Inglaterra, donde los hombres vivían en los bosques en tiempos de Platón, produjo mucho más tarde filósofos tan superiores a Platón, como éste lo fue a sus coetáneos, que no razonaban. Entre estos filósofos puede que Clarke sea el más profundo claro y metódico de cuantos se han ocupado del Ser Supremo. Cuando publicó su magnífico libro se le presentó un joven gentilhomme del condado de Gloucester y con el mayor candor le hizo objeciones tan contundentes como sus demostraciones. Esas objeciones constan al final del primer volumen de Clarke y no contradicen la existencia necesaria del Ser Supremo, sino su infinitud y su inmensidad. En efecto, Clarke no demostró que exista un ser que penetre íntimamente en todo lo que existe, ni que este ser, del que no podemos concebir las propiedades, goce de la facultad de extenderse más allá de los límites imaginables.

El gran Newton demostró que en la naturaleza existe el vacío. Pero, ¿qué filósofo es capaz de demostrarme que Dios está en el vacío y lo llena? ¿Cómo siendo tan limitados podemos sondear esas profundidades? Debemos concretarnos a haber probado que existe un Ser Supremo, va que nos es imposible averiguar qué es, ni cómo es. Parece que Locke y Clarke fueron dueños de las llaves del mundo inteligible. Locke abrió todas las estancias donde se puede entrar, pero Clarke quiso penetrar más allá del edificio. ¿Cómo Spinoza, dotado de tan profunda inteligencia como Clarke, elevándose hasta la metafísica más sublime, no pudo comprender que una inteligencia suprema creó las obras tan maravillosamente organizadas? ¿Cómo Newton, el más grande de los hombres, pudo comentar el Apocalipsis de la manera que he referido? ¿Cómo Locke, después de desarrollar muy bien el entendimiento humano, degradó el suyo escribiendo el libro Cristianismo razonable? Esos grandes hombres me parecen águilas que, descendiendo de las nubes, van a posarse en un estercolero.

PLEGARIAS. No conocemos ninguna religión que no tenga sus rezos. Los tuvieron los judíos, pero sólo más tarde, en épocas que entonaron los cánticos en sus sinagogas. Todos los hombres, desde los tiempos más remotos, según sus deseos o temores, invocaron la protección de alguna divinidad. Algunos filósofos más respetuosos con el Ser Supremo y menos condescendientes con la debilidad humana, no admitieron más plegaria que la resignación. Esta es, pues, la correlación que al parecer debe existir entre los mortales y el creador, pero la filosofía no es la ciencia de gobernar el mundo. Es superior al vulgo y habla un lenguaje que aquél no puede comprender. Creo que entre los filósofos únicamente Máximo de Tiro se ocupó de esta materia. He aquí, en sustancia, lo que dice:

«El Eterno tiene sus designios durante toda la eternidad. Si la plegaria está de acuerdo con su voluntad, es inútil que pidamos lo que está dispuesto a hacer; es suplicarle que sea blando, ligero o inconstante, es burlarse de él. Si le pedís algo justo, lo concederá sin que lo pidamos; si le suplicáis una cosa injusta, le ultrajáis. Sois dignos o indignos de la merced que imploráis; si sois dignos, lo sabe mejor que vosotros, y si sois indignos hacéis mal pidiéndole lo que no merecéis. En una palabra, sólo rezamos a Dios porque le hemos hecho a nuestra imagen, y le tratamos como un bajá o un sultán al que podemos apaciguar o poner furioso. En todas las naciones rezan a Dios; los sabios se resignan y le obedecen. Recemos como el pueblo y resignémonos como los sabios.»

En el artículo Oración hemos dejado constancia de las plegarias de muchas naciones y de los judíos. Este pueblo tuvo un rezo desde tiempo inmemorial que traemos a colación por estar en armonía con el que enseñó Jesucristo. Helo aquí: « ¡Oh Dios, magnificado y santificado sea vuestro nombre! Haced

reinar vuestro reinado, florecer la redención y que el Mesías aparezca pronto». Esta plegaria, que recitan en lengua caldea, hace suponer que era tan antigua como la cautividad de los judíos y que entonces fue cuando empezaron a esperar un Mesías, que siempre han reclamado desde los tiempos de sus desastres. La palabra Mesías, que se encuentra en esa antigua plegaria, dio origen a muchas discusiones sobre la historia del pueblo hebreo. Si esa plegaria es de la época de la trans migración a Babilonia, es evidente que los judíos debieron desear y esperar un libertador. Pero, ¿por qué en tiempos más calamitosos todavía, después que Tito destruyó Jerusalén, ni Flavio Josefo ni Filón hablan de que esperaban un Mesías? En la historia de todos los pueblos se encuentran detalles oscuros, pero la de los judíos es un caso perpetuo. Es de lamentar para las gentes que desean instruirse que los caldeos y egipcios hayan perdido sus archivos y sólo los judíos los conservaran.

POETAS. Cuando sale del colegio, cualquier joven se plantea el dilema de si se dedicará a médico, abogado, teólogo o poeta. De los abogados y médicos ya nos hemos ocupado; ahora diremos algo de la fortuna prodigiosa que algunas veces consigue el poeta. El teólogo que llega a ascender a la dignidad de papa tiene a sus órdenes, no sólo domésticos teológicos, cocineros, coperos, barrenderos, médicos, cirujanos, reposteros y predicadores, sino también un poeta. Ignoro qué loco sería el poeta de León X, como David fue durante algún tiempo el poeta de Saúl. De todos los empleos que se pueden tener en una casa principal, indudablemente éste es el más inútil. Los reyes de Inglaterra, que conservan en su isla muchos antiguos usos que se han perdido en el continente, tienen su poeta oficial con la obligación estricta de escribir todos los años una oda en elogio de santa Cecilia, que antiguamente tocaba tan bien el clavicordio que un ángel descendió del cielo para oírlo de más cerca. Moisés es el primer poeta que conocemos, aunque debemos suponer que mucho antes de su época los egipcios, caldeos, sirios e hindúes, conocían la poesía, puesto que conocían la música. El hermoso himno que cantó Moisés con su hermana María cuando salieron del mar Rojo es el primer monumento poético escrito en versos exámetros que ha llegado hasta nosotros. No opino, como Newton, Leclerc y otros, que fue escrito unos ochocientos años después del acontecimiento y aseguran que Moisés no pudo escribir en lengua hebrea porque ésta no es más que un dialecto sacado del fenicio, que Moisés no podía saber. Tampoco soy de la opinión del sabio Gnet, quien afirma que Moisés no podía cantar porque era tartamudo y no pronunciaba bien. Si creemos a los mencionados autores Moisés es menos antiguo que Orfeo, Museo, Homero y Hesíodo. A primera vista se comprende que tal opinión es absurda. Tampoco pienso contestar a otros desenfadados que suponen que Moisés es un personaje imaginario, un remedo de la fábula del antiguo Baco, que cantaban en las orgías todos los prodigios que obró Baco, atribuyéndoselos después a Moisés, antes que se supiera que había judíos en el mundo. Semejante idea se invalida

por sí misma. También hubo un excelente poeta judío que a no dudar fue anterior a Horacio, el rey David, estando probado que el Miserere es infinitamente superior al *Justum ac tenacem propositi virum*. No deja de sorprendernos que los primitivos poetas fueran legisladores y reyes cuando en la actualidad se encuentran bastantes personas bondadosas para querer ser poetas de los reyes. Virgilio no ejercía en verdad este empleo en el imperio de Augusto, ni Lucano el de poeta de Nerón, pero confieso que envilecieron algo la profesión considerando dioses al uno y al otro.

Puede preguntarse por qué siendo la poesía tan poco necesaria en el mundo ocupe tan elevado lugar en las bellas artes. Lo mismo puede decirse de la música. La poesía es la música del alma, sobre todo la de las almas grandes y sensibles. Uno de los méritos de la poesía, por todos reconocido, es que dice más que la prosa y con menos palabras. No me ocuparé de otros encantos de la poesía porque son conocidos, pero sí diré que no hay verdadera poesía sin gran sensatez. Pero, ¿cómo puede armonizarse la sensatez con el entusiasmo? Pues como hacía César, que trazaba el plan de una batalla con gran prudencia y una vez realizado combatía con furor. Ha habido poetas locos, cierto, pero precisamente por eso fueron malos. El hombre que sólo tiene dácilos y espóndeos en su cabeza rara vez es hombre de sensibilidad; en cambio, Virgilio estaba dotado de una razón superior. Lucrecio era un mal físico, y en esto se parecía a toda la Antigüedad. La física no se aprende con la imaginación; es una ciencia que sólo puede estudiarse con instrumentos y éstos todavía no se habían inventado. Descartes no sabía más que Lucrecio cuando sus llaves abrieron el santuario, y hemos andado cien veces más camino desde Galileo, que fue mejor físico que Descartes, hasta nuestros días, que desde el primer Hermes hasta Lucrecio y desde Lucrecio a Galileo. Toda la física antigua pertenece a una escuela absurda, lo que no ocurre con la filosofía del alma y del buen sentido, que con ayuda del talento sopesa con justicia las dudas y verosimilitudes. Este es el gran mérito de Lucrecio, cuyo tercer canto es una obra maestra del buen pensar: argumenta como Cicerón y se expresa a veces como Virgilio. Al afirmar que Lucrecio razona como un metafísico excelente en el tercer canto no quiere decir que tenga razón; podemos argumentar con un criterio vigoroso y equivocarnos, si no nos ha instruido la revelación. Lucrecio no era judío, y los judíos eran los únicos en el mundo que tenían razón en tiempos de Cicerón, Posidonio, César y Catón. Al poco tiempo, durante la dominación de Tiberio, los judíos dejaron de tener razón y desde entonces sólo los cristianos tuvieron sentido común. De manera que no era imposible que consideraran necios a Cicerón, Lucrecio y César, comparándolos con los judíos y con nosotros, pero es preciso convenir que para el resto del humano linaje fueron tres grandes hombres. Confieso que Lucrecio se suicidó, igual que Catón, Casio y Bruto, pero pudieron muy bien quitarse la vida y haber tenido razón como hombres de talento durante su

existencia. Es indudable que los herejes fueron quienes empezaron a desencadenarse contra la más bella de las artes. León X resucitó el teatro trágico y no necesitaron otro pretexto los protestantes para decir que eso era obra de Satanás. Ginebra y muchas ciudades de Suiza pasaron ciento cincuenta años sin consentir que se tocara un violín. Los jansenistas, que hoy bailan alrededor del sepulcro de san Paris, para edificar al prójimo prohibieron en el siglo XVII a la princesa Conti que enseñara a bailar a su hijo porque era un acto profano. Esto pese a que era preciso tener gracia y saber bailar el minué, y como tampoco querían que tocara el violín, el director espiritual autorizó finalmente que enseñaran a bailar al príncipe Conti al son de castañuelas. Algunos católicos algo visigodos de la parte de acá de las montañas temiendo los reproches de los protestantes, llegaron a escandalizarse más que éstos y así fue como, poco a poco, se fue estableciendo en Francia la moda de difamar a César y a Pompeyo y negar ciertas ceremonias a personas que estaban a sueldo del rey y trabajaban con permiso de los magistrados. Nadie protestó contra semejante abuso, por no malquistarse con hombres poderosos, por Fedra y por otros héroes de siglos pasados. En su fuero interno, todos reconocían que ese rigor era absurdo, pero todo el mundo callaba y acudía al teatro a oír las representaciones de las buenas obras dramáticas.

Roma, de donde los franceses hemos aprendido nuestro catecismo, no lo usa como nosotros; siempre supo acomodar las leyes a los tiempos y a las necesidades. Distinguió bien entre los descarados titiriteros, con motivo censurados de antiguo, y las obras teatrales de Trissin y varios obispos y cardenales que contribuyeron a resucitar la tragedia. Actualmente, en Roma se representan comedias en los conventos a las que asisten las damas sin suscitar ningún escándalo, y nadie cree que los diálogos que se recitan sean una infamia diabólica. No hace mucho, unas monjas representaron la obra Jorge Dandín en un convento de Roma, asistiendo a la función multitud de damas y eclesiásticos. Los prudentes romanos se guardan muy bien de excomulgar a los jóvenes que cantan de tiple en las óperas italianas; ya es bastante castigo haberles castrado en este mundo y no necesitan condenarse en el otro. En los buenos tiempos de Luis XIV ponían en los espectáculos un banco que llamaban de los obispos. Se sabe que, durante la minoría de Luis XV, el cardenal Fleury, por aquel entonces obispo de Frejus, porfió por reinstaurar esa costumbre. Pero otros tiempos exigen otras costumbres. En apariencia, somos más cultos que cuando Europa entera acudía a admirar las fiestas francesas, cuando Richelieu hizo revivir el teatro y León X hizo renacer en Italia el siglo de Augusto, pero llegarán días en que nuestros nietos, al leer la obra impertinente del padre Le Brun, exclamarán con sorpresa: ¿Es posible que los franceses se contradigan de ese modo y que la más absurda barbarie irguiera orgullosamente la cabeza entre las más bellas producciones del intelecto humano?

POLIGAMIA. Mahoma redujo a cuatro el número ilimitado de esposas, pero como es indispensable ser muy rico para mantener cuatro féminas, sólo los grandes señores pueden disfrutar ese privilegio. De modo que la pluralidad de esposas no perjudica tanto. como se cree, a los estados musulmanes, ni los despuebla como se repite en libros escritos por autores mal enterados. Los judíos, siguiendo la antigua costumbre establecida en sus libros desde tiempos patriarcales, gozaban de libertad para tener varias mujeres. David tuvo dieciocho, y desde esa época los rabinos limitaron a esa cantidad la poligamia de los reyes, aunque se dice que Salomón tuvo setecientas. En la actualidad, los mahometanos no permiten públicamente que los judíos tengan pluralidad de esposas; no los creen dignos de esa ventaja, pero el dinero, que puede más que las leyes, en Oriente y Africa permite a los judíos ricos lo que la ley les niega. Se ha escrito que Lelio Cinna, tribuno de la plebe, publicó después de la muerte de César que este dictador se proponía promulgar una ley que otorgaba a las mujeres el derecho a tener los maridos que quisieran. Cualquier hombre sensato debe comprender que eso es una historieta ridícula inventada para hacer odioso a César. Tal historieta se parece a otra que refiere que un patricio romano propuso al Senado autorizar a César el copular con cuantas mujeres le gustaran. Semejantes tonterías deshonoran la historia y hacen formar mala opinión de quienes las creen. Es lamentable que Montesquieu diera crédito a esa fábula. El emperador Valentiniano I, que se las daba de cristiano, se casó con Justina en vida de su primera mujer Severa, madre del emperador Gratiano, pero era lo bastante rico para mantener varias mujeres. En el primer linaje de los reyes francos, Gontrán, Chereberto, Sigeberto y Chilperico tuvieron varias mujeres al mismo tiempo. Gontrán reconoció como esposas legítimas a Veneranda, Mercatruga y Ostregila, que vivían en su palacio. Chereberto tuvo tres esposas: Merofleda, Marcovesa y Teodogila. Es inconcebible que el ex jesuita Nonotte tuviera la osadía e ignorancia de negar tales hechos, afirmara que los citados reyes francos no fueran polígamos y desfigurara en una obra de dos tomos muchas verdades históricas. El padre Daniel, más sabio y sensato, confiesa sin rubor la poligamia de los reyes francos: reconoce que Dagoberto I tuvo tres mujeres y dice que Teodoberto contrajo matrimonio con Deuteria, no obstante tener otra esposa, Visigalda, y a pesar de que Deuteria era también casada. Añade que en esto imitó a su tío Clotario, quien casó con la viuda de su hermano Clodomiro, aunque tenía ya tres esposas. Varios historiadores aseguran lo que estamos diciendo. En vista de estos testimonios, debe castigarse la imprudencia de ese ex jesuita ignorante que quiere erigirse en maestro y dice, vomitando tan enormes sandeces, que habla así para defender la religión, como si alguien la atacara exponiendo hechos históricos. El abate Fleury, autor de Historia Eclesiástica, es más respetuoso con la verdad en lo referente a las leyes y usos de la Iglesia. Confiesa que Bonifacio, apóstol de la Baja Alemania, rogó en 726 al papa

Gregorio II que decidiera en qué caso un marido podía tener dos esposas. El 22 de noviembre de aquel año, el papa le contestó: «Cuando la mujer padezca una enfermedad que la impida cumplir los deberes conyugales, el marido puede casarse con otra, pero debe prestar a la mujer enferma los recursos que necesite». Esta decisión concuerda con la razón y la política, y favorece el aumento de población, que es motivo del matrimonio.

No está en armonía con la razón, la política, ni la naturaleza, la ley que dispone que la mujer separada de cuerpo y bienes de su marido no pueda tener otro esposo, ni el marido casarse con otra mujer. Y esto porque además de perder un linaje respecto a la población, si el matrimonio separado es de temperamento indomable se ven obligados a cometer continuamente pecados, de los que deben ser responsables los legisladores. Las decretales de los papas no siempre han tenido por objeto lo que es conveniente para el bienestar de los estados y los particulares. Esa misma decretal del papa Gregorio, que permite la bigamia en algunos casos, priva para siempre de la sociedad conyugal a los jóvenes de ambos sexos que sus padres dedican a la Iglesia desde su infancia. Esta ley es tan bárbara como injusta, porque se propone extinguir las familias, fuerza la voluntad de los hombres antes de tenerla, hace a los hijos esclavos de un voto que no han pronunciado, destruye la libertad natural y ofende a Dios y al género humano. La poligamia de Felipe, langrave de Hesse, seguidor del credo luterano, es bastante sabida. El padre, uno de los soberanos del imperio de Alemania, después de casarse con una luterana obtuvo el permiso del papa para casarse con una católica y convivió con ambas mujeres. Es público en Inglaterra que el canciller Cowper se casó con dos mujeres que vivieron juntas en su casa en tan buena armonía que honró el carácter de los tres. Algunos curiosos todavía conservan el folleto que dicho canciller escribió en defensa de la poligamia. Debemos desconfiar de los autores que aseguran que en algunos países las leyes permiten que las mujeres tengan varios maridos. Los hombres, que promulgan las leyes, tienen demasiado amor propio, son celosos de su autoridad, en general están dotados de temperamento más ardiente que las mujeres y en ningún país del mundo han podido sentar semejante jurisprudencia. Lo que no concuerda con el desenvolvimiento ordinario de la naturaleza rara vez es verdad, pero sí ha ocurrido muchas veces, sobre todo a los viajeros antiguos, tomar los abusos por leyes.

Ben Abul Kiba, en su Espejo de los fieles, dice que uno de los visires de Solimán dirigió estas palabras a un emisario del emperador Carlos V: «Perro cristiano, ¿puedes acaso reprocharme que tenga cuatro mujeres, como la ley permite, mientras tú bebes doce cuarterolas de vino cada año y yo no bebo un solo vaso? ¿Qué bien proporcionas al mundo pasando más horas en la mesa que yo en la cama? Puedo dar cuatro hijos cada año para que sirvan a mi augusto señor y tú apenas puedes dar uno, y si lo das ¿para qué sirve el hijo de un borracho? Nacerá con el cerebro ofuscado por los vapores del vino que

bebió su padre. Por otra parte, ¿qué hacer cuando dos de mis mujeres vayan de parto?, ¿no he de utilizar las otras dos como la ley manda? Qué papel tan triste representas en los últimos meses del embarazo de tu única mujer, en su parto y durante sus enfermedades. Has de permanecer en vergonzosa ociosidad o buscar a otra mujer, con lo que necesariamente te encuentras entre dos pecados mortales que te harán caer, después de muerto, hasta lo profundo del infierno. »Supongo que en las guerras contra los perros cristianos perderemos cien mil soldados; nos quedarán unas cien mil mujeres que colocar y los ricos se encargarán de ellas. ¡Ay del musulmán que no aloje en su casa cuatro doncellas hermosas como esposas legítimas y no las trate como merezcan! »¿Acaso en tu país el gallo, el carnero y el toro, no tienen un serrallo cada uno? No sé por qué me afeas que tenga cuatro mujeres, cuando te consta que nuestro gran profeta tuvo dieciocho, David otras tantas y Salomón setecientas, además de trescientas concubinas. Debes admitir, pues, que soy modesto. No reproches la glotonería al hombre sabio que come frugalmente. Te permito que bebas, permíteme que ame; tú cambias de vino, consiénteme que yo cambie de mujeres. Que cada uno deje vivir a los demás según las costumbres de su país. Tu sombrero no se hizo para dictar leyes a mi turbante. Termina de tomar café conmigo y vete a acariciar a tu santa esposa alemana, ya que te ves reducido a ella sola.» Y he aquí lo que contestó el alemán: «Perro musulmán, a quien guardo profunda veneración, antes de que acabe el café quiero quitarte las ilusiones. El que ha enmaridado con cuatro mujeres dispone de cuatro arpías, envidiosas, prestas a calumniarse unas a otras, a perjudicarse y a reñir, y su caso es un antro de la discordia. Ninguna de las cuatro puede quererte, pues cada una posee la cuarta parte de tu persona y sólo podrá darte la cuarta parte de su corazón. Ninguna te hará agradable la vida. Como son prisioneras que nada han visto, nada tienen que decirte porque únicamente te conocen a ti; por consiguiente, las fastidiarás y como eres su dueño absoluto te odiarán. Te ves obligado a que las vigile un eunuco, que las golpea cuando arman demasiado alboroto. No te atrevas a compararte con el gallo, porque ningún gallo hace que un capón zurre a sus gallinas. Compárate más bien con los animales y compórtate como ellos en lo que puedas, que yo prefiero amar como hombre, entregar mi corazón entero a una mujer y ella me dedique el suyo. Esta noche contaré nuestra conversación a mi esposa y creo que se pondrá muy contenta».

POLITEÍSMO. Hoy en día se reprocha a los griegos y romanos su multitud de dioses. Pero quienes esto aseguran que me muestren en la historia de ambas naciones un hecho, y en sus libros una palabra, por los que colegir que tenían muchos dioses supremos; si no encuentran ese hecho ni esa palabra, y por el contrario hallan muchos pasajes que demuestran el reconocimiento de un Dios soberano, superior a los demás dioses, tendrán que confesar que juzgaron temerariamente a los antiguos, como con frecuencia se hace hoy con los coetáneos. En muchos papeles se afirma que Zeus o Júpiter es el señor de

los dioses y de los hombres. Virgilio dice en la égloga tercera: Jovis omnia plena. San Pablo rinde a los antiguos este testimonio: «Tenemos en Dios la vida, el movimiento y el ser, como dijo uno de vuestros poetas». Después de esta confesión, ¿nos atreveremos a acusar a nuestros maestros de no haber reconocido un Dios supremo? No es nuestro propósito examinar si existió un Júpiter que fue rey de Creta y lo convirtieron en dios, ni se trata de averiguar si los egipcios reconocían doce grandes dioses u ocho, entre ellos el que los latinos llamaban Júpiter. El quid de la cuestión estriba únicamente en saber si los griegos y romanos reconocieron un ser celestial, señor de los demás seres celestes. Y como así lo dicen taxativamente, debemos creerlo. Recordad la admirable carta del filósofo Máximo de Madaura dirigida a san Agustín, que dice: «Existe un Dios que no tuvo principio, que es padre común de todo y no engendró nada semejante a él. ¿Qué hombre será bastante necio e ignorante para dudarlo?» Este escritor pagano del siglo IV así lo declara, representando toda la Antigüedad. Si me atreviera a desvelar los misterios de Egipto encontraría a Knef, dios creador de todo que presidía a las demás divinidades; hallaría también a Mitra en Persia, a Brahma en la India y quizá demostraría que todas las naciones civilizadas reconocieron un Ser Supremo y divinidades dependientes. Nada diré de China, cuyo gobierno, más respetable que cualquier otro de la Antigüedad, reconoció siempre un Dios único desde hace más de cuatro mil años. Pero volviendo a los griegos y romanos, de quienes tratamos ahora, diré que indudablemente creían en multitud de supersticiones y adoptaron leyendas ridículas, pero que en el fondo su mitología era razonable.

Si los griegos hacían subir al cielo a los héroes en recompensa de sus virtudes, esta creencia era para ellos justa y útil. ¿Qué mejor recompensa podían darles, ni qué esperanza más halagüeña podía satisfacerles? ¿Debemos reprocharles ese acto nosotros, que iluminados por la luz de la verdad consagramos eso que los antiguos inventaron? Los católicos tenemos muchos más bienaventurados, en cuyo honor hemos erigido más templos, que héroes y semidioses tuvieron los griegos y romanos; la única diferencia es que ellos otorgaban tal honor a las hazañas excelsas y nosotros lo concedemos a las virtudes más modestas. Pero aunque divinizaban a sus héroes, no participaban éstos del trono de Zeus, del señor eterno: sólo eran admitidos en su corte y gozaban de sus favores. ¿No es esto razonable? ¿No es incluso más sensato que nuestra jerarquía celeste? Se les reprocha también a los griegos y romanos la multitud de dioses que admitieron para el gobierno del mundo. Dejemos aparte la genealogía de los dioses, que es tan falsa como las genealogías de los mortales. Hagamos caso omiso de sus aventuras, dignas de Las mil y una noches. Aventuras que nunca constituyeron el fondo de la religión griega y romana, y decidme de buena fe: ¿Es acaso un disparate que admitieran seres subalternos, con algún poder sobre nosotros, que somos tal vez de

cienmilésimo orden? ¿No tenemos nosotros nueve coros de ángeles, más antiguos que el hombre y cada uno de ellos con nombre diferente? ¿No copiaron los judíos la mayor parte de esos nombres de los persas? ¿Muchos de esos ángeles no tienen designadas sus funciones? Tenían un ángel exterminador que peleaba para proteger a los judíos; el ángel de los viajeros que guiaba a Tobías. El arcángel Miguel era privativo de los hebreos y, según dice Daniel, combate al ángel de los persas y habla con el ángel de los griegos. Un ángel de orden inferior cuenta a Miguel, en el libro de Zacarías, el estado en que encontró el mundo. Cada nación tenía su ángel. La traducción de los Setenta dice en el Deuteronomio que el Señor dividió las naciones con arreglo al número de ángeles. San Pablo, en Hechos de los Apóstoles, habla al ángel de Macedonia. A esos espíritus celestes la Biblia los llama, a veces, dioses Eloím, porque en todos los pueblos la voz que corresponde a theos, deus, dios no siempre significa señor absoluto del cielo y la tierra, sino con frecuencia Ser celeste, Ser superior al hombre, pero subordinado al soberano de la naturaleza, denominación que a veces dan a los príncipes y jueces. Si admitimos, pues, que existen espíritus celestes encargados de la custodia de hombres y naciones, los pueblos que admitieron esta verdad sin conocer la Revelación son más dignos de estima que de desprecio. La ridiculez no está en el politeísmo, sino en el abuso que hicieron de él las leyendas populares y en la multiplicidad de divinidades secundarias que cada cual se forjó a capricho. La diosa de los senos, dea Rumilia la diosa del acto matrimonial, dea Pertunda; el dios del retrete, deus Stercutius, y el dios Pedo, deus Crepitus, no merecen, sin duda, veneración. Estas puerilidades que servían de regocijo a los niños y a las viejas de Roma bastan para demostrar que la palabra deus tenía allí acepciones muy diferentes. Es indudable que el deus Crepitus no hacía concebir la misma idea que el deus divum et hominum sator, origen de los dioses y los hombres. La religión romana era en el fondo muy seria y severa. Los juramentos eran inviolables. No se podía emprender una guerra sin que el Colegio de los Faciales la hubiera declarado justa, y la vestal que se le probaba haber infringido el voto de virginidad era sentenciada a muerte. De ello se infiere que era un pueblo austero, no ridículo.

Me limito a demostrar que el Senado no razonaba neciamente al adoptar el politeísmo. Se me pregunta por qué el Senado, del que dos o tres miembros nos legaron las cadenas y las leyes, podía tolerar que el pueblo tuviera tantas extravagancias y los pontífices inventaran tantas fábulas. No es difícil contestar a esa pregunta. En todos los tiempos los sabios han utilizado a los locos. Dejaban que el populacho celebrara sus lupercales y sus saturnales con tal de que obedeciera, y no consentía que nadie se comiera los pollos sagrados que predecían la victoria a las legiones. No debe sorprendernos que los gobiernos más ilustrados permitieran las costumbres y leyendas más insensatas pues existían antes de que hubiera un verdadero gobierno y no hay

nadie que destruya una urbe inmensa, pero irregular, para edificarla otra vez con calles tiradas a escuadra. ¿Cómo se comprende que en aquellos tiempos floreciera, por una parte, la filosofía y la ciencia, y por otra, tanto fanatismo? Sencillamente, porque la ciencia y la filosofía nacieron poco antes que Cicerón y el fanatismo existe en el mundo desde hace muchos siglos. Y al comprenderlo así el político, dice a la filosofía y al fanatismo: Vivamos los tres como podamos.

POSEÍDOS. De quienes se jactan de tener relación con el diablo, sólo a los poseídos no debemos contradecirles. Cuando un hombre os diga «Estoy poseído», debéis creerle. Los poseídos no están obligados a hacer cosas extraordinarias, y cuando las hacen sólo es en el orden físico. ¿Qué podemos replicar al hombre que mueve las pupilas, tuerce la boca y dice tener el diablo en el cuerpo? Cada uno siente lo que siente. Antiguamente, el mundo estaba lleno de poseídos. Al cuitado que se satisface con tener unas convulsiones sin causar daño a nadie, tampoco tenemos derecho a causárselo. Si disputáis con él, infaliblemente se saldrá con la suya porque os dirá: «El diablo me entró ayer en el cuerpo bajo esta o la otra forma, y desde entonces padezco de un cólico sobrenatural que no puede curar ningún médico». Con semejante hombre no se puede tomar otra resolución que la de exorcizarle o abandonarle al diablo. Es curioso que hoy en día no existan poseídos, magos, astrólogos, ni genios. Apenas podemos concebir ya el gran recurso que suponían todos esos misterios hace cien años. La nobleza vivía entonces encerrada en sus castillos, las noches de invierno son muy largas y las gentes se hubieran muerto de tedio si no hubieran tenido a mano esos nobles entretenimientos. No había castillo en que no se presentara un hada en días señalados, como hacía la hada Merlusina en el castillo de Lusignan. El montero mayor, hombre flaco y curtido, cazaba con una jauría de perros negros en el bosque de Fontainebleau. El diablo retorció el cuello al mariscal Fabert. Cada burgo tenía su hechicero o su hechicera, cada príncipe su astrólogo y todas las damas se hacían decir la buenaventura; los poseídos corrían por los campos, disputaban quién había visto el diablo y quién lo veía, todo daba pie a conversaciones inagotables y las almas vivían con sobresalto. En la actualidad jugamos tontamente a los naipes y puede decirse que hemos salido perdiendo al despojarnos de las ilusiones.

PREJUICIOS. Prejuicio es admitir una opinión sin haberla antes juzgado. De esta forma, en todas las partes del mundo inspiramos a los niños las opiniones que queremos antes que puedan juzgarlas. Hay prejuicios universales y necesarios que se proponen inculcar la virtud. En todos los países enseñan a los niños a reconocer la existencia de un Dios que castiga y premia, a respetar y querer a los padres, a considerar el robo como un crimen y la honestidad como una virtud, antes que los niños puedan comprender qué es el vicio y la virtud. Existen, pues prejuicios buenos que el juicio ratifica

cuando el ser humano empieza a razonar. El sentimiento no es un prejuicio, sino algo muy superior. La madre no ama a su hijo porque le dicen que debe quererlo; le ama porque le ama. En cambio, respetamos por prejuicio al hombre revestido de ciertos hábitos que camina y habla con gravedad. Nuestros padres nos han dicho que debemos inclinarnos ante él y le respetamos antes de saber si merece nuestro respeto. Crecemos en edad y en conocimiento, nos percatamos de que ese hombre es un charlatán, interesado y orgulloso, y entonces despreciamos al que respetábamos ayer y el prejuicio sucumbe ante nuestro juicio. Creíamos por prejuicio las leyendas que nos contaron meciéndonos en la cuna: que los titanes combatieron a los dioses y que Venus se enamoró de Adonis. A los doce años tomamos esas leyendas por verdades, pero cuando cumplimos veinte las consideramos como ingeniosas alegorías. Prejuicios históricos. Damos crédito a la mayor parte de los historiadores sin juzgar lo que refieren, y esta creencia es un prejuicio. Fabio Pictor nos dice que muchos siglos antes de su época, una vestal de la ciudad de Alba, yendo por agua con un cántaro bajo el brazo, fue violada y parió a Rómulo y Remo, que fueron amamantados por una loba. El pueblo romano creyó esta leyenda sin parar mientes si en aquella época había vestales en el Lacio, si era verosímil que la hija de un rey saliera de su templo y fuera por agua con un cántaro y si era probable que una loba amamantara dos niños, y el prejuicio quedó establecido. Un monje escribió que Clovis, encontrándose en peligro en la batalla de Tolbiac, juró abrazar el cristianismo si salía con vida. Pero, ¿es natural que en aquel trance pidiera protección a un dios extranjero?, ¿la religión que profesamos no es la que tiene en nosotros más fuerza?, ¿hay algún cristiano que luchando con los turcos no invoque preferentemente a la Santa Virgen que a Mahoma? En esa historieta se añade que una paloma llevó en su pico la ampolla de óleo santo para ungir a Clovis y un ángel trajo el estandarte para conducirlo a la victoria; el prejuicio cree todas las paparruchas de esta clase. Quienes conocen la naturaleza humana están convencidos de que los usurpadores Clovis y Rolón abrazaron el cristianismo para gobernar mejor a los cristianos, como los usurpadores turcos se convirtieron a la religión musulmana para gobernar mejor a los musulmanes. Prejuicios religiosos. Si la nodriza os cuenta que Ceres proporciona una buena cosecha de trigo, o Visnú y Xaca se encarnaron varias veces, o Sammonocodom vino al mundo a talar un bosque, o que Mahoma o cualquier otro hizo algún viaje al cielo, y luego el preceptor viene a reforzar lo que la nodriza dijo, ya no se os borrará de vuestra imaginación en toda la vida. Vuestro raciocinio trata de rechazar tales prejuicios, pero si vuestros conciudadanos, y sobre todo conciudadanas, os dicen a voz en grito que sois impío, os asustaréis; vuestro derviche temeroso de que vais a disminuir sus ganancias, os denunciará ante el cadí; el cadí, si puede, mandará que os empalen porque desea mandar a tontainas que son los que obedecen mejor, y esta tragicomedia durará hasta que vuestros

conciudadanos, el derviche y el cadí comprendan que la tontería es una cosa inútil y la persecución algo abominable.

PROFECÍAS. El vocablo, en su acepción estricta, significa predicción del porvenir. En tal sentido, Jesús decía a sus discípulos que «es necesario que todo lo que dice de mí la ley de Moisés, los profetas y los salmos, se realice». Y añade el evangelista: «El les abrió el espíritu para que pudieran comprender las Sagradas Escrituras». Es obvio que era indispensable tener el espíritu abierto para comprender las profecías, habida cuenta de que los judíos, que fueron sus depositarios, nunca reconocieron que Jesús era el Mesías y hace dieciocho siglos que nuestros teólogos discuten el sentido de algunas de ellas, que tratan de aplicar a Jesús. Como ocurre con la profecía de Jacob: «No le quitarán el cetro a Judá y el jefe de su pierna, hasta que venga el que debe ser enviado» (Génesis, cap. 49). Esta otra, de Moisés: «El Señor vuestro Dios hará salir un profeta como yo de vuestra nación y entre vuestros hermanos; a él es a quien debéis escuchar» (Deuteronomio, cap. 18). Esta, de Isaías: «He aquí una virgen que concebirá y dará a luz un hijo que se llamará Emmanuel» (Deuteronomio, cap. 7). Y esta otra, de David: «Setenta semanas se han abreviado en favor de nuestro pueblo» (Deuteronomio, cap. 9). Pero nuestro propósito no es detenernos en detalles teológicos. Analicemos únicamente qué dicen los Hechos de los Apóstoles al dar un sucesor a Judas, y en otras ocasiones qué se proponían expresamente las profecías. Hasta los mismos apóstoles citaban algunas que no constan en la Sagrada Escritura de los judíos, como la que refiere san Mateo: «Jesús fue a vivir en una localidad llamada Nazaret con el fin de que realizara la predicción de los profetas: por eso le llamaron Nazareno». San Judas, en su Epístola, cita también una profecía del libro de Enoch, que es apócrifa, y el autor de la obra que se ocupa de san Mateo hablando de la estrella que vieron los Magos de Oriente, dice: «Me han referido, tomándolo de no sé qué escritura, que no es auténtica, pero que fortalece la fe en vez de destruirla, que existe en las riberas del Océano oriental una nación que posee el libro que lleva el nombre de Set, que habla de la estrella que debía aparecerse a los Reyes Magos y de los regalos que irían a ofrecer al hijo de Dios. Dicha nación, conocedora del referido libro, escogió doce personas de las más religiosas y les encargó que observaran cuándo aparecería la estrella. Cuando una de esas doce personas fallecía, la sustituían con uno de sus hijos o de sus próximos parientes. Estas personas las llamaron magos en su idioma porque servían a Dios en el silencio y en voz baja». Los magos iban todos los años, después de la cosecha de trigo, a una montaña que hay en su país y llaman de la Victoria, muy agradable por los ríos que allí se forman y la multitud de árboles que crecen. También había una caverna formada entre los peñascos, y después de lavarse y purificarse en ella ofrecían sacrificios y rezaban a Dios silenciosamente durante tres días. No interrumpieron estas prácticas durante muchísimas generaciones hasta que la

deseada estrella descendió cerca de la montaña. Presentaba la forma de un niño, encima del que campeaba una cruz. La estrella habló a los magos y les dijo que fueran a Judea. La estrella les guiaba avanzando ante ellos y pasaron dos años en el camino. Esta profecía del libro de Set se parece en todo a la de Zoroastro menos en que en la estrella de éste se veía la figura de una doncella; por eso, sin duda, Zoroastro no dice que sobre ella campeaba una cruz. Esta profecía, que cita el Evangelio de la infancia (de Jesús), la refiere también Abulfaraje. Zoroastro enseñó a los persas la manifestación futura de nuestro Señor Jesucristo y encargó que le ofrecieran regalos cuando viniera al mundo. Les enseñó también que en los últimos tiempos una virgen concebiría sin obra de varón y cuando diera a luz en el mundo a su hijo aparecería una estrella que brillaría en pleno día y ostentaría la figura de una joven doncella. «Vosotros, hijos míos--añade Zoroastro--, la percibiréis antes que las demás naciones. Cuando veáis aparecer esta estrella, id en seguida a donde ella os guíe, adorad al niño recién nacido y ofrecedle regalos, porque es el Verbo que creó el Cielo». El cumplimiento de esta profecía consta en la Historia Natural de Plinio (lib. II, cap. 25). Ahora bien, además de que la aparición de la estrella debió preceder unos cuarenta años al nacimiento de Jesús, el pasaje es sospechoso para los sabios y no es el primero ni el único que han interpolado en el cristianismo. He aquí el extracto de este pasaje: «Apareció en Roma, durante siete días, un cometa tan brillante que apenas podía mirársele fijamente; en él se distinguía la figura de un dios en forma humana. Se creyó que era el alma de Julio César, que acababa de morir, y le adoraron en un templo».

Assemani, en su Biblioteca oriental, menciona un libro de Salomón, metropolitano de Basora, titulado La Abeja, con un capítulo entero dedicado a esta predicción de Zoroastro. Hornius, que lo creía auténtico, afirma que Zoroastro era Balaán, acaso porque Orígenes, en el libro que escribió contra Celso, dijo que los magos adoptaron las profecías de Balaán, puesto que se encuentran las siguientes palabras en el libro de los Números «Una estrella se levantará de Jacob; de un hombre saldrá Israel». Pero Balaán no era judío, como tampoco Zoroastro, puesto que él mismo dice que vino de Aram, de las montañas de Oriente. Por otro lado, san Pablo habla a Tito de un profeta cretense y san Clemente de Alejandría reconoce que queriendo Dios salvar a los judíos les concedió tener profetas, otorgó esta gracia a los más excelsos hombres de Grecia para que fueran profetas de los griegos. Además, Platón dice: «¿no predijo en cierto modo la economía saludable cuando en el segundo libro de la República imitó estas palabras de la Escritura: Deshagámonos del justo, porque nos incomoda»? Y después escribe: «El justo será apaleado y le atormentarán; le reventarán los ojos y después de sufrir toda clase de martirios le crucificarán». San Clemente hubiera podido replicar que si no reventaron los ojos a Jesús, para cumplir la profecía de Platón, tampoco le rompieron los

huesos, como dice uno de los salmos: «Mientras me rompen los huesos, los enemigos me persiguen, me llenan de calumnias y de injurias» (Salmo 42, vers. 11). Por el contrario, san Juan dice taxativamente que los soldados rompieron las piernas a los ladrones que crucificaron con el Salvador, pero no a Jesús, para que estas palabras de la Escritura se cumplieran: «No romperéis ninguno de sus huesos».

La Sagrada Escritura, que cita san Juan se refería en este pasaje al cordero pascual que debían comer los israelitas, pero Juan, que llamaba a Jesús el cordero de Dios, se las aplicó a él y afirmó que Confucio había predicho su muerte. Spizeli cita la Historia de China, de Martini, quien refiere que en el año 39 del reinado de Kringi unos cazadores mataron un animal raro que los chinos denominan kilin, cordero de Dios. Al oír esta noticia, Confucio se golpeó en el pecho, lanzó profundos gemidos y exclamó: «Kilin, ¿quién ha dicho que habéis venido? Mi doctrina llega a su término y no tendrá ninguna aplicación cuando vos aparezcáis». Otra profecía de Confucio, en su segundo libro, que aplican a Jesús aunque sin llamarle cordero de Dios, es esta: «Cuando el santo que esperan las naciones llegue, no debe temerse que no rindan a su virtud el homenaje debido. Sus obras estarán en armonía con las leyes del cielo y de la tierra». Las profecías contradictorias que figuran en los libros de los judíos explican las dificultades con que tropiezan nuestros teólogos cuando polemizan con ellos. Por otra parte, las que hemos mencionado de otros pueblos demuestran que el autor de los Números, los apóstoles y los santos padres reconocieron que había profetas en todas las naciones. Lo mismo opinan los árabes, que cuentan ciento veinticuatro mil profetas desde la creación del mundo hasta Mahoma, y creen que cada uno fue enviado a una nación. Nos ocuparemos de las profetisas en el artículo Sibila. Compete a la Iglesia infalible fijar el verdadero sentido de las profecías. Los judíos han mantenido siempre con energía que ninguna profecía se refería a Jesucristo, y los padres de la Iglesia no podían discutir con ellos porque, excepto san Efrén, Orígenes y san Jerónimo, ninguno hablaba la lengua hebrea. Hasta el siglo IX, Rabán el Moro, que fue obispo de Mayenza, fue el único que estudió el idioma hebreo; le imitaron otros y entonces fue cuando empezaron a polemizar con los rabinos sobre el sentido de las profecías. A Rabán le indignaron las blasfemias que proferían los judíos contra nuestro Salvador, llamándole bastardo, impío, hijo de Panther, afirmando que no es lícito rezar a Dios y maldecirle. Estas horribles profanaciones se encuentran en muchas partes, en el Talmud, en los libros de Nizachón, en la disputa de Rittangel, en los de Jechiel y de Nachmanides titulados Muralla de la fe, y en la abominable obra de Toldos Jeschut. Sobre todo, en la Muralla de la fe, atribuida al rabino Isaac, es donde se interpretan las profecías que anuncian a Jesucristo aplicándolas a otras personas. En esa obra se afirma que la Trinidad no está en ningún libro hebreo, en los que no se encuentra el menor asomo de

nuestra santa religión; en cambio, alegan cien textos que en opinión de sus intérpretes aseguran que la ley mosaica debe regir eternamente. El pasaje que tal vez confunde a los judíos y da el triunfo a la religión cristiana, en el decir de los grandes teólogos, es el que consta en Isaías: «Una virgen quedará embarazada, dará a luz un hijo que se llamará Emmanuel; comerá mantequilla y miel hasta que sepa rechazar el mal y escoger el bien; la tierra que tú detestas la abandonarán los dos reyes... El Eterno silbará a las moscas de los riachuelos de Egipto y a las abejas que están en el país de Asur... Y ese mismo día el Señor afeitará con una gran navaja al rey de Asur la cabeza y el pelo de las partes genitales y de la barba... Y el Eterno me dijo: Toma un gran rollo y escribe con un puntero en letras grandes que saqueen pronto y traigan los despojos... Traigo conmigo fieles testigos, a saber: Urías el sacrificador y Zacarías, hijo de Zebrecia... y me acosté con la profetisa, que concibió y dio a luz un hijo, y el Eterno me dijo: Llama a ese hijo Maher-salal-has-bas. Antes que el niño pronuncie padre y madre, arrebatarán el poder a Damasco y presentarán el botín de Samaria ante el rey Asur».

El rabino Isaac afirma, como los demás doctores de su ley, que la voz hebrea alma significa unas veces virgen, y otras mujer casada; que a Rut le llaman alma cuando es madre y a la mujer adúltera a veces le llaman también alma; que aquí se trata de la mujer del profeta Isaías; que su hijo no se llama Emmanuel, sino Maher-salal-has-bas; que cuando ese hijo coma mantequilla y miel los dos reyes que tengan sitiada Jerusalén serán arrojados del país, etcétera. Estos son los argumentos de los ofuscados intérpretes de su religión y de su lengua contraponen a la Iglesia, afirmando obstinadamente que dicha profecía no se refiere a Jesucristo. Y aunque su explicación la han refutado nuestras lenguas modernas y hemos empleado para convencerles la fuerza, el patíbulo, el potro y la hoguera, los judíos nunca se han rendido. «Nos trajo las enfermedades y asumió nuestros dolores, y nosotros le creíamos lleno de llagas, afligido y herido por la mano de Dios». Aun cuando esta predicción nos parece chocante, los testarudos judíos sostienen que no se refiere a Jesucristo, sino a los profetas que eran perseguidos por los pecados del pueblo. «Y he aquí que mi siervo prosperará, se verá colmado de honores y elevado a gran altura». Aseguran también que esa profecía nada tiene que ver con Jesucristo, sino con David, pues es sabido que ese rey prosperó, pero no así Jesús, a quien desconocieron. «Y tú Belén de Efrata, que eres pequeña, comparada con lo grande que es Judá, saldrá para ti un dominador en Israel, y su salida durará una eternidad». También se atreven a negar que esta profecía se refiere a Jesucristo, afirmando que es evidente que Miqueo habla de algún caudillo nacido en Belén que saldrá victorioso en la guerra contra los babilonios, porque más adelante se ocupa de la historia de Babilonia y de los siete capitanes que eligieron a Darío. Por mucho que se les demuestre que se trata del Mesías, no quieren convencerse. Discutir con ellos es perder el

tiempo, y aunque el abad Francisco escribiera otra obra más voluminosa que la publicada y la añadiera a los cinco o seis volúmenes que tratan sobre esta materia, no adelantaríamos un paso para convencer a los judíos. Estamos en un atolladero del que es imposible nos saque la debilidad del espíritu humano, que necesita como siempre una Iglesia infalible que decida sin apelación, porque si un chino, un tártaro o un africano, contando sólo con su buen sentido, leyera todas las profecías, le sería imposible aplicarlas a Jesucristo, a los judíos, ni a nadie. Se quedaría estupefacto, sumergido en la incertidumbre, nada comprendería, no tendría una idea clara, ni podría dar un paso sobre ese abismo sin un guía. Pero a nosotros nos guía la Iglesia, que es el único medio de caminar seguros. Conducidos por ella se llega, no sólo al santuario de la verdad, sino hasta obtener buenas canonjías y prebendas, sustanciosas abadías con báculo y mitra, a cuyo abad le llaman monseñor los frailes y aldeanos, a obispados que se adornan con el título de príncipes, y a disfrutar en el mundo con la seguridad de alcanzar el cielo mañana.

PROFETAS. Abuchearon al profeta Jurién, ahorcaron o enrodaron a los profetas de las Cénedes, pusieron en la picota a los profetas que fueron a Londres desde Languedoc y el Delfinado, condenaron a diferentes suplicios a los profetas anabaptistas y quemaron en Florencia al profeta Savonarola. Si nos es permitido juntar con ellos a los verdaderos profetas judíos, veremos que no tuvieron un fin menos trágico; al más grande de sus profetas, san Juan Bautista, le cortaron la cabeza. Se supone que Zacarías murió asesinado, pero por fortuna no está demostrado. El profeta Jeddo o Addo, que enviaron a Betel imponiéndole por condición no deber ni comer, habiendo comido para su desgracia un pedazo de pan lo devoró un león y encontraron en el camino sus huesos esparcidos. A Jonás se lo tragó una ballena; cierto que sólo estuvo en su vientre tres días y tres noches, pero debió pasar setenta y dos horas muy malas. Habacuc fue asido por los cabellos y transportado por los aires hasta Babilonia. Debe sufrirse mucho cubriendo una distancia de trescientas millas suspendido por el pelo. Hubiera preferido hacer ese viaje con un par de alas, con la burra de Borac o con el hipogrifo. Micneo vio al Señor sentado en su trono con el ejército del cielo a derecha e izquierda. Habiendo pedido el Señor que se ofreciera alguien para engañar al rey Acab, se presentó el diablo para esta misión. Miqueo dio cuenta de parte del Señor de esta aventura celeste al rey Acab. Ciertamente que por recompensa no recibió más que una bofetada del profeta Sedekia y le encerraron en un calabozo durante unos días, pero siempre resulta desagradable para un hombre inspirado que le abofeteen y le encierren en una mazmorra. Se dice que el rey Amasías ordenó que arrancaran los dientes al profeta Amós para impedirle que hablara. Ello no quiere decir que sin dientes no se pueda hablar; todos hemos conocido a viejas desdentadas y muy parlanchinas, pero las profecías deben pronunciarse con voz clara y un profeta sin dientes tal vez no inspire respeto. Baruc sufrió persecuciones; a

Ezequiel sus compañeros de esclavitud le apedrearon; no se sabe si Jeremías fue lapidado o dividido en dos con una sierra y se cree que a Isaías lo mataron de esa manera por orden de Manasés, reyezuelo de Judá. Debemos convenir que el oficio de profeta es muy peligroso. Por cada uno que, como Elías, se paseó de planeta en planeta llevado en flamígera carroza tirada por cuatro caballos blancos, hubo cien profetas que iban a pie y se veían obligados a ir de puerta en puerta para comer de limosna semejándose en esto a Homero, que según cuentan se vio reducido al extremo de mendigar en las siete ciudades que más tarde se disputaron el honor de ser su cuna. Sus comentaristas le han atribuido infinidad de alegorías que jamás imaginó y este mismo honor han dispensado con frecuencia a los profetas. Por otra parte, reconozco que hubo personas que procuraban entrever el porvenir elevando su alma a un alto grado de exaltación. Los judíos la exaltaron tanto que llegaron a vislumbrar algunos sucesos futuros, aunque es difícil adivinar si los profetas entendían entonces por Jerusalén la vida eterna, si Babilonia significaba Londres o París, si cuando hablaban de una copiosa comida debía interpretarse que querían decir ayuno, si el vino tinto significaba sangre y si un manto rojo significaba la fe y uno blanco la caridad. Para entender a los profetas era preciso un gran esfuerzo del espíritu humano. Los profetas hebreos también ofrecen otra gran dificultad: que muchos de ellos eran herejes samaritanos. Oseas pertenecía a la tribu de Issachar que vivía en territorio samaritano, y Elías también, pero es fácil contestar a esa objeción. Es de todos conocido que el espíritu sopla donde quiere y que la gracia lo mismo se nos concede en el terreno más árido que en el más fértil.

PROVIDENCIA. Estaba yo en la celosía del locutorio cuando la hermana Fessue decía a otra: «Indudablemente, la Providencia vela por mí. Sabe el cariño entrañable que profeso a mi gorrión, que se hubiera muerto si no hubiera rezado diez avemarías para que sanase. Dios le ha devuelto la vida; demos gracias a la Santa Virgen». Un metafísico que estaba con ellas terció: «Es cosa excelente, hermana, rezar avemarías, sobre todo cuando una doncella las recita en latín en las cercanías de París, pero no creo que Dios se ocupe de vuestro gorrión aunque es muy hermoso. Os ruego penséis que tiene otros asuntos de que ocuparse: en dirigir continuamente el curso de dieciséis planetas y del anillo de Saturno, en el centro de los cuales colocó el sol, y además gobernar millones de millones de otros soles y planetas. Las leyes inmutables y su curso eterno mueven toda la naturaleza, todo está ligado a su trono por una cadena infinita de la que ningún eslabón puede estar nunca fuera de su sitio. Si las avemarías que habéis rezado pudieran hacer vivir un instante a vuestro gorrión habrían quebrantado todas las leyes establecidas para la eternidad por el Ser Supremo, desorganizado el universo y hubierais hecho necesario un nuevo mundo, un nuevo Dios y un nuevo orden de cosas.

HERMANA FESSUE. ¿Creéis que Dios hace tan poco caso de la hermana

Fessue?

EL METAFÍSICO. Siento deciros que sois, como yo, un insignificante e imperceptible eslabón de la cadena infinita, que vuestros órganos, los del gorrión y los míos, están destinados a subsistir determinado número de minutos en este mundo.

HERMANA FESSUE. De ser cierto lo que decís, yo estaba predestinada a rezar un número determinado de avemarías.

EL METAFÍSICO. Sí, pero las avemarías no han obligado a Dios a prolongar la vida del gorrión más allá de su término. La constitución del mundo entrañaba que vos, en este convento y a cierta hora, recitarais como un loro ciertas palabras en una lengua que no sabíais; que esa avecica, que nació como vos por la acción irresistible de las leyes generales, estuviera enferma y se aliviara; que vos creeríais haberla curado rezando y que nosotros tendríamos esta plática.

HERMANA FESSUE. Siento deciros que esas ideas tienen un tufillo de herejía y mi confesor, el bendito padre Menón, deduciría de ellas que no creéis en la Providencia.

EL METAFÍSICO. Creo que existe la Providencia general, de la que emanó para una eternidad la ley que rige el universo, mas no creo en una providencia particular que quebrante esa ley en beneficio de vuestro gorrión o vuestro gato.

HERMANA FESSUE. Sin embargo, ¿qué contestaríais si mi confesor os dijera lo que a mí, esto es, que Dios cambia todos los días de voluntad para favorecer a las almas devotas?

EL METAFÍSICO. El confesor me diría la mayor tontería que un confesor de monjas puede decir al hombre que piensa.

HERMANA FESSUE. Válgame la Virgen Santa, ¿creéis que mi confesor es un necio?

EL METAFÍSICO. Tergiversáis mis palabras: Lo que dije es que trata de justificar, con una necedad, los falsos principios que desea inculcaros para supeditaros y dirigir vuestros actos.

HERMANA FESSUE. ¡Caramba, caramba! Meditaré lo que decís, porque merece una reflexión.

PRUEBAS. De Asia hemos recibido las ciencias y las artes, pero también todos los absurdos que envilecen el alma humana. Fue en Asia y en Egipto donde hicieron depender la vida o la muerte del acusado del juego de los dados o algo equivalente, del agua fría o caliente, de un hierro candente o un pedazo de pan de cebada. Según te dice, existe todavía una superstición

semejante en la India, en las costas de Malabar y en el Japón. Desde Egipto, las supersticiones pasaron a Grecia. En Treceno hubo un templo muy célebre en donde todos los perjuros morían repentinamente de apoplejía. Hipólita, en la tragedia Fedra, dice a Aricia, su señora: «En las puertas de Treceno y entre las tumbas que sirven de sepultura a los antiguos príncipes de mi raza, existe un templo sagrado que temen los perjuros. Allí, los mortales no se atreven a jurar en falso porque reciben súbito castigo, encuentran la muerte inevitable: la mentira no puede tener freno más poderoso». La república romana no admitió la bárbara locura de las pruebas porque no puede considerarse como tal la costumbre que tenía el gobierno de hacer depender el éxito de sus grandes empresas de la manera cómo las palomas sagradas comían las arvejas. Pero en este artículo sólo nos ocupamos de las pruebas que se hacían con los hombres. Nunca propusieron a Manglio, Camilo ni Escipión justificarse metiendo la mano en agua hirviendo y sacarla sin escaldarse. Estos absurdos no se practicaban en la época de los emperadores, pero los tártaros, que formaban parte de los salvajes que destruyeron el imperio de Roma, esparcieron por Europa tal bestialidad, que heredaron de los persas. En el imperio de Oriente no se conoció hasta la época de Justiniano, aun cuando ya imperaban las supersticiones, pero desde entonces se adoptaron las pruebas de que nos ocupamos. Esta manera de juzgar a los hombres es tan antigua que en todos los tiempos la practicaban los judíos. En el desierto, Coré, Datán y Abirón se disputaban el pontificado del sumo sacerdote Aarón. Moisés les manda traer doscientos cincuenta incensarios y les dice que Dios elegirá entre los suyos y el de Aarón. Cuando los aspirantes se presentaron para la prueba se los tragó la tierra y el fuego del cielo mató a doscientos cincuenta de sus principales partidarios (Números, cap. XVI), después que el Señor hizo perecer, además, catorce mil setecientos hombres del partido. Pero no por eso dejó de continuar la disputa entre los jefes de Israel y Aarón para obtener el cargo de sumo sacerdote. Entonces hicieron la prueba de las varas y cada aspirante presentó la suya, pero sólo floreció la de Aarón. Cuando el pueblo de Dios, tras haber derribado las murallas de Jericó al son de las trompetas, fue vencido en Haí, esta derrota no pareció lógica a Josué, que consultó con el Señor para saber el motivo. Le respondió que Israel había pecado y algunos de sus hijos apropiado de parte de lo consagrado al anatema de Jericó. Y es que el botín debía haberse quemado con los hombres, mujeres, niños y bestias, y quienes habían salvado o apropiado algo debían ser exterminados (Josué, cap. 7). Josué, para descubrir al culpable, sometió las tribus a la prueba de la suerte. Cayó en seguida sobre la tribu de Judá, acto seguido contra la familia de Zaré, luego sobre la casa que vivía Zabdí y, últimamente, sobre el nieto de Zabdí, que se llamaba Achán.

La Biblia no explica cómo esas tribus nómadas podían tener casas, ni cómo se aprovechaban de ellas, pero su texto dice que convicto y confeso de haberse

apropiado de una lámina pequeña de oro, un manto de escarlata y doscientos siclos de plata, Achán fue quemado con sus hijos, ovejas, bueyes, asnos y hasta su tienda en el valle de Achor. También sortearon la tierra prometida, así como los dos machos cabríos de la expiación para saber cuál sería sacrificado y cuál enviado al desierto (Levítico, cap. 16). Cuando tuvieron que elegir por rey a Saúl consultaron a la suerte, que empezó por designar a la tribu de Benjamín, y de ella a la familia de Metri, y de ésta a Saúl, hijo de Cis, que pertenecía a dicha familia (Reyes, capítulo 10). La suerte fue también adversa para Jonatás y le castigaron por haber comido miel en el extremo de una vara. (Reyes, cap. 14). Los marineros de Joppé consultaron a la suerte para que Dios les dijera la causa de la tempestad, ella les dijo que Jonás y éste fue arrojado al mar (Jonás, capítulo 1). Todas estas pruebas que se hacían por suerte eran supersticiones profanas en las demás naciones, pero eran designios del mismo Dios en su pueblo escogido. Esto es tan indudable que eligieron por sorteo al que debía sustituir al apóstol Judas (Hech. Apóst., cap. 1). Los concurrentes fueron san Matías y Barsabás, y la Providencia designó al primero. El papa Honorio III prohibió en una decretal que en adelante utilizaran este medio para la elección de los obispos. Ese medio era entonces bastante común y los paganos lo llamaban sortilegium. Los judíos practicaban otras pruebas en nombre del Señor, como por ejemplo la de las aguas de los celos (Números, cap. 5). La mujer sospechosa de adulterio tenía que beber agua mezclada con ceniza y consagrada por el sumo sacerdote. Si era culpable, se hinchaba en seguida y moría. Fundándose en esta ley, el Occidente cristiano estableció las pruebas en las acusaciones jurídicas, sin parar mientes en que lo que ordenó Dios en el Antiguo Testamento era una superstición en el Nuevo.

Los «juicios de Dios» eran una de tantas pruebas que perduraron hasta el siglo XVI: quien mataba en desafío a su adversario era el que tenía razón o el inocente. La más terrible de todas consistía en andar nueve pasos llevando en la mano una barra de hierro candente sin quemarse. Pero la historia de la Edad Media, tan fabulosa, no refiere ningún caso de tal prueba. Puede dudarse de las demás o explicar las artimañas de que se servían los charlatanes para engañar a los jueces. Por ejemplo era fácil hacer impunemente la prueba del agua hirviendo presentando una cuba de agua fresca hasta la mitad y llenarla luego jurídicamente de agua bullente; el acusado sumergía el codo hasta el agua tibia y tomaba con la mano, del fondo de la cuba, el anillo bendito que allí arrojaban. O hacer hervir aceite con agua; el aceite empieza a elevarse, chisporrotear y parece que hierve cuando el agua empieza a levantar el hervor y el aceite todavía ha adquirido escaso calor. Parece entonces que se mete la mano en el agua hirviendo y se humedece con el aceite que la preserva. Pasar entre dos fuegos sin quemarse no es ninguna habilidad cuando hace con celeridad y previamente se embadurna uno la cara y las manos con pomada. Es lo que hacía el terrible Pedro Aldobrandín, Petrus igneus (suponiendo que el

cuento sea verdad), cuando en Florencia pasó entre dos hogueras para demostrar, con la ayuda de Dios, que su arzobispo era un tunantón y disoluto. Otra prueba consistía en tragarse un pedazo de pan de cebada, que ahogaba al acusado si era culpable. Prefiero oír la treta de Arlequín, al que el juez interroga sobre el robo de que le acusa el doctor Baluart. El juez estaba comiendo y bebía un vino excelente cuando el acusado, cogiendo el vaso del juez y vaciando la botella, le dijo: «Señor juez, quiera Dios que este vino me sirva de veneno si he cometido el delito que me atribuyen».

PURGATORIO. Es un hecho singular que las iglesias protestantes estén todas de acuerdo en que el purgatorio es un invento de los frailes. No cabe duda de que es un ardid para sacar dinero a los vivos haciéndoles pagar misas para los muertos. Pero el purgatorio es anterior a los frailes. Acaso indujo a los doctos en este error el hecho de que el papa Juan XVII instituyó, según se cree, la fiesta de los difuntos hacia mediados del siglo X. De esta institución infiero que mucho antes se rezaba por ellos, porque si desde entonces rezaron por todos debemos creer que antes se hacía por algunos, lo mismo que se inventó la fiesta de Todos los Santos porque en tiempos anteriores festejaban a muchísimos bienaventurados. La diferencia entre la fiesta de Todos los Santos y la de los difuntos consiste en que la primera invocamos nosotros y en la segunda somos invocados; en la primera recomendamos a los bienaventurados y en la segunda los desgraciados se encomiendan a nosotros. Hay mucha gente que sabe cómo empezó a instituirse esta fiesta en Cluny, que pertenecía entonces al Imperio germánico, y no es preciso decir que san Obilón, abad de Cluny, tenía por costumbre sacar muchas almas del purgatorio diciendo misas y oraciones. Un día, un cruzado o un monje que regresaba de Tierra Santa fue arrojado por la tempestad a una isla pequeña, en la que encontró un eremita que le dijo que cerca de allí se veían colosales llamas y grandes incendios con los que atormentaban las almas de los muertos y con frecuencia oía que los demonios se quejaban del abad Obilón y sus monjes porque todos los días libraban algún alma; que era necesario rogar al abad que continuara tan piadosa tarea para aumentar el número de bienaventurados en el cielo y el dolor de los diablos en el infierno. Esto lo refiere el hermano Girard, jesuita, en su obra Flor de los santos, tomándolo del hermano Ribadeneira. Fleury da otra versión de dicha leyenda, pero conserva lo esencial. Dicha revelación movió a san Obilón a instituir en Cluny la fiesta de los difuntos, que pronto adoptó la Iglesia. Desde esa época, el purgatorio aportó pingües ganancias a quienes tenían el poder de abrir las puertas del mismo. En virtud de este poder, el rey de Inglaterra, Juan Sin Tierra, declarándose vasallo del papa Inocencio III y entregándole el dominio de su reino obtuvo la liberación del alma de un pariente, excomulgado *promortuo ex communicato pro quo suplicant consanguinei*. La cancillería de la Curia romana estableció una tarifa para la absolución de los muertos y en Roma existían muchísimos altares

privilegiados en los que cada misa que se decía en ellos, en los siglos XIV y XV, previo pago de seis liards, sacaba un alma del purgatorio. En vano los herejes se esforzaban en demostrar que los apóstoles tuvieron derecho a desatar todo lo atado en la tierra, porque eran anatematizados como criminales que osaban dudar del poder de las llaves. Y efectivamente, es de advertir que cuando el papa quería perdonar quinientos o seiscientos años de purgatorio lo hacía en virtud de su infalible poder: *pro potestate a Deo accepta concedit*.

De la antigüedad del Purgatorio. Hay autores que afirman que el pueblo judío reconoció desde tiempo inmemorial el Purgatorio, fundándose en el segundo libro de los Macabeos, que dice taxativamente: «Y encontraron debajo de las ropas de los muertos (en la batalla de Odollan) algunas ofrendas consagradas a los ídolos que había en Jamnia, cosas prohibidas por la ley de los judíos, por lo cual conocieron evidentemente que ello había sido la causa de su muerte. Y habiendo recogido una colecta que mandó hacer, de doce mil dracmas de plata, Judas las envió a Jerusalén para que ofrecieran un sacrificio por los pecados de estos difuntos, teniendo como tenía buenos y religiosos sentimientos acerca de la resurrección.» (Libro II, 40 y 43). Como creemos que es obligado exponer las objeciones que hacen los herejes e incrédulos para que queden refutadas sus erróneas opiniones, vamos a enumerar las objeciones que presentan para creer que Judas envió esas doce mil monedas de plata y también en la antigüedad del Purgatorio.

1) Dicen que doce mil monedas de plata era una cantidad excesiva para que la tuviera Judas, que sostenía una guerra de bandolero contra un gran rey.

2) Que pudo muy bien enviarse un regalo a Jerusalén para que perdonaran los pecados de los muertos, con el fin de que Dios bendijera a los vivos.

3) Que en aquella época nadie se ocupaba de la resurrección porque de ello sólo se ocuparon los judíos en tiempos de Gamaliel, poco antes de las predicaciones de Jesucristo.

4) Que la ley de los judíos, que consta en el Decálogo el Levítico y el Deuteronomio, al no ocuparse de la inmortalidad del alma, ni de los tormentos del infierno, era imposible que hubiera anunciado un Purgatorio, y

5) Los herejes e incrédulos hacen cuanto pueden para demostrar a su manera que los libros de los Macabeos son apócrifos. He aquí las pruebas que presentan:

Dicen los judíos que si los herejes no reconocieron como canónicos los libros de los Macabeos, ¿por qué los hemos de reconocer nosotros? Orígenes declara taxativamente que debe rechazarse la historia de los Macabeos, y san Jerónimo que no deben creerse esos libros. El Concilio de Laodicea, celebrado en 367, no los incluye entre los libros canónicos, y Atanasio, san Cirilo y san

Hilario, los rechazan. Las razones para calificar esos libros de historietas son:

El autor es un ignorante que empieza con una falsedad que comprende todo el mundo: «Alejandro llamó a su lado a los jóvenes nobles que se habían criado con él desde la infancia y repartió entre ellos su reino, viviendo todavía». Esa falsedad tan flagrante no puede decirla un escritor sagrado e inspirado. Al ocuparse de Antíoco Epifanes, dice: «Antíoco se dirigió a Elimais con el propósito de apoderarse de ella y saquearla, pero no pudo conseguirlo porque habiéndolo sabido sus habitantes se sublevaron y lograron derrotarle. Lleno de tristeza regresó a Babilonia, y cuando estaba todavía en Persia supo que su ejército había huido de Judá; cayó enfermo y murió en 149». Y en otra parte dice lo contrario. Refiere que Antíoco Epifanes iba a tomar y saquear Persépolis y no Elimais, y que cayendo de su carro se produjo una herida incurable y se lo comieron los gusanos. Que pidió perdón al dios de los judíos, deseando abrazar su religión. Más aún, en otra parte el autor hace morir a Antíoco de una tercera forma, para que el lector elija. Refiere que murió lapidado en tiempos de Naneo. Los que pretenden justificar este flagrante error dicen que quiso referirse a Antíoco Eupátor, pero ni uno ni otro fueron apedreados. También dice que los romanos conquistaron Galacia y ello no sucedió hasta cien años después. Por tanto, el desafortunado autor debió escribir un siglo después de la época que suponen lo hizo; igual ocurre con todos los libros judíos, opinan los incrédulos. Afirma asimismo que los romanos nombraban todos los años un jefe del Senado. Al leerlo, los incrédulos exclaman: Era tan ignorante que ni siquiera sabía que en Roma había dos cónsules. ¿Qué fe podemos tener en esas historietas pueriles, hacinadas sin orden ni concierto por hombres ignorantes e imbéciles? Así se expresan autores audaces. Les contestaremos que algunas equivocaciones, probablemente de los copistas, no bastan a impedir el fondo de verdad de esos libros, que el Espíritu Santo inspiró al autor y no a los copistas, que si el Concilio de Laodicea rechazó el libro de los Macabeos, en cambio lo admitió el Concilio de Trento, en el que intervinieron hasta los jesuitas, y que admitió esos libros toda la Iglesia católica.

Origen del Purgatorio. La primitiva Iglesia consideraba herejes a quienes admitían la existencia del Purgatorio, y condenaba a los simoníacos que creían que las almas podían purgarse. Más tarde, san Agustín condenó a los discípulos de Orígenes partidarios de este dogma. ¿Los simoníacos y los seguidores de Orígenes admitieron acaso el Purgatorio por encontrar algo semejante en Virgilio, en Platón y hasta en Egipto? Claramente lo anuncia el sexto libro de la Eneida, con la particularidad de que Virgilio describe almas suspendidas en los aires, almas que se queman y almas que se ahogan. He aquí lo que dice en tres versos de dicho libro: «Se ven esos espíritus puros agitarse en los aires a merced del viento, o ahogados en las aguas, o quemados en las llamas: de esta manera las almas se limpian y purifican». Y todavía es más

singular que el papa Gregorio el Grande, no sólo adoptase la teoría de Virgilio, sino que en sus diálogos introdujera muchas almas que venían del Purgatorio después de haber estado suspendidas en el aire o haberse ahogado. Platón se ocupa del Purgatorio en su Fedón, y es fácil convencerse leyendo en el Mercurio Trimegista que Platón tomó de los egipcios lo que no había copiado de Timeo de Locre. Todo esto es muy reciente comparado con la antigüedad de los brahmanes, y debemos confesar que ellos inventaron el Purgatorio, así como la rebelión y caída de los ángeles. En el Shasta, libro que data de tres mil cien años antes de nuestra era, encontrarán mis lectores el Purgatorio. Los ángeles rebeldes, cuya historia copiaron los judíos en la época del rabino Gamaliel, fueron condenados por el Eterno y su Hijo a mil años de Purgatorio, y al cabo de ese tiempo Dios los perdonó y los hizo hombres. Ya hemos dicho y repetimos ahora, que a los brahmanes les parecía duro que los castigos fueran eternos, tal vez porque lo eterno nunca termina; los brahmanes pensaban, pues, como el abad de Chanlieu, que dice en una epístola dedicada A la muerte: «Perdóname, Señor, si cegado por tus bondades no pude concebir que castigaras tan severamente mi debilidad por los placeres que desaparecen como los sueños; perdóname si no pude creer que castigaras con crueldad eterna la humana debilidad, que es victima de quimeras engañosas».

R

RAZÓN. En la época que Francia había perdido el juicio con el sistema de Law, superintendente de Hacienda, un hombre que siempre tenía razón se presentó ante una gran asamblea para decirle:

«Sois el mayor loco o el mayor truhán que se ha presentado en Francia; sé que es mucho decir, pero voy a demostrarlo. Se os ocurrió la idea de duplicar la riqueza del Estado por medio del papel, pero como ese papel sólo podía representar el valor ficticio de varias riquezas, como son los productos de la tierra y de las manufacturas, debíais haber empezado por darnos una cantidad diez veces mayor de trigo, vino, lienzo y paño. Y aun esto no es bastante porque además habíamos de estar seguros de despacharlos. Emitís una cantidad de billetes diez veces mayor que la que nosotros tenemos en moneda y géneros; por tanto, sois diez veces más arbitrario, inepto o granuja que los superintendentes que os han precedido. Vais a ver ahora cómo demuestro mi proposición mayor».

Apenas comenzó a hacerlo, le prendieron y metieron en la cárcel. Cuando salió, después de estudiar mucho y robustecer su opinión, se dirigió a Roma y pidió una audiencia pública al papa con la condición de no interrumpirle en su

discurso. Se la concedieron y habló así:

«Santo Padre, vos sois un anticristo y voy a demostrarlo a Vuestra Santidad. Lamo anticristo al que hace lo contrario de lo que Cristo hizo y dejó mandado. Cristo fue pobre y vos sois muy rico; pagó el tributo y vos lo exigís a los demás; se sometió a los poderes y vos sois el poder más alto; iba a pie y vos vais a Castelgandolfo en un carruaje suntuoso; comía lo que le daban y vos mandáis que se coma pescado los viernes de Cuaresma cuando vivimos lejos del mar y de los ríos; prohibió a Simón, llamado después Pedro, que no se sirviera de la espada y vos tenéis muchas espadas a vuestro servicio. En este sentido, pues, Vuestra Santidad es un anticristo. Os reverencio mucho en los demás sentidos y os pido que me concedáis indulgencias in articulo mortis».

Y encerraron al hombre que así hablaba en el castillo de San Ángel. Cuando salió se dirigió a Venecia y pidió audiencia para hablar con el dux. Se la concedieron también. «Vuestra Serenidad--le dijo--es un gran extravagante que tiene el capricho de casarse todos los años con el mar. Vuestro casamiento se parece al de Arlequín, que estaba a medio hacer porque le faltaba el consentimiento de la futura. Además, ¿quién nos dice que un día otras potencias marítimas no os puedan declarar impotente para consumir ese matrimonio?» Cuando hubo pronunciado esas palabras lo encerraron en la torre de San Marcos. Cuando salió de ella, se fue a Constantinopla y lo recibió en audiencia el muftí, al que dijo: «Vuestra religión, aunque tiene cosas excelentes, como la adoración del Gran Ser y la necesidad de ser justos y caritativos, no es más que el judaísmo recalentado y una colección tediosa de leyendas de camino. Si el arcángel Gabriel, descendiendo de algún planeta, hubiera traído y entregado a Mahoma las hojas del Corán, Arabia entera lo hubiera visto y nadie le vio. Por tanto, Mahoma fue un audaz impostor que engañó a los tontos». Ahora le prendieron y lo empalaron. Sin embargo, siempre tenía razón.

RELIGIÓN. Sabemos que los epicúreos no profesaban ninguna religión y recomendaban el alejamiento de los asuntos públicos, el estudio y la concordia. Esta secta constituía una comunidad de amigos porque su principal dogma era la amistad. Ático, Lucrecio, Memius y algunos hombres de este temple, podían vivir juntos honestamente y ejemplos semejantes se ven en todos los países. Entre hombres de esta clase se puede filosofar todo lo que se quiera. Son como los melómanos, que para complacerse a sí mismos se dan un concierto de música clásica y selecta, pero que se guardan bien de ejecutar ese concierto ante el vulgo ignorante y brutal, no vaya a ser que les rompan los instrumentos en la cabeza. El que tenga que gobernar un pueblo necesita que éste tenga una religión. No es mi propósito ocuparme de la nuestra, ya que es la única buena, la única necesaria y la única auténtica. ¿Habría sido capaz la inteligencia humana de admitir una religión no parecida a la nuestra, sino que

fuera menos mala que las demás religiones del orbe juntas? ¿Y cuál sería esa religión? ¿No sería la que predicara la adoración del Ser Supremo, único, infinito, eterno y creador del universo, la que nos uniera a ese Ser como recompensa de nuestras virtudes y nos separara de él como castigo de nuestros crímenes? ¿La que admitiera pocos dogmas que son motivo eterno de disputa, la que enseñara una moral pura, sobre la que jamás se disputara? ¿La que no hiciera consistir el fundamento del culto en vanas ceremonias, como la de escupirnos a la boca, la de cortarnos el prepucio, la de extirparnos un testículo, puesto que se pueden cumplir todos los deberes sociales teniendo los testículos y el prepucio enteros y sin que nos escupan en la boca? ¿La que socorriera a nuestro prójimo por el amor de Dios, en vez de perseguirle y degollarle en nombre de ese mismo Dios? ¿La que tuviera ceremonias augustas que emocionaran al pueblo y careciera de misterios que pueden sublevar a los sabios y enojar a los incrédulos? ¿La que asegura a sus ministros una asignación honrosa para que subsistieran con decencia y no les dejara usurpar las dignidades y el poder que puede convertirlos en tiranos? Buena parte de esta religión está grabada hoy en el corazón de algunos soberanos y llegará a ser la dominante cuando el articulado que propuso el abad de San Pedro sobre la paz perpetua sea firmado por todos los príncipes.

Pasé la noche meditando. Absorto en la contemplación de la naturaleza, admiraba la inmensidad, el curso y las relaciones de esos astros infinitos que el vulgo no sabe admirar. Pero admirando aún más la inteligencia que los dirige, me decía: Se necesita ser ciego para que este espectáculo nos deje indiferentes, es preciso estar locos para no adorarlo. ¿Qué tributo de adoración debemos rendirle? ¿No debe ser siempre el mismo en todo el espacio por cuanto es el mismo Ser Supremo el que lo rige en su extensión? ¿El ser dotado de pensamiento que habite en una de las estrellas de la Vía Láctea no le debe el mismo homenaje que el que piensa en nuestro planeta? Si la luz es uniforme para el astro Sirio y para nosotros, la moral también debe ser uniforme. Si el animal que piensa y siente en Sirio nació de padres que intentan hacerle feliz, les debe corresponder con tanto amor y cuidados como debemos en el mundo a nuestros padres. Si algún habitante de la Vía Láctea ve a un indigente lisiado, puede socorrerle y no lo hace, es culpable ante todo el universo. El corazón tiene en todas partes las mismas obligaciones. Absorto en estas ideas, vi que uno de los genios que llenan los intermundos descendió hasta mí. Reconocí al mismo espíritu sutil que se me apareció otra vez para enseñarme lo diferentes que son los juicios de Dios de los nuestros, y que una buena acción es preferible a una disputa. Me llevó a un desierto lleno de cadáveres hacinados, y entre esos montones de muertos había unas alamedas de árboles siempre verdes; al extremo de cada alameda, un hombre alto y de soberano aspecto contemplaba con compasión aquellos restos inanimados.

— Arcángel mío, ¿a dónde me habéis traído?

— Al lugar de la desolación.

— ¿Quiénes son esos venerables patriarcas que veo inmóviles y conmisericordiosos al extremo de las alamedas, que parece lloran por los inmortales muertos?

— Lo sabrás, pobre criatura humana, pero antes es preciso que llores.

Y señalando el primer montón de muertos, me dijo:

— Estos son los veintitrés mil judíos que exterminaron ante el becerro de oro y los veinticuatro mil que fueron muertos por los jóvenes madianitas. El número de asesinados por delitos y otras causas asciende a unos trescientos mil. En las alamedas siguientes están los cementerios de los cristianos que se degollaron unos a otros por discusiones metafísicas. Están divididos en montones de cuatro siglos cada uno; si estuvieran en uno solo, llegarían hasta el cielo.

— ¿De este modo trataron los hermanos a sus hermanos de credo y tuve la desgracia de pertenecer a esta cofradía?

— He aquí los doce millones de americanos asesinados en su patria por no estar bautizados.

— ¿Por qué no dejó Dios que se descompusieran esos cadáveres en el hemisferio donde nacieron sus cuerpos? ¿Por qué ha reunido aquí estos monumentos de la barbarie y del fanatismo?

— Para instruirte.

— Ya que quieres instruirme, dime si además de los cristianos y judíos hubo otros pueblos en que el celo y la religión, convertidos en fanatismo, inspiraron crueldades tan abominables.

— Sí —me contestó—. Los mahometanos cometieron las mismas crueldades, pero pocas veces; cuando se les ha pedido clemencia y han ofrecido pagarles el tributo han sabido perdonar. Respecto a las demás naciones, desde que existe el mundo ninguna ha tenido una guerra puramente religiosa. Ahora, sígueme.

Así lo hice. Un poco más allá de aquellos montones de cadáveres encontramos otros, pero éstos eran sacos de oro y de plata, cada uno con su etiqueta: «Sustancia de los herejes asesinados en los siglos XVI, XVII y XVIII», «Oro y plata de los americanos degollados». Esos montones remataban con cruces, mitras, báculos y tiaras cubiertas de piedras preciosas.

— ¿Por poseer tales riquezas acumularon tantos muertos? —pregunté al genio.

— Sí, hijo mío.

No pude contener las lágrimas, y cuando por la aflicción que experimentaba merecí que me llevara al extremo de las hileras de árboles verdes, me dijo:

— Contempla los héroes de la humanidad que fueron los bienhechores del mundo y que se han reunido para desterrar de él, en cuanto les fue posible, la violencia y la expoliación. Interrógales.

Me acerqué al que estaba más cerca; llevaba una corona en la cabeza y un pequeño incensario en la mano. Humildemente, le pregunté su nombre.

— Soy Numa Pompilio, fui el sucesor de un bandido y me vi obligado a gobernar bandidos. Les enseñé la virtud y el culto a Dios y después de mi muerte olvidaron más de una vez una y otro; prohibí que se practicaran simulacros en los templos porque la divinidad que rige la naturaleza no podemos representárnosla. Durante mi reinado, los romanos no tuvieron guerras ni sediciones, porque mi religión los civilizó. Todos los pueblos acudieron a honrar mis funerales, lo que a nadie acaeció más que a mí.

Le besé la mano y me dirigí al segundo personaje: era un venerable anciano de unos noventa años, vestido con un ropaje blanco que tenía colocado el dedo corazón sobre la boca y con la otra mano arrojaba habas detrás de él. Le reconocí, era Pitágoras. Me dijo que gobernó a los crotoniatas con tanta justicia como Numa Pompilio gobernaba a los romanos, era poco más o menos de su época, y que la justicia era lo más necesario y raro en el mundo. Me aseguró que los pitagóricos hacían examen de conciencia dos veces al día. Por complacerle, no repliqué a Pitágoras y pasé a ver a Zoroastro, que se hallaba ocupado en encontrar el fuego celeste en el hornillo de un espejo cóncavo, en el centro de un vestíbulo que tenía cien puertas y todas conducían a la sabiduría. Sobre la principal de esas puertas leí unas palabras que compendian la moral y zanjaban las controversias de los casuistas: «Cuando dudes de si una acción es buena o mala, abstente de practicarla».

— Seguramente —dije al arcángel—, los bárbaros que inmolaron esas víctimas, cuyos cadáveres he visto, no leyeron esas hermosas palabras.

Luego hablé con Zeleuco, Tales, Anaximandro y todos los sabios que buscaron la verdad y practicaron la virtud. Cuando llegué a Sócrates, que reconocí por su nariz chata, le dije:

— Todos los habitantes de Europa, menos los turcos y los tártaros de Crimea, que son profundamente ignorantes, pronuncian vuestro nombre con respeto y lo reverencian hasta tal punto que han tratado de averiguar los nombres de vuestros perseguidores. Por vos conocemos a Melitus y Anitus, de éste solo el nombre de pila; no sé precisamente qué era ese malvado que os calumnió y llegó a conseguir que os sentenciaran a beber la cicuta.

— Desde mi fatal aventura, no he vuelto a ocuparme de ese hombre —me respondió Sócrates—, pero el recordármelo os confieso que me causa lástima. Era un sacerdote perverso que se dedicaba a comerciar con cueros, profesión vergonzosa entre nosotros. Envió sus dos hijos a mi escuela y sus condiscípulos les afearon el oficio del padre, viéndose obligados a abandonar el estudio. Su padre, encolerizado, sublevó contra mí a los sacerdotes y sofistas, que lograron convencer al Consejo de los Quinientos que yo era un impío y no creía que la Luna, Mercurio y Marte fueran dioses. Efectivamente, entonces, como ahora, creía que no hay más que un Dios, señor de toda la naturaleza. Los jueces me entregaron al envenenador de la República, que acortó algunos días de mi vida. Morí tranquilamente a la edad de setenta años y desde entonces vivo feliz entre estos grandes hombres, de los que soy el más insignificante.

Tras disfrutar de mi entrevista con Sócrates, fuimos avanzando mi guía y yo hacia un bosquecillo situado encima de aquella floresta, en donde los sabios de la Antigüedad parecía que gozaran de apacible reposo. Vi a un hombre de semblante sereno y expresivo que, a mi parecer, apenas habría cumplido treinta y cinco años. Lanzaba desde lejos miradas compasivas al montón de esqueletos blanquecinos, a través de los que había pasado para llegar a la morada de los sabios. Me afligió al ver sus pies hinchados y sangrientos, al igual que las manos, que estaba herido en un costado y tenía el cuerpo despellejado de recibir azotes.

— ¿Es posible —exclamé— que un justo, un sabio, pueda encontrarse en ese estado? Acabo de ver otro que lo trataron cruelmente pero no hay comparación entre su suplicio y el vuestro. Sacerdotes inicuos y jueces pérfidos le envenenaron, ¿acaso vos también fuisteis asesinado cruelmente por sacerdotes y jueces?

— Sí —me contestó con afabilidad.

— ¿Quiénes eran esos monstruos?

— Los hipócritas.

— Ya habéis dicho bastante y ello me hace comprender que os debieron sentenciar al último suplicio. ¿Les probasteis, acaso, como Sócrates, que la Luna no es una diosa, ni Mercurio un dios?

— No, no fue por cuestión de planetas. Mis coterráneos no sabían qué es un planeta. Todos eran ignorantes y tenían otras supersticiones que los griegos.

— ¿Tratábais de enseñarles una nueva religión?

— Tampoco. Les decía, sencillamente: amad a Dios de todo corazón y a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Seguramente comprendéis que este

precepto es tan antiguo como el universo y que no les enseñaba un nuevo culto. Les repetía continuamente que había venido, no a abolir la Ley, sino para hacerla cumplir. Yo observaba todos sus ritos, estaba circuncidado como ellos, bautizado como ellos, presentaba mi ofrenda en el templo como ellos, y como ellos celebraba la Pascua, comiendo de pie un cordero asado con lechugas. Mis amigos y yo íbamos a rezar en el templo y mis amigos lo frecuentaron después de mi muerte; en una palabra, cumplí sus santas leyes sin exceptuar ninguna.

— Aquellos miserables ni siquiera os podían reprochar haberos separado de sus leyes.

— No, no podían.

— ¿Por qué, pues, se ensañaron con vos?

— Eran orgullosos e interesados, comprendieron que los conocía bien y supieron que haría los conocieran los demás compatriotas. Eran más fuertes y me quitaron la vida; sus semejantes harán siempre lo mismo, si pueden, a todo el que haga justicia.

— Pero ¿dijisteis o hicisteis algo que pudiera servirles de pretexto?

— Cualquier cosa sirve de pretexto a los perversos.

— ¿No les dijisteis que veníais a traer la guerra y no la paz?

— Eso fue un error del copista. Les dije que traía la paz y no la guerra. Y como no escribí nada, pudieron trastocar lo que dije sin mala intención.

— ¿No habréis contribuido, con vuestros discursos mal interpretados, a formar esos montones de cadáveres que encontré cuando venía a consultaros?

— Siempre me horrorizaron los criminales que asesinan.

— Y esos monumentos de poder y riqueza, de orgullo y avaricia, esos tesoros, ornamentos, esos signos de grandeza que acabo de ver acumulados, ¿proviene de vos?

— De ninguna manera. Los míos y yo hemos vivido humildes y pobres mi grandeza la encontré en la virtud.

Varias veces estuve a punto de rogarle que dijese quién era, pero el guía me aconsejó que no lo preguntara porque mi naturaleza no era la más apropiada para comprender esos misterios sublimes. Entonces supliqué al desconocido que me explicara la esencia de la verdadera religión.

— Ya os lo dije: amad a Dios y a vuestro prójimo como a vos mismo.

— ¿Y amando a Dios podré comer carne los viernes de Cuaresma?

— Yo siempre comí lo que me dieron, porque fui pobre y no podía invitar a comer a nadie.

— Amando a Dios y siendo justo, ¿me será lícito no confesar los secretos de mi vida a un desconocido?

— Así lo hice yo siempre.

— ¿Obrando bien podré eximirme de ir en peregrinación a Santiago de Compostela?

— Jamás estuve en ese país.

— ¿Será preciso que me decida por la Iglesia griega o por la Iglesia latina?

— Cuando estaba en el mundo, para mí no hubo ninguna diferencia entre el judío y el samaritano.

— Siendo así, os reconozco por mi único señor.

Entonces, el desconocido me hizo una señal con la cabeza que me llenó de consuelo. La visión desapareció y sólo quedó en mí la conciencia recta.

Cuestiones para la religión. El hombre empezó por conocer un solo Dios y luego inventó la existencia de pluralidad de dioses. He aquí en qué apoyo mi creencia: No cabe duda que existieron pequeñas poblaciones antes de edificar grandes ciudades, y que los seres humanos se subdividieron en pequeñas repúblicas antes de unirse en grandes imperios. Es natural, pues, que un pequeño poblado, aterrorizado por los truenos y rayos, apesadumbrado por la pérdida de las cosechas, al sufrir las depredaciones del poblado inmediato y al conocer su debilidad, creyera que existía en todas partes un poder invisible e imaginara un ser superior a nosotros, del que provenía el bien y el mal. Me parece imposible que pensara en la existencia de dos poderes, porque igual podía haber pensado que existían muchos. En todas las especulaciones de la mente se empieza por lo simple, después se llega a lo compuesto y, con frecuencia, volvemos a lo simple otra vez al tener mayores conocimientos. Esta es la trayectoria del espíritu humano. A qué ser podían invocar, ¿al sol, a la luna? No me parece verosímil. Veamos lo que ocurre en los niños, muy parecidos a los hombres ignorantes. No les llama la atención la hermosura ni la utilidad del sol, ni lo beneficiosa que es la luna por la noche, ni las variaciones periódicas de su curso; se acostumbran a todo eso sin parar mientes en ello. No adoramos, invocamos, ni deseamos apaciguar más que a lo que tememos, y los niños ven el cielo con indiferencia. Pero cuando ruge el trueno, tiemblan y se esconden. Indudablemente, los primitivos hombres obraron como los niños. Sólo pudo haber, entonces, una especie de filósofos que fijándose en el curso de los astros lograran que los hombres los admiraran y adorasen, pero los simples labriegos, del todo ignorantes, no sabían lo

suficiente para adoptar esa errónea adoración. Por tanto, la población humilde, al principio, se concretaría a pensar: existe un poder que truena, que graniza, que mata a nuestros hijos; apacigüémoslo. Pero, ¿cómo hacerlo? Calmamos la ira de los enojados haciéndoles ofrendas; hagámoslas, pues, a ese poder. Necesitamos también designarlo con un nombre. Y el primero que les debió ocurrir fue el de jefe, de señor; ese poder se llamó, pues, mi señor. Probablemente, por esta razón los egipcios llamaron a su dios Knef; los sirios, Adoni; los pueblos inmediatos, Baal o Bel, Melch o Moloc, y los escitas Papee, vocablos que significan señor, dueño. Así, cuando se descubrió América encontraron allí infinidad de poblaciones pequeñas con su dios protector. Incluso México y Perú, poderosas naciones, tenían un dios único; los mexicanos adoraban a Vitzliputzli, dios de la guerra, y los peruanos, a Manco Capack. No fue la razón superior e intelectual de los pueblos la que les hizo reconocer una sola divinidad; si hubieran sido filósofos habrían adorado al Dios de toda la naturaleza, no al dios de una localidad, y hubieran estudiado las relaciones infinitas que median entre los seres, que prueban que existe un Ser creador y conservador. Pero no estudiaron, sólo sintieron. Cada localidad reconoció que era débil y necesitaba tener la protección de un Ser fuerte, creyó que ese Ser tutelar y terrible residía en un bosque cercano, en una montaña o en una nube, creyó que existía un solo Ser superior porque cuando iba a la guerra no tenía más que un caudillo, y creyó que era corporal porque le era imposible representárselo de otro modo. Creía asimismo que el pueblo vecino tenía también su dios, por eso Jepté dijo a los habitantes de Moab: «Poseéis legítimamente lo que vuestro dios Chamos os hizo conquistar y debéis dejarnos disfrutar lo que nuestro dios nos consiguió con sus victorias» (Jueces, cap. 11, 24).

Son muy significativas las anteriores palabras, que pronunció un extranjero ante otros extranjeros. Los judíos y moabitas habían expulsado a los habitantes del país; ambos sólo contaban con el derecho de la fuerza y el jefe de unos dijo al de los otros: Tu dios ha protegido tu usurpación; consiente, pues, que mi dios proteja la mía. Jeremías y Amós preguntan: «¿Qué razón tuvo el dios Melchom para apoderarse del país de Gad?» Estos textos demuestran que la Antigüedad creyó que cada país tenía su dios protector. Huellas de esto las encontramos también en las obras de Homero. Es asimismo natural que despertada la imaginación de los hombres y habiendo adquirido conocimientos confusos, multiplicaran sus dioses y tuvieran por protectores a los elementos, el mar, los bosques, los ríos y los campos. Cuanto más se dedicaron al estudio de los astros, más se llenaron de admiración. ¿Y cómo no habían de adorar al sol, cuando adoraban la divinidad de un riachuelo? Así que dieron el primer paso por este camino el mundo se pobló de dioses, y desde la adoración de los astros descendieron los hombres hasta la adoración de los gatos y cebollas. Con el tiempo, la razón se fue perfeccionando y aparecieron filósofos que

comprendieron que ni las cebollas, los gatos, ni los astros celestes habrían podido establecer el orden admirable de la naturaleza. Todos los filósofos, babilonios, persas, egipcios, escitas, griegos y romanos, admitieron la existencia de un Dios supremo, remunerador y vengador. Al principio no se atrevían a decirlo a los pueblos, porque el filósofo que hubiera osado profanar las cebollas y los gatos ante las beatas y sacerdotes hubiera sido lapidado, y al que hubiera censurado a los egipcios que comieran sus dioses se lo habrían comido. ¿Qué hicieron, pues? Orfeo y sus seguidores instituyeron los misterios que los iniciados prometían, con juramentos execrables, no revelar. El principal de ellos consistía en la adoración de un dios único. Esa gran verdad llegó a abarcar la mitad del mundo y la cantidad de iniciados alcanzó una cifra inmensa; la antigua religión seguía subsistiendo, pero como no era contraria al dogma de la unicidad de Dios la dejaron subsistir. Los romanos reconocían el Deus optimus maximus, y los griegos llamaban Zeus a su dios supremo. Sus demás divinidades no eran más que seres intermedios y colocaban a los héroes y a los emperadores en la categoría de dioses, equivalente a la nuestra de bienaventurados y no consideraban a Octavio, Claudio, Tiberio ni a Calígula como creadores del cielo y de la tierra. En una palabra, está demostrado que desde la época de Augusto todos los que profesaban una religión reconocían un Dios superior y eterno y varios órdenes de dioses subalternos, cuyo culto se llamó después idolatría. Las leyes de los judíos nunca favorecieron la idolatría, y aunque admitían la existencia de los ángeles no asignaban culto a esas divinidades secundarias. Ciertamente que adoraban a los ángeles, esto es, se arrodillaban cuando los veían, pero como sucedía pocas veces no tenían ceremonias ni culto legal para ellos. Los querubines del Arca no recibían homenaje. Parece que los judíos, desde la época de Alejandro, adoraron en público un solo Dios, al igual que la multitud innumerable de los iniciados lo adoraban secretamente en sus misterios. En la época que el culto de un Dios supremo quedó reconocido por todos los sabios de Asia, Europa y Africa, fue cuando nació la religión cristiana. El platonismo contribuyó en gran manera a la inteligencia de sus dogmas. El Logos, que en Platón significa la sabiduría, la razón del Ser Supremo, se convirtió en nosotros en el Verbo y en la segunda persona de Dios. La metafísica profunda y superior a la inteligencia humana fue el santuario inaccesible en que se envolvió la religión.

Por no pecar de reiterativos dejaremos de explicar cómo María fue declarada Madre de Dios con el transcurso del tiempo, ni cómo se estableció la consustancialidad del Padre y del Verbo, ni la protección del Pneuma, órgano divino del Logos, dos naturalezas y dos voluntades resultantes de la hipóstasis, ni la ingestión superior que nutre al alma y al cuerpo con la sangre del Hombre-Dios, adorado y comido bajo la forma del pan. Ya hemos dejado constancia de todos esos misterios. Desde el siglo II empezaron a expulsar los

demonios del cuerpo en nombre de Jesús, porque antes los expulsaban en nombre de Jehová. San Mateo refiere que habiendo dicho los enemigos de Jesús que expulsaba a los demonios en nombre del príncipe de los diablos, El les contestó: «Si expulso a los demonios en nombre de Belcebú, ¿en nombre de quién los expulsan vuestros hijos?» Se ignora la época en que los judíos reconocieron a Belcebú por príncipe de los demonios, siendo un ser extranjero. Pero Flavio Josefo nos dice que en Jerusalén había exorcistas nombrados para expulsar los demonios del cuerpo de los posesos, o sea de los hombres afectados de ciertas enfermedades, que entonces se creía ocasionadas por los genios maléficos. Expulsaban, pues, los demonios pronunciando continuamente la palabra Yahvé, sistema que hoy se ha perdido, al igual que se han olvidado otras ceremonias. El exorcismo que practicaban pronunciando dicha voz con otros nombres de Dios todavía estaba en uso en los primeros siglos del cristianismo. Orígenes, en su obra contra Celso, le dice: «Si al invocar a Dios le llamamos Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, conseguiremos muchas cosas pronunciando esos nombres, cuya naturaleza y fuerza son tales que los demonios se someten a quienes las pronuncian, pero si aplicamos otra denominación, como por ejemplo, dios del mar alborotado, dios suplantador, estos nombres no tendrán ninguna virtud. El nombre de Israel, traducido al griego, no tiene ningún poder, pero pronunciándolo en hebreo, con las palabras necesarias, se logrará el conjuro». De Orígenes son estas notables palabras: «Existen nombres que poseen naturalmente virtud, como los que usan los sabios en Egipto, los magos en Persia y los brahmanes en la India. La llamada magia no es un arte vano y quimérico, como aseguran estoicos y epicúreos, ni los nombres de Sabaoth y Adonai se establecieron para seres creados porque pertenecen a una teología esotérica que hace referencia al Creador. De esto proviene la virtud de tales nombres, cuando se usan y pronuncian sometiéndose a las reglas». Con estas palabras, Orígenes no manifiesta su opinión, sino más bien la opinión universal. Las religiones conocidas entonces admitían la magia distinguiendo la celeste de la demoníaca, y conocían además la nigromancia y la teurgia. En ellas todo era prodigio, adivinación y oráculo. Los persas no negaban los milagros de los egipcios, ni éstos los de aquéllos. Dios permitió que los primitivos cristianos creyeran en los oráculos atribuidos a las Sibilas y los dejó vivir en algunos errores de poca entidad que no corrompían el fondo de la religión. Sin embargo, es extraño que los cristianos de los dos primeros siglos tuvieran horror a los templos, altares y simulacros, como refiere Orígenes. Pero todo cambió cuando quedó establecida la disciplina de la Iglesia y ésta adquirió una forma constante. Se dice que la religión de los paganos era absurda en muchas cosas amén de contradictoria y perniciosa. Me parece, sin embargo, que le atribuyen más daño del producido y más tonterías de las que predicó. Moliere dice: «No me parece hermoso que Júpiter sea toro, serpiente, cisne o cualquier

otra cosa, pero no me extraña que lo encuentren bello los demás.» Indudablemente, esas metamorfosis son impertinentes, pero ruego a quienes lo dicen que me enseñen dónde existió en la Antigüedad un templo dedicado a Leda yaciendo con un cisne o un toro. ¿Pueden presentarme algún sermón predicado en Atenas o Roma que induzca a las doncellas a refocilarse con los cisnes de sus corrales? ¿Acaso las leyendas que recogió e ilustró Ovidio pueden tomarse como dogmas de la religión pagana? ¿No son equivalentes a la Leyenda áurea y al Florilegio de los santos de la religión católica? Si algún brahmán o derviche criticara la historia de santa María Egipciaca apoyándose en que no teniendo con qué pagar a los marineros que la llevaron a Egipto concedió a todos ellos sus favores, replicaríamos: Reverendos santones, estáis equivocados. Nuestra religión no está basada en la Leyenda áurea.

Criticamos a los antiguos que creyeron a pies juntillas los prodigios y oráculos. Pero si volvieran hoy al mundo y supieran los milagros que atribuimos a Nuestra Señora de Loreto y a Nuestra Señora de Éfeso, ¿no nos criticarían también a nosotros? Los sacrificios humanos estaban generalizados en casi todos los pueblos antiguos, aunque raras veces se practicaban. Sólo sabemos que los judíos inmolaron a la hija de Jefé y al rey Agag, pero Isaac y Jonatás no llegaron a ser sacrificados. Entre los griegos no está comprobada la historia del sacrificio de Ifigenia, y entre los romanos fueron muy raros los sacrificios humanos; en una palabra, la religión pagana derramó poca sangre y la nuestra la hizo correr por todo el mundo. Nuestra religión es indudablemente la única verdadera, pero por ella hemos causado tanto daño que cuando hablamos de las otras debemos proceder con indulgencia. El hombre que desee convencer de la verdad de su religión a extranjeros o a coterráneos, debe dedicarse a esa tarea con moderación y suave insinuación. Si empieza afirmando que lo que expone está demostrado, encontrará multitud de incrédulos, y si se atreve a decirles que rechazan su doctrina porque ésta trata de refrenar las pasiones y la razón de ellos discurre erróneamente, les sublevará en su contra, les afirmará en sus falsas creencias y no conseguirá sus propósitos. Si la religión que enseña es verdadera no conseguirá que lo sea más la cólera y la insolencia. ¿Hay acaso necesidad de enfurecerse para predicar que el hombre debe ser clemente, benéfico y justo, y cumplir todas las obligaciones sociales? No, no hay ninguna necesidad, porque todo el mundo profesa esta religión. ¿Por qué, pues, habéis de injuriar a nuestro hermano cuando le predicáis una metafísica esotérica? Sin duda porque su buen sentido excita vuestro amor propio. Sois tan soberbios que exigís a nuestro hermano que someta su inteligencia a la vuestra y el orgullo humillado se enciende en cólera; no da otro resultado. El militar que recibe veinte heridas en una batalla no se encoleriza, pero el teólogo herido por una opinión contraria se torna furioso implacable.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es